OBSTÁCULOS PARA LA REPARACIÓN

Un abordaje de los estereotipos de género
en la búsqueda de reparación por situaciones
de violencia sexual en Medellín-Colombia

Tesis para optar por el grado de Magíster en Ciencias Sociales

Presenta: Marian Nathalia Torres T.

Directora: Dra. Silvana Sciortino, CONICET-UNLP

UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Secretaría de Posgrado
La Plata, Argentina
Julio de 2017

*Las mujeres, aunque extremadamente visibles
como seres sexuales, permanecen invisibles como
seres sociales.*

(Monique Wittig)

Resumen

La jerarquía de género en las sociedades patriarcales promueve posturas y relaciones de dominación y subordinación que privan a las mujeres de su autonomía para el desenvolvimiento y la construcción social. Uno de los rasgos de esta jerarquización es la violencia sexual como expresión del ejercicio de poder (Weinstein, 1991). Este ejercicio de poder se manifiesta en los estereotipos de género presentes en los procesos de búsqueda de reparación de mujeres violentadas sexualmente, como mecanismos culturales de consolidación y reproducción del sistema patriarcal. Estos estereotipos expresan, atraviesan y dirigen la manera como un grupo social percibe, entiende y enfrenta una situación de violencia sexual y, por lo tanto, posibilitan conocer las relaciones de género en un entorno específico.

Esta investigación se sustenta en testimonios de mujeres agredidas sexualmente en Medellín-Colombia, para quienes la reparación significa el reconocimiento social, institucional y/o jurídico de la situación. Esta búsqueda se realizó en dos rutas: una institucional/judicial, y otra afectiva: en entornos familiar, de amistad y de pareja.

Palabras clave: Jerarquía de género, violencia sexual, reparación, estereotipos de género, poder.

Abstract

Gender hierarchy in patriarchal societies promotes positions and relations of domination and subordination that deprive women of their autonomy for development and social construction. One of the features of this hierarchy is sexual violence as an expression of the exercise of power (Weinstein, 1991). This exercise of power is manifested in the gender stereotypes present in the processes of seeking reparation for sexually abused women, as cultural mechanisms for the consolidation and reproduction of the patriarchal system. These stereotypes express, traverse and direct the way a social group perceives, understands and confronts a situation of sexual violence and, therefore, makes it possible to know the gender relations in a specific environment.

This research is based on testimonies of women sexually assaulted in Medellín-Colombia, for whom reparation means the social, institutional and / or legal recognition of the situation. This search was carried out in two routes: one institutional / judicial, and another affective: in family, friendship and couple environments.

Palabras clave: *Gender hierarchy, sexual violence, reparation, gender stereotypes, power.*

Ilustraciones y portada:
Jhonattan Marín Valencia
espiraloidal@gmail.com

Agradecimientos

Agradezco a la directora de esta tesis Silvana Sciortino, por creer en mis ideas iniciales y por acompañarme con optimismo en la consolidación y desarrollo de esta propuesta investigativa; por su serenidad, paciencia, dedicación, cuestionamientos y lecciones profesionales y de vida. A la Dra. Susana Ortale por conectarme con ella, y de esta manera abonarme un camino que me permitiera indagar tranquilamente en mi pregunta de investigación.

A Martín Retamozo, coordinador académico de la maestría en Ciencias Sociales, por su disposición en el transcurso de la misma, y junto con Catalina Curciarello por sus prontas y amables respuestas a los requerimientos.

Agradezco a la Corporación Amiga Joven por inspirarme, y apoyarme en el contacto con organizaciones de mujeres. Cariño y admiración por el proceso que se realiza con las mujeres en Medellín.

A la profesora Sara Fernandez por su escucha y orientación en las dudas iniciales de campo. A la profesora Rubiela Arboléda, por su tiempo, disposición y motivación para conversar y discutir sobre el proceso de sistematización y análisis, y por su interés por leer los resultados.

A la coordinadora de la Ruta Pacífica de las Mujeres-seccional Antioquia por permitirme el acercamiento a su labor, por estar dispuesta a mis preguntas, curiosidad y solicitudes, y por mostrarme la existencia de la Red de Derechos Sexuales y Reproductivos. A la Red por abrirme sus puertas y por ser el espacio en el que, a través de los debates, experiencia y optimismo de las mujeres que la habitan pude conocer mucho más sobre la violencia de género en Medellín, y aliviar el dolor que me generaba cada historia impresa en esta tesis. Y porque en el humor, picardía y lucha de Judith, Alba, Claudia, Diana y María de los Ángeles lograba encontrar esperanza en la desesperanza. Gracias a las mujeres que desde allí compartieron sus relatos de la experiencia con mujeres violentadas sexualmente. Especialmente a Alba, porque su pronta partida no me permitió conocer más de su experiencia.

A las profesionales institucionales por motivarse con esta propuesta investigativa, y desde ahí compartir su tiempo, experiencias y posturas, y por

conectarme con mujeres que han pasado por este tipo de violencias: Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres - 2015 (corporación Mujeres que Crean), psicóloga CERFAMI, psicóloga grupos terapéuticos-2015 Secretaría de las Mujeres, integrante de la Red de Derechos Sexuales y Reproductivos, y abogada del caso de Melisa.

Un afectuoso y gran agradecimiento a las mujeres que hicieron posible la indagación sobre los estereotipos de género que han sido obstáculos para todas nosotras en diferentes espacios y situaciones; admiración para todas ellas. A quienes relatan en esta tesis: Margarita, por su ánimo y amabilidad para compartirme su relato, y por su interés en divulgarlo para no repetir. A Renata, quien después de mucho pensar y sentir decidió relatar, y encontró allí una posibilidad de evidenciar estas violencias como forma de contribuir a su reducción. A Doris, por su decidido apoyo, por sus palabras contundentes, por las emociones de angustia, dolor y alegría con las que expresaba todas las acciones y procesos internos para no permitir que esta violencia marcara negativamente su vida; por su fuerza para acompañar a otras mujeres en el reconocimiento de sus derechos, y por el aliento para continuar.

A Diana, por el interés por contarme cada detalle de lo que ella consideró como una *historia increíble en su vida*; por la contundencia con la que frenó la repetición de la violencia, por mostrar su postura frente al amor y la vida, necesaria para no dejarse caer en el trayecto jurídico emprendido. A Silvia, por las diversas emociones con las que expresaba lo difícil que resulta pasar por este tipo de vulneración; por su apuesta política que le ha posibilitado ayudar jurídicamente a otras mujeres, y mostrar otros caminos posibles; por su fuerza inalcanzable. A Melisa, quién viviendo la situación de acoso decidió compartir su caso, aun con la impotencia de no saber qué más hacer para alejar a su compañero de estudio; un agradecimiento por cada detalle que mostró lo difícil de sentirse perseguida en nombre del “amor”. A Maritza por su curiosidad respecto a este tipo de indagaciones, por su interés de contar para sanar. A Liliana por sus profundas reflexiones respecto a la violencia vivida, y por transmitirlas a las mujeres que encuentra en su camino. A Marcela, por la fuerza y empuje para no dejar que el patriarcado se saliera con la suya y marcara su vida.

Infinitas gracias a mi familia materna y paterna por su inmenso apoyo y por motivarme a emprender este viaje. A mi madre, padre y hermano por el infinito amor, consentimiento, contención y paciencia, por estar ahí siempre.

A Pablo (MD) por su lectura paciente y amorosa, y por dejarse movilizar en emoción y pensamiento con cada historia y análisis, gracias por acompañarme. A mis amigo-as Yina, Mónica, María Eugenia, Checho y Mariano por los infinitos debates, cuestionamientos, orientaciones, motivaciones, cariños, y por la paciencia para atender los momentos de bloqueo y confusión. A Yenni por sus consejos, y por repetirme que “la tesis no se termina, se abandona”.

A Sarra, Ángelilla, la tía Wanda, Yurani y Mariano por ser la familia en Argentina con quienes las risas y el apoyo cobijaron los inviernos.

En Argentina, a Isa, Dolly, Jennifer, Mavi, Natalia, Marcos, Eduardo, Ibeth, René, Elías, Gaby, Brenda, Karen, Claudia, Juan, Marda, Laurita, Ricardo, Laura y Liza. A Mariela, Andrea Castro, Elian, Rafa (y sus calurosas familias) y todas aquellas bonitas personas que conocí en estas tierras y que hicieron del Sur una linda y enriquecedora experiencia. En Colombia, al Clan Conejo, a Sergio, Jimena, Andrés, la Alpharnacofra, Angélica, Zabala, Lina M, Juan José, Nidia, Lina, Denys, Jona (y su familia), y a todos mis amigo-as (y a aquellos-as que me faltan por nombrar) por los detalles que hicieron que el cariño siempre se sintiera y permaneciera en la distancia.

A Jona, por plasmar con cariño, esmero y paciencia mis ideas abstractas en el diseño de las imágenes que acompañan esta tesis.

Y a mis amigos hombres que desde la curiosidad e interés por esta propuesta se dejaron permear, posibilitando cuestionarse sobre la manera como se relacionan entre sí y con las mujeres.

Dedicada a todas las mujeres...

Contenido

Agradecimientos	3
Introducción	9
Capítulo I. Consideraciones teóricas	14
Tema.....	14
Objetivo General.....	14
El problema.....	14
Aportes de los estudios de género y feministas.....	17
Patriarcado	20
Capítulo II. Metodología y datos de campo	25
Metodología	25
Registro de testimonios.....	28
Datos de campo: Reconociendo las voces de mujeres violentadas sexualmente en Medellín .	32
Capítulo III. Antecedentes de la violencia contra las mujeres en Colombia: Caso Medellín.....	41
¿Qué ocurre en Colombia?	41
¿Qué ocurre en Medellín?	52
Capítulo IV. Violencia sexual en el corpus testimonial.....	67
Violencia sexual	67
Violencia sexual en el ámbito íntimo.....	73
Violencia sexual en el ámbito no íntimo	99
Efectos de la violencia sexual.....	105
Recapitulación	115
Capítulo V. En búsqueda de la reparación	118
Reparación más allá de la mirada institucional.....	118
Reparación en el corpus testimonial	119
La Culpa.....	125
La voz de la madre y el padre en el proceso de reparación	131
Recapitulación	138
Capítulo VI. Estereotipos de género en la búsqueda de reparación	140
Estereotipos de género	140
Estereotipos en las rutas de búsqueda de reparación	142

Ruta Institucional: Desojando Margaritas ¿Denuncio o no denuncio...?	144
Ruta afectiva: Entornos familiar, de amistad y pareja	164
El estereotipo de la puta	167
Recapitulación	171
Conclusiones	173
Aportes desde el proceso investigativo	183
Bibliografía	185

Mapas

Mapa 1. Mapa de Medellín: Barrios y comunas. Fuente: Blog, Medellín te Espera.	32
Mapa 2. Mapa de Medellín: Barrios y comunas. Zonas de la ciudad con más asesinatos de mujeres en el 2015. Fuente: Blog Medellín te Espera.	55

Tablas

Tabla 1. Ejercicio de la violencia sexual por tipo de agresor (corpus testimonial).	31
Tabla 2. Caracterización del agresor y de la agresión.	35
Tabla 3. Búsqueda de reparación.	36
Tabla 4. Nivel socioeconómico mujeres durante la búsqueda de reparación.	37
Tabla 5. Nivel educativo/ocupación.	39
Tabla 6. Corporaciones no gubernamentales y movimientos de mujeres.	65
Tabla 7. Entidades Privadas sin Ánimo de Lucro y Entidades Gubernamentales.	65

Gráficos estadísticos

Gráfico 1. Variación delito sexual en Colombia últimos 5 años. Fuente: Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia. Sistema de Información Nacional de Estadísticas Indirectas. (En GCRNV, 2015).	44
Gráfico 2. Ciudades con altas tasas de violencia sexual en Colombia 2015. Fuente: Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia. Sistema de Información Nacional de Estadísticas Indirectas. (En GCRNV, 2015).	45

Gráfico 3. Tasa homicidios mujeres en Medellín 2015. Fuente: Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia – SISC. Secretaría de Seguridad. Sistema THETA, Secretaría de Gobierno, Alcaldía de Medellín. (En Vamos Mujer por una Vida Digna y Mujeres que Crean, 2016).	53
Gráfico 4. Tipologías relacioandas con feminicidio en medellín 2015. Fuente: Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia – SISC. Secretaría de Seguridad. Sistema THETA, Secretaría de Gobierno, Alcaldía de Medellín. (En Vamos mujer por una vida digna y Mujeres que crean, 2016).	53
Gráfico 5. Homicidios mujeres. Fuente: Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia – SISC. Secretaría de Seguridad. Sistema THETA, Secretaría de Gobierno, Alcaldía de Medellín. (En Vamos mujer por una vida digna y Mujeres que crean, 2016).	54
Gráfico 6. Motivos significativos de violencia intrafamiliar en medellín 2015. Fuente: Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia – SISC. Secretaría de Seguridad. Sistema THETA, Secretaría de Gobierno, Alcaldía de Medellín. (En Vamos mujer por una vida digna y Mujeres que crean, 2016).	57
Gráfico 7. Comparativo Violencia Sexual en Medellín. Fuente: Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia – SISC. Alcaldía de Medellín, Secretaría de Seguridad. CAIVAS. (En Vamos mujer por una vida digna y Mujeres que crean, 2016).	58
Gráfico 8. Rango de edad violencia sexual en Medellín 2015. Fuente: Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia – SISC. Alcaldía de Medellín, Secretaría de Seguridad. CAIVAS. (En Vamos mujer por una vida digna y Mujeres que crean, 2016).	59
Gráfico 9. Presunto agresor violencia sexual en Medellín 2015. Fuente: Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia – SISC. Alcaldía de Medellín, Secretaría de Seguridad. CAIVAS. (En Vamos mujer por una vida digna y Mujeres que crean, 2016).	60

Ilustraciones

Ilustración 1. Campaña estatal. Alcaldía de Medellín 2010-2011.....	145
Ilustración 3. Campaña Corporación Vamos mujer por una vida digna.	145
Ilustración 3. Marcha 8 de marzo. Medellín, 2015. Por: Marian N. Torres.	145

Introducción

Esta tesis trata las dificultades que tienen las mujeres violentadas sexualmente para resolver los efectos de dicha agresión. En el abordaje de esta problemática surgieron cuestionamientos tales como: ¿qué hace una mujer luego de pasar por una violencia sexual? ¿Todas necesitan pasar por un proceso de reparación? ¿Este proceso qué implica? Durante mi trayectoria como profesional (previo a la propuesta de esta tesis) conocí la experiencia de algunas mujeres que hablaban de obstáculos en instituciones judiciales, de salud, académicas, laborales; y en sus entornos más cercanos para resolver la situación, era notable la estigmatización que sufrían por el hecho de ser mujeres. Entonces, pensar la incidencia de los estereotipos de género en la búsqueda de reparación es relevante porque estos son la manifestación de percepciones, creencias y patrones culturales respecto a las relaciones de género y a la sexualidad. De allí surge la pregunta de investigación que le da forma a todos los cuestionamientos nombrados *¿De qué manera influyen los estereotipos de género en los procesos de búsqueda de reparación material y/o simbólica en mujeres que han sido agredidas sexualmente en Medellín-Colombia?* Allí abordo distintos entornos a los que una mujer se acerca buscando solucionar dicha agresión: entornos que podríamos denominar “íntimos” como el familiar, de amistad, de pareja, y otros entornos de carácter “público” como el judicial, profesionales (médico, psicológico).

Este problema de investigación lo abordo en el marco interpretativo de los aportes de los estudios de género y feministas, como enfoque principal que plantea la mirada del género como relación de poder, cuestionando las explicaciones/posturas biologicistas y reduccionistas sobre los roles sociales de hombres y mujeres (como categorías genéricas a tratar en esta tesis) y de ahí su jerarquización y vulneración de los derechos humanos.

Como categorías que se desprenden de la teoría feminista, planteo: violencia sexual, estereotipos de género y reparación. Estas categorías permitieron evaluar la hipótesis respecto a si, *“Los estereotipos de género expresan, atraviesan y dirigen la manera como un grupo social percibe, entiende y enfrenta una situación de violencia sexual. Permitiendo a través de ellos, no solo conocer las relaciones de género en un entorno específico, sino también los obstáculos y las facilidades que presenta una*

mujer violentada sexualmente al buscar la reparación de dicha situación”. Las relaciones de género se entienden como “las relaciones de dominación, conflicto o igualdad que se establecen entre los géneros en una sociedad determinada. No hay relaciones de género *per se*, hay relaciones de género socialmente construidas. Se trata de conocer el grado de poder, dominación o equidad que presentan las relaciones entre los géneros, un concepto que atraviesa las sociedades” (Thuren, 1993, p. 98, citado en Martín, 2008, p. 50).

El abordaje de la pregunta de investigación tiene como contexto analítico el proceso de reparación, y como contexto geográfico la ciudad de Medellín, capital de Antioquia, Colombia. Respecto al contexto analítico, busco indagar en el proceso de reparación dado que la categoría *per se* me posibilita conocer el significado que ésta tiene para las mujeres testimoniantes, y acercarme así al reconocimiento de los efectos de la violencia, las rutas en la búsqueda de soluciones, los obstáculos presentes y la manera como cada mujer reivindicó o no sus derechos.

Respecto al contexto geográfico, los testimonios del problema a tratar fueron pensados desde el abordaje de mujeres en diferentes puntos de Medellín, de estratos socioeconómicos y niveles educativos diversos, con el fin de cuestionar el imaginario social sobre la consideración de la violencia sexual como resultado del estatus de clase y educación; sosteniendo que la la violencia sexual estructura las sociedades patriarcales atravesando las distintas clases sociales. Este enfoque permitió a su vez dar cuenta de los diferentes tipos de violencia que pueden encontrarse en la ciudad, trascender el estereotipo del agresor, estigmatizado por el nivel socioeducativo y aspecto físico. Asimismo, se logró -desde la voz de las mujeres testimoniantes- evidenciar las reacciones de funcionarios-as públicos y las dinámicas de las entidades judiciales e institucionales frente a estos casos. Poniendo en evidencia la forma en que incide el carácter de la mujer que se acerca a ellos/as y su conocimiento sobre el tema, más no la clase o la educación de las mismas. En consecuencia, de los testimonios recolectados en un periodo de nueve meses elegí para el análisis nueve de ellos que cumplían con la contextualización de la investigación propuesta.

Las dificultades metodológicas se asocian con el silencio de las mujeres, éste se relaciona con distintos motivos, entre ellos: la culpabilización, la aproximación a una

estructura judicial que intimida, silencia y omite la agresión; la intimidación por la presencia del agresor en sus entornos familiares o barriales; en los barrios periféricos la presencia de grupos armados protagonistas de este tipo violencia. Por un lado, el nivel de reconocimiento de la violencia y el proceso de recuperación en el que se encuentra la mujer agredida son factores que juegan un papel importante, como se verá más adelante. Por el otro, identificar al agresor fue un punto de partida para la contextualización de los testimonios, que permitió conocer los entornos donde se presenta esta violencia, los efectos, las consecuencias, los estereotipos de género en el marco de la violencia, y la relación entre agresor y tipo de búsqueda de reparación.

Organización de la tesis

Para responder a la pregunta de investigación propongo VI capítulos que proceden a la introducción.

Capítulo I: En este primer capítulo planteo el problema de investigación, los objetivos y el tema. Posteriormente, dedico un apartado en este capítulo a los “Aportes de los estudios de género y feministas como marco interpretativo de la violencia sexual”. Desde allí abordo las categorías: estereotipos de género, reparación y patriarcado como categoría transversal.

Capítulo II: “Metodología y datos de campo”. Presento la metodología planteada para la indagación, las herramientas, estrategias y dificultades metodológicas, fuentes de información y los aspectos éticos en el proceso de acercamiento a las mujeres testimoniantes y profesionales institucionales. En este capítulo expongo, en primer lugar, el corpus testimonial que responde a los datos registrados en campo. En segundo lugar, describo el perfil detallado de cada mujer testimoniante en el marco de la historia de la violencia vivida.

Capítulo III: “Antecedentes de la violencia contra las mujeres en Colombia: caso Medellín”. Aquí contextualizo la violencia sexual en el país, específicamente en Medellín, a través de datos demográficos de la violencia sexual en cada contexto. Presento el referente geográfico. Igualmente expongo el desarrollo de la violencia sexual en el marco del conflicto armado, como situación particular en el país por su contexto político. Cabe destacar la presencia de dicha violencia dentro de un conflicto que ha

tenido una duración de más de 50 años. Esta información presentada en el capítulo IV permite entender uno de los testimonios que ocurre en dicho contexto.

Capítulo IV: “Violencia sexual en el corpus testimonial”. Inicio esta parte con el análisis de los testimonios, ordenados en dos ámbitos: íntimo y no íntimo, con el fin de dar cuenta de los tipos de violencia, los espacios donde se ejerce/genera y el tipo de agresor. Aquí relato la situación de cada mujer testimoniante para identificar y comprender los estereotipos de género en el marco de esta violencia. Cierro el capítulo con el apartado “Efectos de la violencia sexual” explorando allí el sentir de estas mujeres, las afectaciones en su vida social y las transformaciones sociales que sucedieron o no luego de estas experiencias.

Capítulo V: “En búsqueda de la reparación”. Inicio con una descripción de la categoría reparación a partir de la bibliografía relevada. Desde el corpus testimonial abordo esta categoría para conocer los sentidos asociados a la misma en los testimonios recolectados. El capítulo finaliza con dos apartados que dan cuenta de dos aspectos recurrentes identificados en los relatos registrados, los cuales denomino: “La Culpa” y “La Voz de la Madre y el Padre en el Proceso de Reparación”.

Capítulo VI: “Estereotipos de género en la búsqueda de reparación”. Este es un capítulo que responde al objetivo de identificación de los estereotipos de género e indagación de las rutas en el proceso de búsqueda de reparación. A partir de los relatos recabados agrupo las “búsquedas” de estas mujeres en dos rutas que denomino “institucional” y “afectiva”. Me detengo en cada una en los apartados “Ruta institucional: Desojando margaritas ¿Denuncio o no denuncio?” y la “Ruta afectiva: entorno familiar, de amistad y pareja” respectivamente. En este capítulo nombro “El estereotipo de la puta” al presentarse recurrentemente en los relatos del corpus testimonial.

Finalizo el abordaje de la temática con las conclusiones y los aportes desde el proceso investigativo realizado.

Capítulo I. Consideraciones teóricas

Tema

Análisis de los estereotipos de género en los procesos colectivos e individuales de *búsqueda de reparación* de mujeres que han sido agredidas sexualmente en Medellín-Colombia.

Objetivo General

Analizar la influencia de los estereotipos de género en el proceso de búsqueda de reparación de mujeres agredidas sexualmente en la ciudad de Medellín.

Objetivos específicos

- Identificar los tipos de violencia sexual en el corpus testimonial y los ámbitos sociales donde se expresa.
- Identificar los sentidos asociados a la noción de reparación en los testimonios de las mujeres agredidas sexualmente.
- Indagar las rutas de búsqueda de reparación que transita una mujer agredida sexualmente.
- Identificar estereotipos de género presentes en los procesos de búsqueda de reparación de mujeres agredidas sexualmente.

El problema

La desigualdad de género dentro de una sociedad jerarquizada implica relaciones de dominación y subordinación privando la autonomía del género femenino para su desenvolvimiento, construcción de la sociedad y su inserción en ella. Esta jerarquización se manifiesta en las violencias sexuales en tanto expresión del ejercicio de poder por parte de quien domina, controlando, así, la posición de cada género en la sociedad (Weinstein, 1991).

Históricamente las relaciones sociales han estado marcadas y definidas a partir de la distinción anatómica, considerándose al sexo como biológicamente dado (Nicholson, 2000) sobre el cual se han construido significados que reafirman estas

diferencias y determinan las relaciones entre mujeres y hombres en la sociedad. A partir de ello, Nicholson (ibid.) plantea un enfoque de género que hace referencia a las construcciones sociales y culturales respecto a la distinción masculino/femenino, dado que la sociedad no solo moldea la personalidad y el comportamiento, sino también la manera como aparece el cuerpo. El género es entendido como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y (...) una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1986, citada en Lamas, 1996, p. 289). En particular, la antropología ha resaltado que todas las culturas tienen su propia forma de concebir, pensar y construir el género, de esta manera dichas concepciones se integran en “la identidad cultural y a la etnicidad, de la misma manera que sucede en otras configuraciones culturales” (Lagarde, 1996, p. 2) Por ello, cada sujeto construye su corporalidad, su identidad y sus roles de acuerdo con la cosmovisión de género procedente de su entorno.

Así, en este contexto, las violencias sexuales en Medellín han sido foco de indagación y preocupación de organizaciones de mujeres, instituciones académicas, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales. Desde estas se ha buscado conocer, visibilizar y generar prácticas de identificación y prevención de estas violencias por medio de foros, campañas, plantones¹, trabajo comunitario, investigación, etc. Sin embargo, en la vida cotidiana perduran posturas que justifican y refuerzan esta problemática a través de acusaciones basadas en estereotipos de género que responsabilizan a las mujeres².

A partir de los acercamientos a mujeres que han sido agredidas sexualmente, registrados en el marco del Proyecto “Desarrollo de acciones de promoción y prevención con mujeres y hombres de la ciudad de Medellín y sus corregimientos en riesgo de violencia sexual, trata de personas y prostitución”³ ejecutado por la Corporación Amiga

¹ Reunión de un grupo de personas para protestar y denunciar la vulneración de derechos.

² Al respecto se encuentran investigaciones como:

Ariza, G.R. (2009). Las representaciones sociales de la violencia en las relaciones de pareja en la prensa de Medellín en el siglo XXI: El Colombiano 2001-2008. La Chiva 2002-2008. *Revista venezolana de estudios de la mujer*. 14 (32), 71-97.

Henao V, A.C. (2009). *Mujer y derechos. Problemática de género en la ciudad de Medellín 2008: las violencias sexuales como una vulneración de los derechos de las humanas*. Práctica profesional de Sociología. Universidad de Antioquia, Medellín.

³ Participé en este proyecto como facilitadora de las capacitaciones en el año de 2010.

Joven de Medellín, pude identificar -a grandes rasgos- dos etapas presentes en los procesos de reparación. Una fase inicial vale denominarse de *interés y comprensión* hacia estas situaciones de violencia por parte del entorno de las mujeres agredidas; y una etapa posterior, el *cuestionamiento* sobre la legitimidad de los hechos en la que generalmente estos entornos la responsabilizan como provocadora de la violencia. A partir de las construcciones simbólicas de lo que significa allí ser hombre y mujer, los roles que cada uno desempeña en la sociedad y los peligros latentes para cada uno de ellos en su cotidianidad, percibí la presencia de estereotipos de género en el recuento de dichas situaciones, en muchos casos legitimando la situación violenta y re-victimizando al sujeto agredido-a. Por ello, en esta investigación planteo la pregunta *¿De qué manera influyen los estereotipos de género en los procesos de búsqueda de reparación material y/o simbólica en mujeres que han sido agredidas sexualmente en Medellín-Colombia?* Indagación que busca abordar los entornos familiares, de amistad, de pareja, terapéutico, médico y judicial en los que una mujer agredida se acerca buscando remediar dicha agresión.

A partir de mi participación en el proyecto arriba mencionado, pude observar la dificultad en reconocer la violencia sufrida como un acto de vulneración de los derechos de autonomía y libertad de elección sexual de quienes han sido agredidos-as. Por lo general, estos episodios de violencia fueron encubiertos por el agresor a través de señalamientos y culpabilización haciendo responsable a la mujer por la agresión recibida a través de actitudes que banalizan, ridiculizan y señalan las posturas, y la transgresión de los roles de género, como plantea Segato “Al ignorar la queja, también se le niega reconocimiento a la existencia del sujeto discursivo de la queja” (2003, p. 120). Esto ocasiona una irrupción del orden social obteniendo como resultado la violación de la autonomía y libertad como sujetos.

Esto lleva a considerar el orden simbólico de la violencia de género en tanto naturalización del sistema de creencias y costumbres (Femenías, 2008) que permean a los sujetos en términos de estatus de género, manteniéndose a través de la sumisión pues “impone un orden bajo el supuesto de que es único, irreversible, inmodificable, incuestionable, natural o eterno y que, además, ese orden funda la ética, la moral o las costumbres de una sociedad dada” (Femenías, 2008, p. 49).

Por lo tanto, el enfoque aquí desplegado contempla que la violencia sexual contra las mujeres encuentra apoyo en el orden simbólico de la vida social. La violencia simbólica legitima un orden social que necesita del ejercicio de la violencia concreta sobre las mujeres para su instauración y reproducción (Sciortino, 2013).

Aportes de los estudios de género y feministas

Los paradigmas y marcos de interpretación de la realidad son modelos conceptuales que aplican una mirada intelectual específica sobre la sociedad y utilizan ciertos conceptos (género, patriarcado, androcentrismo, etc.) a fin de iluminar determinadas dimensiones de la realidad que no se pueden identificar desde otros marcos interpretativos de la realidad social. (Cobo, 2005, p. 254)

Entiendo aquí el feminismo como un movimiento de corte teórico y político que cuestiona y busca eliminar la jerarquía en términos de género a través de la transformación de las relaciones basadas en la asimetría y opresión sexual (Gamba, 2007). El feminismo saca del orden de lo natural a las relaciones de poder basadas en el género destacando así “los procesos culturales, históricos e institucionales que dieron lugar a la distinción entre lo público y lo privado, y sus consecuencias en la relación entre los géneros” (Archenti, 2007, p. 266).

En consecuencia, la teoría feminista es un enfoque interpretativo que da cuenta de un sistema social en el que los varones ocupan un lugar hegemónico en los diferentes espacios sociales (Cobo, 2005, p. 255). El feminismo radical introduce el concepto de *patriarcado* para diferenciar la dominación basada en el sistema sexo-género de otro tipo de dominaciones (De Miguel, 2008). Este enfoque analítico evidencia los mecanismos y estructuras ideológicas que reproducen la discriminación de las mujeres en los diferentes ámbitos sociales, culturales y simbólicos que incluyen la violencia de género y la violencia sexual.

Por lo tanto, el *género* como categoría de análisis de la teoría feminista permite evidenciar la estructura de poder en la relación entre los sexos. De acuerdo con Cobo (2005),

El sexo es una realidad anatómica que históricamente no hubiese tenido ninguna significación política o cultural si no se hubiese traducido en desventaja social. El

elemento anatómico ha sido el fundamento sobre el que se ha edificado el concepto de lo femenino. Desde los estudios de género y desde la teoría feminista se ha criticado la idea de que la singularidad anatómica se haya traducido en una subordinación social y política (Pateman, 1995). El concepto de género se acuña para explicar la dimensión social y política que se ha construido sobre el sexo. (p. 253)

Este concepto es introducido en las Ciencias Sociales en los años 80 “para referirse a la construcción social de la masculinidad y la feminidad en las diferentes culturas (...) [para] subrayar que la posición de inferioridad de las mujeres se debía a razones sociales y no a la naturaleza humana, de manera que la igualdad era una meta plausible si se establecían las pautas socio-culturales adecuadas” (Martín, 2008, p. 38-39). Con la categoría género se busca trascender la consideración binaria planteando la posibilidad de las identidades múltiples y poniendo en cuestión la tradición heterosexual propia del sistema patriarcal (Lamas, 1986). Para Aurelia Martín “el género es una categoría de análisis científico que se refiere a las cualidades culturales y sociales que se asocian simbólicamente a las personas según las formas de concebir las *identidades genéricas* (de género) en cada sociedad” (2008, p. 48).

La apuesta del feminismo por la distinción sexo-género para enfrentar los argumentos de orden biológico ha permitido debatir la asignación cultural de roles en función de la naturaleza, sosteniendo que “se tiene que reconocer que las características llamadas “femeninas” (valores, deseos, comportamientos) se asumen mediante un complejo proceso individual y social, el proceso de adquisición de género” (Lamas, 1986, p. 186-187). Entonces se enfatiza que las normas y comportamientos asignados a cada sexo en relación con el género femenino o masculino “corresponde a la división sexual del trabajo más primitiva: las mujeres tienen a los hijos y por lo tanto los cuidan: *ergo*, lo femenino es lo maternal, lo doméstico contrapuesto con lo masculino como lo público” (Lamas, 1986, p. 189)⁴.

La dicotomía⁵ masculino y femenino (desde una lógica occidental que concibe la realidad de manera separada) se problematiza al ser un par de oposición sexualizado, es decir, al varón se le relaciona con lo masculino cuyas características en el sistema de

⁴ La autora respalda este planteamiento en la existencia de registros etnográficos, y a su vez nombra el cuestionamiento sobre el carácter variable o universal de estas manifestaciones (Lamas, 1986, p. 174).

⁵ Los conceptos dentro de las dicotomías son exhaustivos y excluyentes, hacen parte de un pensamiento lógico que expresa dos enunciados: verdadero y falso (Gamba, 2007).

valores de occidente están definidas por la fuerza, la capacidad intelectual, entre otros, y se ubica en el orden de lo público; y a las mujeres con la feminidad, relacionada con la debilidad, emocionalidad, entre otros, y asignada al orden de lo privado; ubicándola en un lugar inferior (Gamba, 2007). Por lo tanto, los estereotipos de género basados en dicha dicotomía se construyen con relación a los roles de género⁶, solapando las potencialidades intrínsecas del ser humano “al potenciar o reprimir los comportamientos *según* si son adecuados *al género*” (Lamas, 1986, p. 189). El feminismo ha señalado el carácter de constructo social y cultural de esta dicotomía, sus roles y estereotipos asignados; señala que la misma lleva a marcar el destino de los sujetos “con una moral diferenciada para unos y para otras, es el problema político que subyace a toda la discusión académica sobre las diferencias entre hombres y mujeres” (Lamas, 1986, p. 178). Así, el feminismo sigue poniendo en cuestión estos roles en la búsqueda por la vindicación de los derechos de las mujeres (Amorós, 1997, citada en Cobo, 2005), buscando lograr la igualdad de derechos, el goce y disfrute de la sociedad y por ende de la vida. Como expresa Marilyn Strathern “La revolución no consiste en conquistar el privilegio de los varones sino en eliminar la distinción” (1979, p. 148, citada en Martín, 2008, p. 31).

En este sentido, el género muestra diferencias de estatus; clasificaciones que expresan un valor inequitativo entre los sujetos dentro de un mundo que está jerarquizado (Pateman, 1995). La discriminación es consecuencia de la relación entre dominio y subordinación, manifestándose la violencia como ejercicio de poder (Weinstein, 1991). La violencia se exterioriza en la estructura social y se reproduce en subsistemas sociales como la familia. Además, la violencia de tipo estructural e institucional se evidencia en los sistemas políticos, sociales y económicos, y se materializa en la discriminación. Kate Millet (1970) plantea que la violencia dirigida hacia las mujeres refuerza y reproduce el sistema de desigualdad sexual, el cual amenaza tanto la voluntad como la autonomía de las mujeres. Es por ello que dicha violencia no puede reducirse a un problema de carácter personal/individual fuera de la estructura de la violencia de género. En esta línea Rita Segato señala que la impunidad

⁶ Entendidos como la asignación cultural a cada sexo de tareas, actividades y comportamientos, los cuales varían de acuerdo al tipo de sociedad y época histórica; en su asignación inciden aspectos como la religión, la etnia y la economía (Martín, 2008, p. 50).

de la violencia referida “se encuentra vinculada a la privatización del espacio doméstico, como espacio residual, no incluido en la esfera de las cuestiones mayores, consideradas de interés público general (2010b, citada en Segato, 2016, p. 117).

De esta manera, la violencia de género se reconoce desde sus múltiples formas como el “maltrato físico explícito (...), verbal explícito (...), psicológico (...) y, en general, inequidad, discriminación y segregación” (Femenías, 2008, p. 13) que va dirigida no solo a las mujeres, sino también a la población LGTB-I⁷, como grupo social que desafía las lógicas heteropatriarcales. En Colombia la violencia contra las mujeres se manifiesta en los ámbitos privado y público, especialmente ha tomado nuevas formas y se ha exacerbado dentro del contexto del conflicto armado colombiano, al presentarse como arma de guerra (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2003), que refuerza las dinámicas del sistema patriarcal.

Para dar una mejor claridad sobre la distinción sexo/género en el presente estudio, tomo la categoría *género* haciendo alusión a la construcción simbólica realizada sobre las diferencias anatómicas y fisiológicas que definen -en la sociedad occidental- la denominación hombre y mujer, así como la constitución de lo femenino y masculino. Se hablará entonces “de los hombres y las mujeres como sexos y (...) género para referirse al conjunto de ideas, descripciones y valoraciones sobre lo masculino y lo femenino” (Lamas, 1996, p. 219-220).

Patriarcado

Si observamos los crímenes contra las mujeres que marcan el presente y buscamos entender qué expresan, qué dicen y qué ocasionan, podremos observar su fuerte conexión con la fase histórica que atravesamos como sociedad. Así como comprender la historia del patriarcado es entender la historia de la esfera pública y del Estado, de la misma forma y en el centro de todas las cuestiones, entender las formas de la violencia de género hoy es entender lo que atraviesa la sociedad como un todo. (Segato, 2016, p. 96)

Es necesario comprender el patriarcado como un sistema de organización social. Gerda Lerner (1990) plantea que la primera forma de patriarcado se presentó en el estado

⁷ Esta sigla se refiere a los colectivos de lesbianas, gays, bisexuales, transexuales e intersexuales.

arcaico, y la familia patriarcal fue su unidad básica de organización en la que transitaban las normas y los valores. En un sentido estricto, Lerner propone que el patriarcado se refiere al sistema que surgió de las legislaciones griegas y “en el que el cabeza de familia de una unidad doméstica tenía poder legal y económico absoluto sobre los otros miembros, mujeres y varones de la familia.” (Lerner, 1986, p. 340). Este significado del patriarcado da cuenta de un sistema que tuvo un inicio y un final, pues indica que surge en la antigüedad clásica y termina en el siglo XIX al conceder derechos civiles a las mujeres, especialmente a las que estaban casadas. Contrario a ello, Lerner plantea que el patriarcado sigue prevaleciendo, y más bien “en el siglo XIX la dominación masculina dentro de la familia sencillamente cobra nueva forma y no finaliza” (1986, p. 340).

El patriarcado se ha ido transformando. Inicialmente se lo reconoce como la institucionalización del dominio masculino sobre mujeres y niños dentro de la familia, extendiéndose a todas las mujeres de la sociedad, cuyo poder masculino se manifiesta en los cimientos de las instituciones más relevantes de la misma, reduciendo el acceso de las mujeres al ámbito público (Millett, 1970). Esta expresión del patriarcado se ha transformado, hoy en día la dominación se expresa en actitudes de desconocimiento de la autonomía e independencia por diferencia de género, allí la heterosexualidad obligatoria y el contrato social son las estructuras que lo fundamentan (Rivera, 1994, citado en, Gamba, 2007). Kate Millett (1975) plantea que en los años 60 el feminismo radical consideró la sexualidad de las mujeres como fundamental en la constitución del patriarcado; las relaciones sexuales se consideraron como relaciones políticas en las que los varones dominan a las mujeres.

Carol Pateman (1995) propone comprender la noción de patriarcado desde la noción de contrato social. Haciendo una lectura crítica de los contractualistas señala que el contrato originario en las sociedades occidentales regula las relaciones sociales y funda una nueva sociedad civil y una nueva forma de derecho político. Pateman propone que el contrato original que instituye las sociedades modernas implica, a la vez, libertad y dominación. La libertad de los varones y la sujeción de las mujeres se acuerdan a través del contrato original. El contrato es el medio a través del cual el

patriarcado moderno se constituye. En este sentido la autora formula la categoría de contrato sexual.

La autora define el contrato social como patriarcal, ya que establece derechos políticos de los hombres sobre las mujeres; y sexual al plantear la sujeción del cuerpo de las mujeres, lo que constituye el patriarcado moderno. Patriarcado caracterizado por la subordinación de las mujeres a los hombres “en tanto que varones, o a los varones en tanto que fraternidad, el contrato original tiene lugar después de la derrota política del padre y crea el patriarcado fraternal moderno” (Pateman, 1995, p. 12). Dentro de la creación del contrato originario se integra la constitución de las esferas pública y privada de la sociedad civil, y se considera la privada como políticamente irrelevante (Pateman, 1995).

La reproducción del sistema patriarcal necesita de la cooperación de las mujeres, y esto ha sido posible a partir de la posición que las mujeres asumen dentro de esa lógica social, manteniendo dicho sistema por medio de la introducción en la lógica de género, la exclusión de la enseñanza, el desconocimiento inducido de la historia de las mujeres, la dicotomía “respetabilidad/desviación” marcada a partir de la consideración de la sexualidad que ha llevado a la división de las mujeres que se identifican con cualquiera de éstas dicotomías. Psicológicamente han sido tratadas para interiorizar su propia inferioridad reforzada a través de su falta de reconocimiento en la participación de la construcción de la sociedad (Lerner, 1986, p. 317). La apropiación del cuerpo, la psiquis y la vida en general de las mujeres por parte del patriarcado se materializa tanto por medios pacíficos, que en la mayoría de los casos invisibilizan las relaciones o los rasgos de dominación, como también por medio de la violencia psíquica y física (De Miguel, 2005).

La década de los años sesenta fueron de cambios socioculturales, en los que se dio una fuerte agitación política materializada en el lema *lo personal es político*. Desde el feminismo radical se denunció y dio forma al contenido de la violencia dirigida hacia las mujeres, y se redefinió el concepto de *patriarcado* como sistema independiente de otros sistemas de dominación, cuya opresión se basa en el sexo/género en esferas de lo público y de lo privado. El feminismo y los estudios de género lograron evidenciar la *violencia de género* como una cuestión que es producto de la estructura patriarcal,

sacándola del ámbito *privado, individual y casual* (De Miguel, 2005), y que logra transgredir los derechos humanos de las mujeres.

Capítulo II. Metodología y datos de campo

Metodología

La presente indagación tiene un enfoque *cualitativo exploratorio* que desarrollé por medio del trabajo de campo de tipo *reflexivo*, acompañado de estrategias de investigación como *el testimonio, la entrevista en profundidad, y la revisión de fuentes secundarias*: tesis, informes de investigación y proyectos, informes de corporaciones privadas, gubernamentales y no gubernamentales, libros y artículos de revista que han documentado el tema en Medellín.

Hago énfasis en el trabajo de campo *reflexivo* (Guber, 2004) buscando con ello el reconocimiento del mundo tanto del investigador como de quienes se indaga, identificando allí los supuestos teóricos y la realidad en la que sucumbe el investigador. Este tipo de trabajo le posibilita dar cuenta de su pregunta de investigación dentro de la realidad y le permite distinguir entre su reflexividad y la del mundo a investigar (Guber, 2004). Esto se puede apreciar en un primer acercamiento con corporaciones u organizaciones que abordan la atención de violencias sexuales. Allí encontré que para algunas la indagación de corte científica y periodística sobre dicha problemática en mujeres en *proceso de recuperación* se percibe como *re-victimizante*, no solo por la intención de volver a contar su experiencia, sino también al ser convocadas como sujetos de interés científico por su situación. Esto me llevó a reflexionar sobre el cómo acercarme a quienes hacen parte del entorno de las violencias sexuales y cómo va a materializarse dicha relación, haciendo referencia a la “reflexividad desde un enfoque relacional, no ya como lo que el investigador y el informante realizan en sus respectivos mundos sociales, sino como las decisiones que toman en el encuentro, en la situación del trabajo de campo (Guber, 2004, p. 49).

Entonces, como aproximación al desarrollo de esta investigación realicé una fase exploratoria a través del contacto con organizaciones comunitarias que abordan la violencia sexual desde la prevención, denuncia y atención. Para este acercamiento un asunto clave fue el vínculo (producto de mi experiencia profesional previa) con la

Corporación Amiga Joven⁸ que posibilitó mi credibilidad y suscitó la apertura a dichas organizaciones y movimientos de mujeres de Medellín. Allí, el contacto se fue dando a partir de la socialización del carácter de la investigación con sujetos claves y puntales de estas entidades y movimientos (a las que me referiré más adelante) donde expresé mi interés por desarrollar este tipo de indagación que permita contribuir a la reivindicación de los derechos de las mujeres en la ciudad y a reflexionar sobre las relaciones de género en dicho contexto; disposición y asunto que fueron bien acogidos, por cuanto responden a su quehacer y apuesta social. Este acercamiento posibilitó la apertura del espacio para entrevistar a profesionales en el tema.

Para el acercamiento a los sujetos de estudio propongo el *muestreo en cadena o bola de nieve*, apropiado cuando éstos no pueden ser contactados abiertamente por asuntos políticos, de seguridad u otros factores que impidan el acercamiento directo y abierto; este muestreo permite ubicar inicialmente a “uno o varios sujetos iniciales y luego éstos van llevando al siguiente y así sucesivamente” (Páramo, 2013, p. 43). Por consiguiente, asumiendo que la problemática a indagar *per se* presenta dificultades para hablar de ella abiertamente, consideré esta forma de muestreo como el más apropiado para la recolección de la información, pues a su vez posibilita el respeto y consideración con las mujeres que han vivido este tipo de situaciones, ya que el acercamiento en general estaba mediado por alguien de su confianza, que facilitó su autorización para conocer su relato.

Contextualizando las herramientas metodológicas, propongo el *testimonio* como herramienta para la indagación en las mujeres violentadas sexualmente, como la expresión de la subjetividad que subyace en la situación vivida y que al expresarse no solo denuncia lo sucedido, sino también da la posibilidad de sanar y de politizar la experiencia, permitiéndole a quien escucha interpretar una situación específica que habla de una realidad social, en este caso, de la violencia sexual y la dificultad que tienen muchas mujeres para levantar su voz y sacar de sí los malestares que deja la violencia y que la sociedad patriarcal busca silenciar. Por ende “El componente emocional y de subjetividad que encierran los testimonios es importante, además,

⁸ Corporación Amiga Joven: Organización comunitaria para la formación de mujeres –de barrios populares de Medellín- con perspectiva de género como estrategia para la prevención de violencias sexuales como abuso, explotación y trata de personas.

porque es condición imprescindible de la calidad de "la escucha"; del respeto por la subjetividad del "Otro" y de un contexto de producción y recepción claro del relato que ayude a comprender y a darle sentido a la narración, así como a sus dimensiones políticas" (Blair, 2008, p. 96).

Reyes Mate (2003, citado en Blair, 2008) plantea que en el testimonio están presentes tres tipos de testigos: el testigo que no puede testimoniar, quien deja lagunas en la palabra; el testigo víctima sobreviviente, quien narra desde su propio lugar; y el testigo delegativo, quien narra para contar la palabra del otro. En esta tesis me referiré al *testigo víctima sobreviviente*, puesto que la indagación se enfoca en la experiencia propia de la vivencia de la agresión sexual, donde a su vez, se encuentra en la voz de algunas mujeres (del corpus testimonial) el deseo de expresar su palabra para que otras la escuchen con la *esperanza de detener así la violencia hacia las mujeres en Medellín* (diario de campo, 4 noviembre 2015). Por lo tanto, el testimonio en sí mismo posibilita levantar la voz como acto político que busca reivindicar los derechos de las mujeres (genéricamente hablando) desde su propia experiencia, porque son ellas las "que constituyen el recurso más importante con el fin de hacer viable "la posibilidad de la palabra" para las víctimas y el acto de testimoniar como acto político y moral de deber hacia éstas por parte de los testigos" (Reyes Mate, 2003, p. 115, citado en Blair, 2008, p. 94)

Así, el recorrido por el pasado lejano, cercano o inmediato les recordó a algunas mujeres que aún estaban en el proceso de recuperación, a otras las lágrimas fueron la expresión de la nostalgia de un episodio que les generó sufrimiento y el reconocimiento de su lugar en la sociedad, pero que logró quedar en el pasado. De ahí que, relatar significó el acto de repensarse para recuperarse, continuar con la búsqueda y reivindicar los derechos.

La indagación en las *profesionales institucionales* la propongo desde la entrevista en profundidad, como técnica de acercamiento que permite la interacción entre quien investiga y el/la entrevistada que hace parte del contexto a estudiar. En efecto, es necesario tener un conocimiento previo del sujeto de estudio y su contexto que posibilite desarrollar las incógnitas que mediante esta comunicación se van presentando, debido a que a través de esta herramienta "el entrevistador/a quiere

conocer lo que es importante y significativo para el entrevistado/a; llegar a comprender como ve, clasifica e interpreta su mundo en general o algún ámbito o tema que interesa para la investigación, en particular” (Selltiz, Wrightsman & Cook, 1980, p. 151-152).

Al respecto, elijo el tipo de *entrevista conversacional* buscando que el relato fluya sin inducir las respuestas (Selltiz et al., 1980). Este tipo de entrevista se estructura y planea con anticipación para evitar que, en la frescura de la conversación, ésta se desvíe de la indagación central. Para ello se busca generar una relación Rapport (Carmona, Siavil & Ribot, 2007) entre entrevistadora y entrevistado-a con el fin de posibilitar un ambiente de cercanía y comodidad que facilite la conversación y de esta manera poder expresar de forma libre las opiniones, actitudes, emociones, entre otros, sobre el tema de indagación (Carmona et al., 2007). Y que además le posibilite a la entrevistadora observar los gestos, silencios y otros aspectos que acompañan la voz de quien tiene al frente. Elementos importantes y necesarios a tener en cuenta para el momento del análisis de la información (Carmona et al., 2007).

Registro de testimonios

En efecto, las personas hablan, pero al leerse o al temer ser puestas en público "desdicen" o solicitan no ser citadas. Hay múltiples situaciones de "arrepentimiento" o de "vuelta atrás" de estos testigos. Este autocontrol se traduce en la petición de supresión de algunas de las afirmaciones. Es en estas supresiones y correcciones que se decide la "negociación" con los entrevistados. (Blair, 2008, p. 85)

Con el propósito de enfocar el análisis de esta investigación desde la voz de las mujeres se inició el registro de *testimonios de mujeres agredidas sexualmente* cuya reparación sucedió en Medellín. De los contactos realizados y testimonios recolectados en un periodo de nueve meses (entre abril y diciembre de 2015), se eligieron 9 con características que respondían al contexto de la investigación. Durante este registro se presentaron dificultades metodológicas propias del caso en estudio en las que afloraban la percepción y las emociones del tema investigativo. A su vez, se dieron tres situaciones que no permitieron el registro testimonial, hecho que evidencia el silenciamiento de estas mujeres:

- Encuentro pospuesto más de tres veces: al realizar el contacto se manifiesta motivación, pero no se logra concretar el encuentro; entendiéndose la reacción como el sentimiento o la sensación de no estar preparada para compartir su situación.
- Dificultad para compartir la situación de violencia: por consiguiente, no hubo iniciativa de encuentro. En las mujeres cuyo agresor fue un actor armado en el contexto de los barrios periféricos de la ciudad, se encontró más dificultad para acceder al caso.
- Rechazo a mi acercamiento como investigadora: en entornos donde se abordaba asuntos de género, al preguntar en conversaciones informales sobre mujeres agredidas sexualmente, se manifestó indiferencia y lejanía. En otros casos se encontraron respuestas como “*si las hay, pero es muy difícil que se quiera hablar de eso*” (Diario de campo, 18 de abril de 2015), por lo tanto, no se facilitó el contacto con ellas.

Igualmente, es importante destacar a las mujeres que a través del acercamiento al tema activaron en su memoria vivencias relacionadas con este tipo de agresiones, encuentran entonces en el olvido la posibilidad de enmendar el dolor causado. Con este grupo de mujeres no fue posible registrar sus testimonios, pues manifestaron apenas asimilar los recuerdos de experiencias que no solo les causaba sorpresa, sino también les resultaban dolorosas. Manifestaron “*no me siento capaz aún de hablar del tema*” (Diario de campo, 10 de noviembre de 2015).

Teniendo en cuenta que el tiempo de investigación para una tesis de maestría es acotado, consideré conformar un universo de individuos que lograra abarcar un factor importante que inspiró esta investigación: la indagación por la violencia sexual en un muestreo aleatorio que diera cuenta de la edad al momento de la violencia y búsqueda de reparación, estrato socioeconómico y educativo, y ubicación geográfica como manifestación de la violencia sexual independiente de estos factores. De esta manera, con los testimonios registrados se logró abarcar diferentes puntos de la ciudad donde el nivel socioeconómico es variante, así como el nivel educativo. Dos factores que, dentro del imaginario social, se les atribuye el origen de la violencia sexual, asignándola generalmente a los estratos vulnerables. Como también, un corpus testimonial que

evidenciara a grandes rasgos los diferentes tipos de violencia sexual que pueden encontrarse en la ciudad. En consecuencia, este corpus testimonial logra inicialmente caracterizar al contexto geográfico –Medellín- donde se ubica la pregunta de investigación.

Se realizaron, también, *entrevistas en profundidad* a *profesionales institucionales* del área de la psicología, la antropología, la sociología y el derecho con tres fines: Primero, contextualizar la violencia sexual en Medellín; segundo, llegar al testimonio de mujeres violentadas sexualmente, teniendo en cuenta la experiencia sobre el acompañamiento en procesos de atención y reparación; y tercero, conocer su percepción sobre las violencias desde su quehacer.

Así, se tomaron 6 entrevistas en profundidad a profesionales institucionales, miembros de organizaciones no gubernamentales y gubernamentales que se han dedicado a la atención o abordaje de mujeres violentadas sexualmente en la ciudad. Se entrevistó a: dos psicólogas del Centro de Recursos Integrales para la Familia (CERFAMI) y de la Secretaría de Equidad y Género (quien dirige grupos terapéuticos con mujeres que han vivido violencia de género) respectivamente. A una antropóloga feminista, líder de un movimiento social dedicado a la defensa de los derechos sexuales y reproductivos. A la coordinadora de la Ruta Pacífica de las Mujeres - seccional Antioquia. La abogada defensora de una de las mujeres testimoniantes, feminista e integrante de “la batucada feminista”⁹. Y la coordinadora del programa de “Derechos humanos de las mujeres y ciudadanía” de la corporación Mujeres que Crean.

En las narraciones, tanto de las mujeres como de las profesionales institucionales, se expresa la vivencia de violencias sexuales ejercidas por *miembros de la familia* (padres, abuelos, primos, y por la pareja), por *conocidos de carácter cercano* (amigos o compañeros de trabajo o estudio), y por *conocidos no cercanos*, es decir, el tipo de relación eventual, de contacto esporádico donde no se ha construido un vínculo de confianza, así como también violencias sexuales ejercidas por *agresores en grupo*. A partir de este primer acercamiento, la indagación define su contextualización en mujeres cuyo proceso de reparación se realizó en la ciudad de Medellín a partir de tres grupos exploratorios, tal como se observa en la siguiente tabla (Nº1):

⁹ Colectiva de mujeres que se movilizan por los derechos de las mujeres en Medellín.

TABLA 1. EJERCICIO DE LA VIOLENCIA SEXUAL POR TIPO DE AGRESOR (CORPUS TESTIMONIAL).

Algunos datos relevados en los testimonios fueron la edad de vivencia de la violencia sexual (como aporte para la especificidad en la reconstrucción del proceso de reparación), el tipo de violencia, las características del agresor, la cercanía hacia él y, en el caso del agresor familiar, el grado de consanguineidad de ese agresor. De igual manera, se indagó la percepción de la violencia de parte de la víctima en distintos momentos de la trayectoria de violencia vivida, específicamente: durante la agresión, durante la búsqueda de reparación y en el momento del registro del testimonio. De este modo, el objetivo fue comprender los sentidos y prácticas asociados a la reparación *en cada caso*. En las narraciones se revelaron tres tipos de violencia: *acoso*, *intento y abuso sexual* y *violación*. Durante la etapa de campo, dos mujeres se encontraban viviendo la situación de agresión y/o el proceso de denuncia por violencias como *acoso* y *violación*.

El grupo de mujeres testimoniante se fue conformando a través del contacto personal e institucional. A nivel personal, en la búsqueda de mujeres que vivieron dicha experiencia y a través de la socialización del tema a investigar en los espacios cotidianos

donde transité, fueron aflorando situaciones de mujeres que en algún momento de su vida fueron violentadas sexualmente. A nivel institucional se dio por medio de la Corporación Amiga Joven, la Ruta Pacífica de las Mujeres-seccional Antioquia, la Red de Derechos Sexuales y Reproductivos la Corporación Mujeres que Crean.

Se destaca que las dificultades metodológicas que surgieron en esta fase de campo, se toman en cuenta para posteriores análisis que permitan una lectura de la realidad social respecto a la violencia sexual en este tipo de contextos, y en la dificultad para compartir estas situaciones que en secreto viven un sinnúmero de mujeres en Medellín.

Datos de campo: Reconociendo las voces de mujeres violentadas sexualmente en Medellín

Contexto geográfico

MAPA 1. MAPA DE MEDELLÍN: BARRIOS Y COMUNAS. FUENTE: BLOG, MEDELLÍN TE ESPERA.

Medellín, capital del departamento de Antioquia, es la segunda ciudad más grande de Colombia. Tiene una población de aproximadamente 2.219.861 millones de habitantes al 2005 (DANE, 2005). Ubicada en la parte central del Valle de Aburrá sobre la

cordillera central de los Andes, la ciudad es el núcleo de la entidad político administrativa llamada Área Metropolitana del Valle de Aburrá, conformada por 9 municipios –poblados pequeños- integrados y gobernados por alcaldías independientes. Con estos municipios la cifra de población asciende alrededor de 3.5 millones de habitantes.

Medellín se divide administrativamente en 7 zonas, distribuidas en 16 comunas, 5 corregimientos y 249 barrios oficiales. En las zonas habitan comunidades diferenciadas socioeconómicamente. Las comunas conglomeran dos o más barrios con características socioeconómicas similares, servicios colectivos, y distintos usos del suelo. Los corregimientos con menos de 20 mil habitantes, y a su vez divididos en veredas, corresponden a la zona rural del municipio de Medellín (Ramos, 2011).

Corpus testimonial

Al corpus de testimonios recolectados durante los meses de marzo y noviembre de 2015 lo conforman 9 relatos¹⁰ de mujeres adultas habitantes de diversos sectores de la ciudad. Estos relatos se agrupan en dos ámbitos que visibilizan los tipos de violencia sexual y los tipos de agresores:

- El *íntimo* se refiere a los contextos familiares, sentimentales y conocidos cercanos (agresores con quienes se estableció un vínculo de confianza). Allí se encuentran agresores: padre, primo, pareja en convivencia y en noviazgo, y compañeros de estudio y trabajo.
- El *no íntimo* se refiere a los contextos donde no se estableció un vínculo de confianza con el agresor. Se encuentran agresores actores armados (paramilitares) y delincuenciales (pandillas), y agresores conocidos sin relación.

Las etapas en las que estas mujeres vivieron la agresión sexual fueron: *infancia, adolescencia, y adultez*. De los 9 casos, en tres de ellos la violencia sexual se prolongó en el tiempo:

¹⁰ Los nombres que aquí aparecen, son sustitutos de los nombres reales por efectos de seguridad y ética con las mujeres testimoniantes.

Agresor individual:

Caso 1. La violencia ocurrió en la infancia y se extendió hacia la adolescencia por parte del padre.

Caso 2. La violencia se presentó por parte de diferentes agresores: en la infancia por un primo, y una segunda vez por un conocido sin relación. En la adultez se vuelve a manifestar por parte del esposo de manera prolongada y de un conocido/cercano de manera ocasional.

Caso 3. Se presenta en la adultez por parte de un conocido/cercano.

Agresores en grupo:

Caso 1. Ocurre en la adolescencia de manera prolongada por parte de una pandilla de delincuencia urbana al que pertenece el novio de la mujer agredida.

Caso 2. Se presenta en la adultez de manera ocasional, en dos momentos diferentes por parte de actores armados miembros de un grupo paramilitar.

En los testimonios recolectados no se presentaron casos de embarazos y las violencias de las mujeres testimoniadas ocurrieron a mediados y finalizando los 80 y en el año 2000. La *búsqueda de reparación* de las mujeres que vivenciaron la violencia en la infancia y adolescencia se realizó en su adultez. Los testimonios evidencian tres tipos de violencia sexual:

- *Acoso sexual*, entendido como el acto de persecución con fines sexuales.
- *Abuso sexual*, acercamiento con fines sexuales sin la voluntad de la mujer, manifiesto a través del contacto visual, tacto habla, considerándose como el momento más próximo a la violación.
- *Violación*, contacto sexual donde se presenta penetración, legalmente reconocido como acceso carnal violento.

En la siguiente tabla (Nº 2) se puede apreciar la caracterización del agresor y de la agresión por cada testimonio registrado:

CARACTERIZACIÓN DE LA AGRESIÓN Y DEL AGRESOR					
Testimonio	Edad de la violencia	Duración de la violencia	Tipo de violencia	Agresor	
				Relación	Edad, lugar de procedencia y ocupación
Ámbito Intimo					
Margarita	Desde los 4 hasta los 14 años.	Prolongada	Abuso sexual	Padre	45 años. Ciudad Bolívar (Municipio de Medellín) Campesino, no trabajaba
Diana	41	Única vez	Violación	Pareja en unión conyugal.	65 años. No se tiene dato. Asesor de paz, economista, administrador de empresas.
Ámbito No íntimo					
Silvia	24	Única vez	Abuso sexual	Compañero de trabajo	40-50 años aprox. No tiene conocimiento. Defensor de los derechos humanos, trabajaba en una ONG en temas de juventud. Su hermano tenía antecedentes de violencia sexual.
Liliana	25	Única vez	Abuso sexual	Compañero de trabajo	57 años. No tiene conocimiento. Defensor de los derechos humanos.
Marcela	27	Única vez	Acoso sexual	Compañero de trabajo	Más de 30 Cartagena Abogado, defensor de los derechos humanos. Interesado por la problemática de abuso sexual en la infancia, trabajaba en una fundación infantil de un sector de bajos recursos económicos.
Melisa	23	Prolongada	Acoso sexual	Compañero de estudio	Más de 40. No tiene conocimiento. Sociólogo, estudiante de psicología, y docente universitario. No ha tenido una pareja estable, vivía con su madre.
Doris	24	Ocasional	Violación	Conocido sin relación	Más de 20 años Paramilitares encargados del barrio
Ámbito Intimo y no Intimo					
Renata	A los 4 años	Prolongada	Abuso sexual	Conocido sin relación	40 años. La testimoniante no tiene conocimiento del lugar de procedencia. Dueño de residencia donde habitaba la agredida.
	A los 7 años	Prolongada	Abuso sexual	Primo	30-35 aprox. No se tiene información. No se tiene información
	20	Prolongada	Abuso sexual	Esposo	No se tuvo acceso a este dato.
	33	Ocasional	Acoso sexual	Docente	Aproximadamente 30 años, La testimoniante no tiene conocimiento del lugar de procedencia. Docente, instituto para profesionales.
Maritza	14	Prolongada	Abuso sexual y violación	Pareja	Más de 20 años Medellín. Miembro de una pandilla.
	14	Prolongada	Abuso sexual y violación	Amigos del novio	Más de 20 años. No tiene información Miembros de una pandilla

TABLA 2. CARACTERIZACIÓN DEL AGRESOR Y DE LA AGRESIÓN

Se destaca dentro de los agresores la presencia de tres defensores de derechos humanos (dos del área del derecho). Un asesor de paz, un docente universitario del área de la informática y un compañero de trabajo del área de las ciencias sociales, que a la vez ejerce la docencia universitaria en la misma área.

A continuación, se detalla la edad, el tipo de búsqueda de reparación y el proceso de la misma en el que se encontraban las mujeres testimoniadas, como se puede apreciar en la siguiente tabla (N°3):

BUSQUEDA DE REPARACIÓN					
Testimonio	Proceso de Reparación		Tipo de búsqueda		Edad de búsqueda
	Finalizado	En proceso	Judicial	Afectiva	
Margarita		x		Consigo misma	34
Renata		x		Psicóloga	33
Maritza	x		Policía, fiscalía, autoridades académicas universitarias	Entorno de amistad, pareja, familia.	14
Diana	x		Comisaría de familia, fiscalía	Entorno familiar, laboral y de amistad.	41
Silvia	x		Policía, fiscalía	Organizaciones sociales de mujeres, pareja, amistad, academia.	24
Liliana	x			Pareja, amistad.	25
Marcela	x		Abogada Secretaría de las mujeres y personería	Pareja, amistad, organizaciones de mujeres, miembros de la familia, academia.	27
Melisa	x		Policía	Organización de mujeres, líder comunitaria, madre, psicólogos, docente de su colegio.	23
Doris	x		Policía, fiscalía, unidad de víctimas	Organización de mujeres, pareja, hermana.	24

TABLA 3. BÚSQUEDA DE REPARACIÓN

Perfil de las mujeres testimoniadas

Se destaca el nivel educativo y socioeconómico de las mujeres testimoniadas, con el fin de dar cuenta de la presencia de este tipo de violencias en diferentes clases sociales y educativas. Así se evidencia el anclaje de esta violencia dentro del sistema patriarcal como marco de análisis, sin desconocer que su expresión se relaciona con dichas categorías. Como es el caso de los barrios periféricos donde la violencia sexual ejercida

por los actores armados o delincuenciales refuerza el patrón dominante del patriarcado (como ampliaré más adelante).

Respecto al **nivel socioeconómico**, el siguiente cuadro evidencia la ubicación habitacional de las mujeres testimoniantes en el momento de la *Búsqueda de Reparación*. Como se ha expresado anteriormente, Medellín está dividida en zonas y cada zona en comunas. Cada una de las comunas se identifica con un estrato socioeconómico¹¹. Así, la ciudad se divide en 6 estratos diferenciales: el 1 (nivel bajo-bajo), 2 (bajo), 3 (medio – bajo), 4 (medio), 5 (medio-alto) y 6 (alto), ver tabla 4:

NIVEL SOCIOECONÓMICO MUJERES: DURANTE LA BÚSQUEDA DE REPARACIÓN									
Testimonio	Doris	Melisa	Maritza	Margarita	Silvia	Marcela	Liliana	Renata	Diana
Zona	1 nororiental	2 noroccidental		3 Centro Oriental			4 Centro Occidental	6 suroccidental	
Comuna	6	5	5	8	9	8	11	16	16
Estrato	2	3	2	3	3	3	4	3	4
Barrio	12 de octubre	Castilla	Castilla	Enciso el Pinal	El salvador	Villahermosa	Carlos E. Restrepo	Belén Rincón	Belén Parque

TABLA 4. NIVEL SOCIOECONÓMICO MUJERES DURANTE LA BÚSQUEDA DE REPARACIÓN.

En dos zonas no se registraron testimonios: *zona 1* correspondiente a los estratos 1 y 2; y *zona 5* con los estratos más altos y exclusivos de la ciudad, 4, 5 y 6¹²; de esta zona no se obtuvo información sobre este tipo de violencias.

Las *profesionales en psicología* entrevistadas plantean que en la dificultad para que una mujer de estrato alto salga de la violencia influye el estatus, por cuanto el confort que permite el dinero los hijos se interponen en la decisión de renuncia de la

¹¹ Colombia tiene un régimen de estratificación de los inmuebles residenciales por mandato Constitucional y Legal desde hace 30 años. Esta política se instaura para el pago de los servicios domiciliarios –donde los estratos bajos son beneficiarios del excedente que pagan los estratos más altos–, la inversión pública, la planeación del ordenamiento territorial, entre otros, “La política presume que las características, el estado, la ubicación y los alrededores de la vivienda se constituyen en una variable proxy de la capacidad de pago del hogar que allí habita” (Uribe y Pardo, 2006).

¹² Una mínima población de esta zona se encuentra en dicho estrato.

madre cuando ella no tiene independencia económica. Allí confluye la disyuntiva que genera el querer salir de la violencia, pero no dejar a sus hijos-as. Y en los estratos medio o bajo “*nos encontramos (...) [con] una red familiar débil (...), que no tiene mucho apoyo, que [aunque] quiera brindar el apoyo no tienen condiciones para hacerlo y eso hace que la mujer no avance para salir también de esos temas del círculo de violencia*” (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015). De todos modos, estas serían cuestiones a indagar en futuras investigaciones.

Por medio de líderes y habitantes barriales de la zona 1 se conocieron versiones sobre mujeres violentadas sexualmente por actores armados que aún se encuentran en dichos espacios. Se contactó a dos mujeres de dicha comuna, sin embargo, desistieron en el momento de concretar la visita. Se indagó en otras mujeres de la misma zona, quienes manifestaron indiferencia y malestar ante el tema diciendo “*¡no! ahora de eso nadie habla*”, “*a las mujeres no les gusta hablar de eso*”, “*no, ya mujeres abusadas por allá no hay*” (Diario de campo, 18 de abril de 2015); situación recurrente con diversas mujeres con quienes se vio la posibilidad de acercamiento para la búsqueda de relatos que evidenciaran la problemática.

Respecto al **nivel educativo**, las 9 mujeres testimoniante terminaron el bachillerato. Cinco de ellas son profesionales y una está cursando estudios universitarios. Solo tres mujeres no continuaron con una formación académica, tal como se aprecia en la siguiente tabla (N°5):

NIVEL EDUCATIVO/ OCUPACIÓN			
Mujer Testimoniante	Edad Actual	Época de la Violencia Sexual	Actualmente
Silvia	34	Estudiante universitaria	Profesional abogacía
Doris	37 aprox.	Bachiller, líder comunitaria, tendera (dueña tienda)	Bachiller, líder comunitaria.
Maritza	23	Estudiante bachillerato	Bachiller, mesera
Liliana	29	Profesional universitaria área social	Profesional universitaria área social
Diana	41	Profesional universitaria área de la salud	Profesional universitaria área de la salud
Margarita	34	Estudiante bachillerato	Bachiller, recepcionista
Renata	33	Escolar, ama de casa, bachiller	Profesional universitaria, docente escolar.
Marcela	31	Profesional universitaria área social	Profesional universitaria área

			social
Melisa	23	Estudiante universitaria área social.	Estudiante universitaria área social.

TABLA 5. NIVEL EDUCATIVO/OCUPACIÓN

Entrevistas expertos-as

Además de las entrevistas a las mujeres arriba mencionadas, se realizaron 6 entrevistas a profesionales institucionales, es decir, a miembros de organizaciones no gubernamentales y gubernamentales que se han dedicado a la atención o abordaje de mujeres violentadas sexualmente en la ciudad. De esta manera se entrevistó a:

- Psicóloga de CERFAMI (Centro de Recursos Integrales para la Familia) centro encargado de albergues para mujeres.
- Psicóloga de la Secretaría de Equidad y Género que desarrolla grupos terapéuticos con mujeres que han vivido violencia de género.
- Antropóloga feminista defensora de los derechos sexuales y reproductivos, líder de un movimiento social que lleva el mismo nombre.
- Coordinadora de la Ruta Pacífica de las Mujeres, Seccional Antioquia.
- Abogada defensora de una de las mujeres testimoniante, feminista e integrante de la Batucada Feminista.
- Coordinadora del programa de “derechos humanos de las mujeres y ciudadanía” de la Corporación para las Mujeres: Mujeres que crean.

En el siguiente capítulo contextualizo la violencia sexual en Colombia y en Medellín para comprender el marco en el que las mujeres de este corpus testimonial vivieron la violencia, cuyos efectos y procesos de reparación se asocian con el contexto en el que ésta ocurre, y el tipo de agresor.

Capítulo III. Antecedentes de la violencia contra las mujeres en Colombia: Caso Medellín

¿Qué ocurre en Colombia?

¿Por qué para las mujeres la frontera entre guerra y paz no es tan significativa? Hemos visto una y otra vez que la violencia contra las mujeres no se termina cuando se acaba la guerra. Y a su vez, vemos como en los conflictos armados contemporáneos la violencia contra las mujeres es una continuación del control y la violencia que se ejerce sobre las mujeres en tiempos de paz. Para las mujeres sería significativo en cambio hablar de la paz como situación contrapuesta no a la guerra, sino a la violencia. (Mendia, 2008, citado en Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 40)

Entendiendo la violencia sexual como producto de las formas de dominación legitimadas, reproducidas y perpetuadas a nivel simbólico y físico que estructuran al sistema patriarcal, la violencia sexual en Colombia sigue la tendencia mundial, que se manifiesta en el ámbito cotidiano -en espacios públicos y privados- como acto de coacción, intimidación y sumisión. Prevalcen los casos de agresión psicológica, física y sexual hacia las mujeres, de los cuales los más representativos son los cometidos por parte de la pareja (Organización Panamericana de la Salud, citada en Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia [GCRNV], 2014). Este tipo de violencia ha producido efectos físicos y psicológicos que afectan los diferentes ámbitos donde se desenvuelve la víctima. Como lo afirma la coordinadora del programa de Derechos Humanos de las Mujeres y Ciudadanía de la Corporación Mujeres que Crean¹³ “no hay una sola mirada que se le pueda hacer a las causales de la violencia, es un entramado de tantas cosas que hay que tener presente al analizarlas, y allí uno encuentra -para retomar la violencia sexual- el control del cuerpo, pero también como el cuerpo de la mujer es cosificado y tomado como motín de guerra” (Coordinadora del programa de

¹³ El programa se enfoca en el reconocimiento de derechos para abordar la violencia contra las mujeres y los factores que la mantienen y naturalizan.

Derechos Humanos de las Mujeres y Ciudadanía, corporación Mujeres que Crean, entrevista, 22 de mayo de 2015).

El país ha atravesado diferentes periodos de violencia que contextualizan el conflicto armado colombiano, donde se ha incluido la agresión sexual hacia las mujeres (niñas, adolescentes y adultas)¹⁴, expresando el *continuum* de la violencia,

(...) podremos decir que una mujer víctima del conflicto puede tener **mínimo 4** hechos victimizantes en su vida: violencia sexual en la niñez o violencia intrafamiliar, en la adolescencia otro tipo de violencia, y siendo mayor desplazamiento y reclutamiento de su hijo y esclavitud sexual. (Coordinadora Ruta Pacífica de las Mujeres - seccional Antioquia, entrevista, marzo de 2015)

Es decir, la violencia que experimentan las mujeres en la cotidianidad se refuerza y toma nuevas formas en un contexto de guerra, expresándose como arma de guerra, y complejizando sus efectos. Por tanto, plantear el *Continuum* de las violencias permite vislumbrar la manera “como en el patriarcado la violencia permea todos los ámbitos de la vida y las relaciones atravesando divisorias sociales e instituciones. Es también una herramienta que nos ayuda a describir cómo y dónde actúan e interactúan las violencias de la guerra situando el papel de la violencia contra las mujeres en cada conflicto armado” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013: 40). De acuerdo a la Organización Mundial de la Salud, se entiende por violencia sexual como,

Todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones para comercializar o utilizar de cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de la relación de ésta con la víctima, en cualquier ámbito, incluidos el hogar, y el lugar de trabajo. (Citada en Organización Panamericana de la Salud, 2003)

Las indagaciones de la Corporación Humanas – Centro Regional de Derechos Humanos y Justicia de Género¹⁵ (Galvis, 2009) evidencian diferentes manifestaciones de violencia sexual en Colombia, a saber: *relaciones sexuales forzadas, violación ejercida por uno o más de un agresor, violaciones repetitivas, acoso sexual, esclavitud sexual, violencia sexual como amenaza, insultos sexistas, control de la vida sexual y la sexualidad, entre*

¹⁴ También se encuentran casos dirigidos a población LGTB-I.

¹⁵ Centro de estudios de acción feminista, dedicada a la defensa de los derechos humanos de las mujeres a nivel nacional.

otros. En el contexto cotidiano, según el Instituto Nacional de Medicina Legal –CF¹⁶, el delito sexual¹⁷ se presenta en el marco de otros tipos de violencia y bajo diversas circunstancias, como violencia sociopolítica, económica, interpersonal e intrafamiliar.

El alcance cuantitativo total de estas violencias no se ha establecido dado que no todos los casos son denunciados por diversos motivos: el desconocimiento de la violencia (generalmente cuando ocurre dentro del entorno familiar); intimidación por medio de amenazas; culpabilización; y una estructura judicial que silencia, intimida, revictimiza y estigmatiza a quien denuncia. Estos aspectos dificultan iniciar y finalizar los procesos judiciales para el cumplimiento de los derechos de quien ha sido agredida, obstaculizando: “(...) iii) el incumplimiento de las obligaciones legales de atención a las víctimas de delitos sexuales, iv) la falta de tratamientos médicos y psicológicos adecuados para las víctimas de violencia sexual y vi) la falta de acceso a exámenes y medicamentos para tratar enfermedades de transmisión sexual y para prevenir el embarazo” (Corporación humanas - Centro Regional de Derechos Humanos y Justicia de Género, 2009, p. 10).

De acuerdo a las cifras presentadas por el Instituto Nacional de Medicina Legal¹⁸, de los casos de violencia sexual en las mujeres se tiene evidencia en diferentes edades, siendo el espacio doméstico el lugar de mayor riesgo para una mujer en el rol de esposa, hija, hijastra, nieta, sobrina, prima. Dado que los agresores han sido familiares o parejas, la violencia sexual no es fácilmente reconocida al incidir el vínculo afectivo entre agresor y víctima.

El Instituto Nacional de Medicina Legal-CF indica que en Colombia para el año 2015 se reportaron 18.876 (77,35%) casos de violencia sexual por cada cien mil habitantes; cifra que se incrementó a 910 casos respecto al año anterior. En los casos cuyos agresores fueron *miembros de grupos alzados al margen de la ley*, en el 2014 se

¹⁶ Del número de casos, y las manifestaciones de los tipos de violencia sexual, dan cuenta las encuestas de medición realizadas por instituciones estatales como el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses (INML-CF), y las investigaciones y procesos de intervención de corporaciones no gubernamentales como Corporación Humanas, y Sisma Mujer.

¹⁷ El delito sexual aborda todas las conductas de índole sexual a las que hace referencia el Título IV del Código Penal Colombiano, como abuso, violación, acoso.

¹⁸ Organismo público de referencia técnico científica que dirige y controla el sistema de Medicina Legal y Ciencias Forenses en Colombia, dentro del cual se encuentra el aporte de las estadísticas de homicidios y violencia sexual, entre otros.

presentaron 85 casos, tasa que disminuyó en 32 casos para el año 2015 (GCRNV, 2014, 2015).

Entre los años 2011 al 2015, por cada cien mil habitantes como base, el delito sexual tuvo variaciones importantes. La tasa más alta se evidencia en el año 2011, se reduce considerablemente en 1470 casos en el año 2013, y se incrementa en 1364 casos en el 2015. Estas variaciones se aprecian en el siguiente gráfico:

GRÁFICO 1. VARIACIÓN DELITO SEXUAL EN COLOMBIA ÚLTIMOS 5 AÑOS. FUENTE: INSTITUTO DE MEDICINA LEGAL Y CIENCIAS FORENSES. GRUPO CENTRO DE REFERENCIA NACIONAL SOBRE VIOLENCIA. SISTEMA DE INFORMACIÓN NACIONAL DE ESTADÍSTICAS INDIRECTAS. (EN GCRNV, 2015).

El 2013 presenta la tasa más baja de los últimos cinco años (17.512 casos). Esta reducción genera cuestionamientos desde el Instituto Nacional de Medicina Legal, respecto a si esta variación se debe a la realidad de la situación o, por el contrario, a la falta de denuncia debido a la responsabilidad y culpabilización que se atribuye a las víctimas al momento de denunciar,

Las víctimas de delitos sexuales, sobre todo las mujeres violadas, corren el riesgo que desde las instancias de control oficiales se les atribuya un considerable aporte al hecho. Estas circunstancias, sumada a la estigmatización, tiene un efecto extensivo que repercute en la actitud de estas víctimas, generando, sobre todo, una conducta remisa a denunciar estos delitos ante la policía”. (Ministerio de Salud y Protección Social, 2011, p. 4-8, citado en GCRNV, 2013, p. 424)

La Defensoría del Pueblo (de Colombia) destaca que, en lo corrido del año, tomando como fecha de corte el mes de mayo de 2015, se han presentado 5.243 casos de violencia sexual contra las mujeres, repartidos en un promedio de 38 casos diarios, donde incide el contexto del conflicto armado colombiano (El Tiempo, 26 de mayo de 2015).

A continuación (gráfico 2), hago referencia a las variaciones en la frecuencia del delito sexual en las 10 ciudades de Colombia con mayor tasa de violencia sexual (por cada cien mil habitantes) para el año 2015:

GRÁFICO 2. CIUDADES CON ALTAS TASAS DE VIOLENCIA SEXUAL EN COLOMBIA 2015. FUENTE: INSTITUTO DE MEDICINA LEGAL Y CIENCIAS FORENSES. GRUPO CENTRO DE REFERENCIA NACIONAL SOBRE VIOLENCIA. SISTEMA DE INFORMACIÓN NACIONAL DE ESTADÍSTICAS INDIRECTAS. (EN GCRNV, 2015).

Colombia es un país que ha avanzado significativamente en el diseño de marcos normativos para la prevención y abordaje de este tipo de violencias. Sin embargo, se presentan dificultades para su aplicación, situación que se complejiza en la violencia sexual dentro del marco del conflicto armado.

Reporte de Medicina Legal para el año 2015:

A continuación, se referencian los reportes de violencia sexual (GCRNV, 2015) concernientes a variables asociadas con los testimonios a analizar, objeto de esta tesis,

como fuente que permite evidenciar la diferencia cuantitativa de casos de violencia sexual ocurridos a las mujeres.

Edad: En el año 2015 el 73,21% de los casos denunciados les sucedieron a mujeres entre los 0 a 17 años; le sigue el 40,51% entre 10 a 14 años.

Nivel escolar: se registra que el 41,26% de los casos registrados terminaron el preescolar, el 34,04% la básica primaria, el 12,39% la básica secundaria, 0,40% técnico profesional, 1,00% tecnológica, 0,05% profesional y el 0,03% maestría.

Factor de vulnerabilidad: los factores de vulnerabilidad con las tasas más altas son: el Mujeres consumidoras de sustancias psicoactivas como drogas, alcohol y otras no definidas (23,60%); personas bajo custodia (15,50%); desplazadas (7,90%), dedicadas al trabajo sexual (2,72%); mujeres cabeza de hogar (2,15%); y el 25,50% no reporta registro.

Dentro del registro se observa que las siguientes categorías sociales se toman como factores de vulnerabilidad para este tipo de violencia: campesinas o trabajadoras del campo (6,52%) y pertenecientes a grupos étnicos (4,16%).

Espacios/escenarios donde se presentó la violencia: El espacio con el índice más alto de delito sexual fue la vivienda, del 81,12% de los casos generales registrados para las mujeres, el 62,14% sucedió en este espacio.

Tipo de agresor: Familiar (42,88%). Le sigue el agresor conocido (24,32%). Agresor amigo (10,05%). La expareja (9,58%). Agresor desconocido (6,77%). Solo el 0,33% denunció como agresor a miembros de grupos alzados al margen de la ley; y el 3,34% de los casos no registra tipo de agresor-a. Estos datos resaltan la asociación de la violencia sexual con el entorno familiar, y cómo el espacio privado es el lugar que suele ser más riesgoso.

La lógica del conflicto armado en el cuerpo de las mujeres

En esta guerra ha habido innumerables víctimas, mujeres y hombres. Todos han sufrido y han experimentado enormes impactos traumáticos y pérdidas irreparables. Sin duda, muchos más hombres que mujeres han perdido el bien más importante: la propia vida. Pero cuando nos aproximamos a las lógicas de la guerra, encontramos diferencias significativas en las formas concretas en cómo han sido afectadas las mujeres. En su caso, opera de manera implacable la razón patriarcal que genera y legitima la subordinación de las mujeres. La lógica de la guerra, donde la cultura patriarcal halla su expresión más violenta en el militarismo, no hace sino profundizar el control y la dominación sobre la vida y los cuerpos de las mujeres, restringiendo su libertad y autonomía, y lo hace no sólo en los escenarios propios del conflicto armado, sino en todos los espacios donde las mujeres viven, se relacionan y se movilizan. (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 30)

El conflicto armado en Colombia se origina en la disputa de la tierra, respondiendo así a intereses económicos, sociales y políticos de las clases dominantes, y que se materializa en acciones que “se inscriben mayoritariamente en estrategias políticas y militares, y se asientan sobre complejas alianzas y dinámicas sociales” (Grupo de Memoria Histórica, 2013). El conflicto ha pasado por diferentes momentos de la historia del país, donde las situaciones y los actores han sido cambiantes bajo el mismo interés. Este conflicto se ha expresado de diversas formas en la violación de los derechos humanos de las poblaciones y se ha caracterizado por la violencia ilimitada sobre los cuerpos de las comunidades por donde han transitado los grupos armados, siendo unos más crueles que otros.

Entre 1982 y 1995 la violencia en Colombia se incrementa, el conflicto toma nuevas formas a partir de reformas democráticas, crisis del Estado, expansión guerrillera, incursión paramilitar y presencia del narcotráfico. El registro de violencia más alto se produce entre 1996 y 2002, producto de la competencia de los actores armados, siendo la población civil la más afectada. En este periodo las guerrillas crecieron militarmente y los paramilitares se expandieron a nivel nacional. Asimismo, se presenta una crisis Estatal y económica, nuevas formas del narcotráfico que inciden en el conflicto armado. Los diversos tipos de violencia dejan numerosas víctimas por diferentes tipos de violencia, al 31 de marzo de 2013 el Registro Único de Víctimas

evidencia 1.754 víctimas por violencia sexual en Colombia (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

La modalidad de violencia sexual se enfocó en mujeres civiles y en mujeres pertenecientes a grupos armados, como parte del *continuum* de violencias contra ellas instauradas desde el orden patriarcal, que, como sistema de dominación, refuerza la subordinación de género dentro de los grupos armados; diferencia significativa de la lógica de la guerra enfocada en hombres heterosexuales y mujeres.

En las comunidades las mujeres son consideradas como las sostenedoras del tejido social dentro de su familia, y en algunos casos a nivel comunitario. La violencia sexual se inserta allí como estrategia que “persigue acabar con la tarea de creación social que anuda la vida colectiva un día tras otro, dando continuidad a la vida de las poblaciones y las comunidades” (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013, p. 42). Se manifiesta como política sexual por su condición sistemática que busca la destrucción del cuerpo, de las emociones y de la vida en sociedad en la que están ancladas.

En el caso de las mujeres asesinadas, el episodio dejó como efecto la fragmentación de los lazos familiares debido a la separación de las familias en la búsqueda de acogida de los hijos e hijas, de compañía y protección; y para las mujeres que perdieron familiares, su duelo en muchos de los casos tuvo que aplazarse para fortalecer a los miembros de la familia sobrevivientes.

El asesinato de sus esposos transformó forzosamente el rol de estas mujeres, pues debían desenvolverse no solamente en el ámbito privado, ámbito en el que habitaron toda su vida, sino también fue necesario/obligatorio transitar en el ámbito público sin tener el conocimiento para hacerlo, puesto que para ellas éste siempre fue un mundo ajeno y apartado. Se enfrentaron así a su analfabetismo en el momento de firmar documentos, de hacer trámites, de ingresar en los procesos judiciales, de acreditar propiedades; aspectos que fueron del dominio de sus esposos (Grupo de Memoria Histórica, 2013). La modalidad de violencia sexual estuvo dirigida a las mujeres de diferentes edades, cuyo acto de agresión más recurrente fue la violación en grupo. A su vez, fueron torturadas físicamente, humilladas a través de expresiones estigmatizantes respecto a su género, y esclavizadas para labores domésticas y sexuales.

Afectando, de este modo, su salud sexual y reproductiva (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

En este contexto se presentan dos aspectos del ejercicio de la violencia sexual que se exacerban en el conflicto armado: *el motivo y los factores de riesgo*. Respecto a los *motivos*, se sanciona “a las mujeres tildadas de: chismosas, brujas, infieles, brinconas y “pelioneras”¹⁹ (Grupo de Memoria Histórica, 2013); también para imponer otras normas de conductas y para restablecer el rol de las mujeres dentro de sus hogares, como sanción para quienes establecieron vínculos sentimentales con miembros del bando contrario, o familiares de los mismos, a quienes se desempeñaban como lideresas (Grupo de Memoria Histórica, 2013). En los *factores de riesgo* se incluyó a cualquier mujer que, por características como la belleza, la edad, el grupo étnico, podía constituirse en objeto de deseo de los actores armados, dominándolas con el poder que les daba las armas (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

Respecto a la valoración de la virginidad por parte de los actores armados, se tiene evidencia de la negociación de la misma entre comandantes y pobladores en la Sierra Nevada de Santa Marta, cuyos actores armados se amparaban en las armas y en prácticas culturales de la zona. La virginidad es un elemento cultural que está presente en las búsquedas violentas de los grupos armados, tanto paramilitares como guerrilleros; para algunos pobladores la relación sexual entre comandantes y niñas, significaba la transformación de ellas en mujeres (Grupo de Memoria Histórica, 2011, 166). Estas amenazas contra el cuerpo de las mujeres generaron cambios culturales respecto a las formas de mostrar el cuerpo con el fin de evitar “provocaciones” (Grupo de Memoria Histórica, 2011).

La violencia sexual ejercida por grupos guerrilleros no se manifiesta como forma de imposición del orden social establecido por el grupo o como sanción. Los casos registrados muestran el uso de esta violencia como estrategia de intercambio para evitar prácticas como el reclutamiento ilegal de familiares. La Fuerza Pública también ejerció violencia sexual contra civiles, en algunos casos de la mano de paramilitares, guardando similitud con la búsqueda de objetivos como sanción a poblaciones denominadas como guerrilleras, como práctica de humillación y por el poder que les brinda el porte de

¹⁹ Alusivo a mujer que pelea.

armas (Sisma Mujer, citada en Grupo de Memoria Histórica, 2013). Accionar que fue evidenciado por la Revista Semana y Organizaciones de Mujeres.

Aunque el registro de violencia sexual se manifiesta como un acto ocurrido a civiles, también se presenta violencia sexual –acompañada de otros actos de tortura-intrafilas en guerrillas y paramilitares, para mujeres que ingresaron de manera voluntaria y para quienes fueron reclutadas forzosamente, como acción aleccionadora por transgredir los roles tradicionales establecidos por la sociedad (Medios para la paz, 2009, citado en Martínez, 2011); lo cual, “una vez de regreso a la vida civil puede constituirse en un agravante que les dificulta la readaptación al entorno social y la forma en que son percibidas por este” (Martínez, 2011, p. 55).

Los impactos de estas violaciones afectaron a las mujeres, a sus hijos-as y a sus compañeros sentimentales. Las reacciones de los esposos o novios obedecen al *continuum* de la violencia, pues se presentó la consideración de *recuperar el poder* sobre el cuerpo de sus esposas o novias a través de la exigencia sexual, pues la violación y/o abuso les generó, simbólicamente, la percepción de pérdida de autoridad dentro de la pareja (Grupo de Memoria Histórica, 2011). Y *el abandono*, debido a la sensación de incapacidad por no haber protegido a sus mujeres, y también, como rechazo al cuerpo “usado” sexualmente por otros hombres (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

La violencia sexual dentro del conflicto armado colombiano no ha sido fácilmente registrada, al ser considerada como un fenómeno aislado, accidentado y marginal (Grupo de Memoria Histórica, 2013). La falta de reconocimiento de la agresión sexual como acto violento naturalizado por parte de la mujer agredida, del entorno social y de las instituciones judiciales, si bien causa sufrimiento, ésta no toma un lugar privilegiado en la denuncia de violación de derechos humanos tanto en mujeres como en la población LGTBI.

La naturalización de la violencia sexual, social e institucionalmente, se refuerza con la carga de responsabilidad puesta sobre las mujeres. Así, la violencia sexual no se considera producto de un contexto coercitivo, más bien se percibe como producto de la atracción de las mujeres por el uniforme militar. Se plantea así el estatus que genera establecer una relación sexual o sentimental con un actor armado “desestimando con estas generalizaciones los casos en los que la ostentación cotidiana de las armas y el

dominio violento configuraron un contexto coercitivo y autoritario que ponía en entredicho la supuesta “libre” aquiescencia de las víctimas” (Grupo de Memoria Histórica, 2013, p. 77). Estas miradas han incidido en la falta de acompañamiento estatal para la reparación de estos casos que ha generado daños a nivel físico, mental y familiar de estas mujeres.

La Corte Constitucional de Colombia constituye el Auto²⁰ 092 de 2008, como protección de los derechos de las mujeres víctimas por desplazamiento forzado en el marco del conflicto armado colombiano, con el fin de abarcar las problemáticas que en ellas se presentan y que están transversalizadas por el género. Destaca la presencia reiterativa y generalizada de la violencia sexual dentro del conflicto armado, en los testimonios de las víctimas y en investigaciones realizadas por autoridades gubernamentales y organizaciones de derechos humanos. La violencia diferencial ejercida en contra de las mujeres es reconocida en esta resolución judicial como,

La violencia sexual contra la mujer es una práctica habitual, extendida, sistemática e invisible en el contexto del conflicto armado colombiano, así como lo son la explotación y el abuso sexuales, por parte de todos los grupos armados ilegales enfrentados, y en algunos casos aislados, por parte de agentes individuales de la Fuerza Pública. (Auto 092 de 2008)

Y recopila como violencias sexuales: *violación, esclavitud sexual, abuso, desnudez forzada, abortos forzados, enfermedades de transmisión sexual, prostitución forzada, intento de violación e imposición de códigos de conducta* (Auto 092 de 2008). Asimismo, evidencia 142 casos de violencia sexual entre 1990 y 2010, de ellos el 90.9% ejercidos por paramilitares, y el 9.1% por guerrillas. El Registro único de Víctimas evidencia 1.754 víctimas por violencia sexual, de las cuales 733 ocurrieron entre 1985 y 2012, y 821 sin identificación del año. Dentro de estas estadísticas se encuentran 96 casos que contrastan con los testimonios de paramilitares en las versiones libres basadas en la Ley 975 del 2005. Y “142 documentadas por varias organizaciones de Derechos Humanos para el Anexo Reservado del Auto 092 del 2008 de la Corte Constitucional sobre violencia sexual” (Corte Constitucional de Colombia, 2008, citado en Grupo de Memoria Histórica, 2013, p. 78).

²⁰ O nombrada también como sentencia interlocutoria.

(...) nosotras la Ruta Pacífica (...) aquí hay un asunto muy trascendental. La Ruta Pacífica en el 2010 (...) hace 18 años decidimos montarnos en este caminar de que **vamos a decirle a Colombia y al mundo entero lo que pasa en la vida y en el cuerpo de las mujeres** en un contexto de conflicto armado porque le apostamos desde hace 18 años a la negociación política de esta guerra. (Coordinadora Ruta Pacífica de las Mujeres - seccional Antioquia, entrevista, marzo de 2015)

Estos registros estatales, los testimonios de víctimas, las versiones libres de los actores armados, la recolección de información por parte del Centro de Memoria Histórica²¹ y de organizaciones como la Ruta Pacífica de las Mujeres han evidenciado que la violencia sexual se ha ejercido como arma de guerra a través de diversos patrones que varían de acuerdo al grupo armado ejecutor (violencia perpetrada por paramilitares, guerrillas y Fuerza Pública). Por ende, el conflicto armado también requiere ser analizado con perspectiva de género.

¿Qué ocurre en Medellín?

La violencia contra las mujeres se presenta generalmente en el contexto doméstico, ejercida principalmente por la pareja o expareja (GCRNV, 2014). Esta violencia se invisibiliza al apelar a motivos pasionales relacionados con celos o rupturas amorosas, que le quitan la responsabilidad al agresor en tanto poseído por una patología o impulso irracional. En este contexto, la violencia suele ser asociada a representaciones de lo doméstico y familiar como privado, que se valora “como un asunto natural y privado del cual es culpable la mujer que lo tolera porque lo merece de algún modo al no cumplir con su rol o no tener el valor para huir” (Ariza, 2009, p. 85).

Los casos de violencia hacia las mujeres se pueden apreciar en las estadísticas sobre homicidio, violencia intrafamiliar y violencia sexual que expone el Sistema de Información para la Seguridad y Convivencia (SISC) de la Secretaría de Gobierno de Medellín. En el año 2015 se presentaron 44 homicidios de mujeres; cifra que se redujo en comparación con el año 2014 en el que se presentaron 49 casos (Ver gráfico 3).

²¹ Establecimiento público a nivel nacional para recopilar información escrita y oral que dé cuenta de la violación a los derechos humanos dentro del conflicto armado Colombiano.

GRÁFICO 3. TASA HOMICIDIOS MUJERES EN MEDELLÍN 2015. FUENTE: SISTEMA DE INFORMACIÓN PARA LA SEGURIDAD Y LA CONVIVENCIA – SISC. SECRETARÍA DE SEGURIDAD. SISTEMA THETA, SECRETARÍA DE GOBIERNO, ALCALDÍA DE MEDELLÍN. (EN VAMOS MUJER POR UNA VIDA DIGNA Y MUJERES QUE CREAN, 2016).

En el 2015, 14 de estos casos fueron inicialmente abordados judicialmente como feminicidios por el SISC (Vamos mujer por una vida digna y Mujeres que crean, 2016). No obstante, se destaca que en los informes de homicidios de mujeres no se cuenta con la tipificación *feminicidio* como forma propia de la violencia de género, esta categoría se analiza como indicio de las tipificaciones “Problemas psicoafectivos”, “Sin dato” y “Sin caracterizar”; tipologías que dejan abierta la pregunta sobre la caracterización del asesinato. Estas cifras se muestran en la siguiente gráfica (N°4):

GRÁFICO 4. TIPOLOGÍAS RELACIONADAS CON FEMINICIDIO EN MEDELLÍN 2015. FUENTE: SISTEMA DE INFORMACIÓN PARA LA SEGURIDAD Y LA CONVIVENCIA – SISC. SECRETARÍA DE SEGURIDAD. SISTEMA THETA, SECRETARÍA DE GOBIERNO, ALCALDÍA DE MEDELLÍN. (EN VAMOS MUJER POR UNA VIDA DIGNA Y MUJERES QUE CREAN, 2016).

Edades en las que se presentó el mayor número de homicidios de mujeres en Medellín para el año 2015:

GRÁFICO 5. HOMICIDIOS MUJERES. FUENTE: SISTEMA DE INFORMACIÓN PARA LA SEGURIDAD Y LA CONVIVENCIA – SISC. SECRETARÍA DE SEGURIDAD. SISTEMA THETA, SECRETARÍA DE GOBIERNO, ALCALDÍA DE MEDELLÍN. (EN VAMOS MUJER POR UNA VIDA DIGNA Y MUJERES QUE CREAN, 2016).

Las zonas de la ciudad en las que más ocurrieron asesinatos de mujeres en el año 2015 son: 14 casos correspondientes al 31,8% en la zona Centro Oriental (comunas 8, 9, 10) y 8 casos que corresponden al 18,2% en la zona Nororiental²² (comunas 1, 2, 3, 4). A continuación, presento el mapa de la ciudad para la ubicación de estas zonas (Ver mapa 2):

²² Fuente: concertación INML, SIJIN, CTI, Secretaría de Seguridad como observador técnico. Construcción: Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia (SISC) - Secretaría de Seguridad - Alcaldía de Medellín. (En, Vamos mujer para una vida digna y Mujeres que crean, 2016).

MAPA 2. MAPA DE MEDELLÍN: BARRIOS Y COMUNAS. ZONAS DE LA CIUDAD CON MÁS ASESINATOS DE MUJERES EN EL 2015. FUENTE: BLOG MEDELLÍN TE ESPERA.

Como evidencia de este tipo de crimen en la ciudad, las corporaciones Vamos mujer por una vida digna y Corporación Mujeres que crean²³, realizan un seguimiento al periódico Q'HUBO²⁴ al registrarse allí los asesinatos de mujeres en Medellín. De este modo, se puede observar, para el año 2015, 69 noticias de asesinatos de mujeres en la ciudad de Medellín y en el departamento de Antioquia, generalmente atribuidos a crímenes pasionales ocurridos en su gran mayoría dentro del hogar (Vamos mujer por una vida digna & Mujeres que crean, 2015). Estos homicidios se enmarcan en el feminicidio, es decir, el asesinato de mujeres por motivos de género, los cuales anteceden violencia intrafamiliar y/o violencia sexual, “se destaca el frecuente nombramiento que este medio hizo de la nueva tipificación del feminicidio como delito autónomo, acogiénose a la Ley 1761 del 6 de julio de 2015, y el especial énfasis en las claridades para establecer

²³ Registro realizado para el XIV Informe sobre la situación de violación de derechos humanos de las mujeres, 2015.

²⁴ Diario sensacionalista que evidencia noticias relacionadas con el orden público de la ciudad y departamento de Antioquia. Circula desde el año 2008, y es significativo para su análisis al ser “el diario con más lectores, registrando 1.900.000 espectadores de lunes a sábado” (Pulzo, 2015, citado en Vamos mujer y Mujeres que crean, 2016).

las diferencias entre homicidios de mujeres y feminicidios, como crímenes de género” (Vamos mujer por una vida digna & Mujeres que crean, 2015, p. 119). Este aspecto se resalta a través de titulares como: “Cuando a las mujeres las matan por ser mujeres”, “De los golpes al feminicidio hay un paso” y “Feminicidio una tragedia que debemos evitar”. Asimismo, este periódico destaca las causas más frecuentes de la vulneración de los derechos de las mujeres en el año 2015: desplazamiento forzado, trata de personas (tanto en Medellín como en los municipios del departamento de Antioquia), redes de prostitución intermunicipales, comercio sexual de menores, ingenuidad de las víctimas, falta de oportunidades laborales para mujeres cabeza de hogar, bajo o nulo nivel educativo de mujeres de contexto rurales y esclavitud sexual (Vamos mujer por una vida digna & Mujeres que crean, 2015).

Siguiendo a las coordinadoras del programa Derechos Humanos de las Mujeres y Ciudadanía - Corporación Mujeres que Crean y de la Ruta Pacífica de las Mujeres-seccional Antioquia, el feminicidio es el iceberg, éste no sucede aislado, le anteceden en su gran mayoría diversos sucesos de violencia física y psicológica y sexual, por ende, hablar de feminicidio es hablar de violencia sexual como antecedente (profesionales institucionales, entrevista, 2015).

Se destaca que en el año 2005 hubo una tendencia a la disminución de homicidios de hombres jóvenes, en cuya problemática se centraba la atención estatal por el alto índice que caracterizó a la ciudad en las últimas décadas. Al disminuir, se empieza a dar prioridad al reconocimiento de los casos de violencia hacia las mujeres como una modalidad de violencia cuya característica general es su ejecución por compañeros sentimentales.

En el interés por concienciar a la población y a las instituciones estatales y jurídicas de la ciudad sobre la identificación de feminicidios, las organizaciones defensoras de los derechos de las mujeres buscan evidenciar los tipos de violencia que viven las mujeres dentro de su cotidianidad que anteceden al feminicidio. De esta manera, se ha logrado que las instancias judiciales incorporen el feminicidio como categoría de análisis y como causa de muerte por motivos de género (Vamos mujer por una vida digna & Mujeres que crean, 2015). A nivel de país, se logró aprobar la ley 1761 del 6 de julio de 2015 “Por la cual se crea el tipo penal de feminicidio como delito

autónomo y se dictan otras disposiciones”, nombrada como la ley Rosa Elvira Cely, en honor a una mujer violada, apaleada y asesinada en el año de 2012 por su expareja. En Medellín, en marzo de 2015 la Corte Suprema de Justicia falló la primera sentencia por feminicidio en el país ocurrido en el año 2012.

Como violencia contra las mujeres tipificada como *violencia intrafamiliar*, en el año 2015 presentó un incremento de 992 casos en comparación con el año anterior. De esta manera, la tasa de violencia intrafamiliar fue de **3.843** casos en el 2014, y **4.835** casos en el 2015.

Los motivos con las tasas más altas para el 2015 fueron: el 30% correspondiente a 1.445 casos por “celos”, que aumentó significativamente respecto al año anterior, cuando se presentó un 24%, 934 casos. El motivo “familiar” fue el causante del 50% correspondiente a 2,375 casos en el 2015, y el 53% correspondiente a 2.053 casos en el 2014²⁵.

GRÁFICO 6. MOTIVOS SIGNIFICATIVOS DE VIOLENCIA INTRAFAMILIAR EN MEDELLÍN 2015. FUENTE: SISTEMA DE INFORMACIÓN PARA LA SEGURIDAD Y LA CONVIVENCIA – SISC. SECRETARÍA DE SEGURIDAD. SISTEMA THETA, SECRETARÍA DE GOBIERNO, ALCALDÍA DE MEDELLÍN. (EN VAMOS MUJER POR UNA VIDA DIGNA Y MUJERES QUE CREAN, 2016).

²⁵ Fuente: Sistema THETA, Secretaría de Gobierno, Alcaldía de Medellín. Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia SISC, Secretaría de Seguridad citado en Medellín. Alcaldía de Medellín, Secretaría de Seguridad. Informe de Violencia Intrafamiliar (Enero – Diciembre 2014 – 2015). Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia –SISC (En GCRNV, 2015).

Violencia sexual en Medellín

En Medellín las violencias sexuales más recurrentes en las mujeres que se acercan al quehacer de las profesionales institucionales entrevistadas (2015) son *acoso sexual, abuso sexual y violación (entendida como el acto sexual donde se presenta penetración)* en todas las etapas de crecimiento incluyendo la infancia, etapa en la que el abuso se presenta a través del *exhibicionismo y el frotismo* (Psicóloga Secretaría de Equidad y Género entrevista, 21 de agosto de 2015). Desde la Ruta Pacífica de las Mujeres se refieren a las mujeres que han sido violentadas sexualmente como *víctimas sobrevivientes*. Este término describe a mujeres que tuvieron la posibilidad de recuperarse de la violencia y, también, a la violencia que no pasó al asesinato (Coordinadora Ruta Pacífica de las Mujeres - Seccional Antioquia, entrevista, 25 de marzo de 2015).

De acuerdo al Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia (CAIVAS) en el año 2015 hubo una reducción de 94 casos de violencia sexual respecto al año anterior. No se tiene referencia de los motivos de esta disminución. El siguiente gráfico muestra el comparativo de los años 2014 y 2015:

GRÁFICO 7. COMPARATIVO VIOLENCIA SEXUAL EN MEDELLÍN. FUENTE: SISTEMA DE INFORMACIÓN PARA LA SEGURIDAD Y LA CONVIVENCIA – SISC. ALCALDÍA DE MEDELLÍN, SECRETARÍA DE SEGURIDAD. CAIVAS. (EN VAMOS MUJER POR UNA VIDA DIGNA Y MUJERES QUE CREAN, 2016).

Los rangos de edad en los que se presentan las tasas más altas de violencia sexual son de los 0 a los 9 años, 10 a 13, 14 a 17 y 18 a 26 (ver gráfico 8):

GRÁFICO 8. RANGO DE EDAD VIOLENCIA SEXUAL EN MEDELLÍN 2015. FUENTE: SISTEMA DE INFORMACIÓN PARA LA SEGURIDAD Y LA CONVIVENCIA – SISC. ALCALDÍA DE MEDELLÍN, SECRETARÍA DE SEGURIDAD. CAIVAS. (EN VAMOS MUJER POR UNA VIDA DIGNA Y MUJERES QUE CREAN, 2016).

Dentro de estos registros para el año 2015, se evidencia un alto porcentaje de casos sucedidos por el agresor *familiar* (el registro no especifica el grado de consanguinidad) con el 22% correspondiente a 260 casos (Ver gráfico 9). Respecto a este tipo de agresor, se destaca la figura de autoridad y poder que representan los hombres miembros de la familia dentro de las mismas, por ello es “importante considerar los efectos que puede desencadenar en la vida de niñas y jóvenes (...) en tanto de ellos se espera protección y que comporten como garantes de derechos” (Vamos Mujer por una vida digna y Mujeres que Crean, 2015, p. 28). A su vez, como tipo de agresor se encuentra *la pareja*, con 14 casos, y por *la expareja* 12 casos. Desde la experiencia de las profesionales institucionales entrevistadas (2015) se manifiestan casos ejercidos por *padres, padrastros, tíos, abuelos, hermanos y primos mayores*; fuera del ámbito doméstico agresores *conocidos sin y con relación como compañeros de trabajo, y actores armados que operan en los barrios y en las zonas del centro de la ciudad*. Llama la atención el alto porcentaje de casos “Sin dato” con el 76% correspondiente a 894 casos.

Queda la pregunta por los motivos por los que esta tasa tan alta no evidencia el tipo de agresor, ver gráfico 9:

GRÁFICO 9. PRESUNTO AGRESOR VIOLENCIA SEXUAL EN MEDELLÍN 2015. FUENTE: SISTEMA DE INFORMACIÓN PARA LA SEGURIDAD Y LA CONVIVENCIA – SISC. ALCALDÍA DE MEDELLÍN, SECRETARÍA DE SEGURIDAD. CAIVAS. (EN VAMOS MUJER POR UNA VIDA DIGNA Y MUJERES QUE CREAN, 2016).

De acuerdo a la experiencia de las profesionales institucionales *entrevistadas* se describen aquí 4 tipos de espacios donde ocurre la violencia sexual: *en la pareja, en la calle, en el turismo sexual, y en el marco del conflicto armado y delincuencial de la ciudad:*

Violencia en la pareja: ocurre generalmente en convivencia, la antecede la violencia física y psicológica dentro del contexto de violencia intrafamiliar. En algunos casos precede a la violación la manipulación psicológica sutil coartando la negación de la mujer (Psicóloga Secretaría de Equidad y Género, entrevista, 21 de agosto de 2015). En este espacio se presentan tres asuntos:

- (1) Desconocimiento de la situación como violencia por el carácter de obligación marital.
- (2) Dificultad para rechazar la violencia por la incidencia de las emociones que genera la relación sentimental, y por miedo a la pérdida, como expresa una profesional institucional *“entonces es mejor, uno termina respondiendo al marido para que no moleste, pues de pronto va y se consigue otra y yo no quiero que se*

consiga otra...” (Coordinadora programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, 22 de mayo de 2015).

(3) Falta de un entorno familiar o de amistad que apoye la decisión de salir de la violencia, por lo tanto, se presenta autoculpabilización al pensar que ella es la única que pasa por una situación tal.

Violencia sexual en la calle: se manifiesta el acoso callejero como una de las violencias más generalizadas en la ciudad, ya que se presenta *“una práctica que es muy masculina, muy de los varones, de andar diciéndole, haciéndole señalamiento el cuerpo de la mujer, señalamientos que son muy directos y otros con un doble sentido que aluden a la sexualidad”* (Coordinadora programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, 22 de mayo de 2015). En el acoso callejero se silencia a través de la generación de vergüenza que impide el rechazo del acoso *“porque no es fácil tampoco hacer un escándalo y decir éste me está manoseando, me está sobando, etcétera, porque entonces somos tildadas de cismáticas, escrupulosas, locas... entonces no es fácil”* (Coordinadora programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, 22 de mayo de 2015).

Turismo sexual: relacionada con el perfil de la ciudad como turística, donde uno de las ofertas atractivas de la misma es la venta de la belleza de las mujeres nativas de Antioquia (nombradas como paisas), incluidas las niñas (Coordinadora Ruta Pacífica - Sección Antioquia, entrevista, 25 de marzo de 2015).

Violencia sexual en el contexto del conflicto armado y delincriminal de la ciudad: se presenta en diversas modalidades en los barrios periféricos de la ciudad. Una de sus manifestaciones es la compra de la virginidad de mujeres. Cuando el cuerpo de las niñas empieza a cambiar en la pubertad, los actores armados y los miembros de las bandas criminales (considerados como la reconfiguración del paramilitarismo) las eligen para ellos percibiéndolas de su propiedad y coartando así la autonomía y los derechos sexuales de estas mujeres, posición que se manifiesta cuando *“un actor armado le dice a una mamá: “cuídemela que está quedando hermosa”, y tiene 11-12 añitos, y cuando ya cumple 13-14 ya la coge y: “Es mi mujer”, quiera o no quiera, la mayoría de las veces intentan seducirlas, y bueno, ¿qué pasa con la*

seducción a una chica de 15-16 años, un hombre de 20-22-25 que son, o mucho mayores, y como decimos aquí vulgarmente “el duro del paseo”, el que manda” (Coordinadora Ruta Pacífica de las Mujeres - Seccional Antioquia, entrevista, 25 de marzo de 2015).

En la lógica del control del territorio por parte de estos actores armados, para una mujer relacionarse afectiva o sexualmente con un hombre que domina el barrio le posibilita privilegios económicos que permite, en la mayoría de casos, la transformación estética del cuerpo; como contraprestación, se convierten en la mano derecha de sus parejas en el manejo de negocios ilícitos.

Se destacan los casos donde las mujeres agredidas por parte de la pareja y por actores armados tienen antecedentes reiterativos de abuso sexual por parte de agresores cercanos y/o violencia intrafamiliar en su infancia (Psicóloga Cerfami, 14 de mayo de 2015; Coordinadora programa Derechos Humanos de las Mujeres y Ciudadanía, Corporación Mujeres que Crean, entrevista, 22 de mayo de 2015), y se destacan casos por violencia sexual en mujeres desplazadas por el conflicto armado.

Se resalta que, estadísticamente y de acuerdo al Sistema de Información para la Seguridad y la Convivencia - CAIVAS, en los años 2013 y 2014 no se reportaron casos de violencia sexual ejercidos por miembros de grupos armados o delincuenciales; y a su vez, se presenta un porcentaje significativo en la categoría “sin dato” que impide identificar al agresor. En esta categoría se presentan 1.159 casos en el año 2013, y 1.161 casos en el año 2014. Las corporaciones Vamos Mujer y Mujeres que Crean (2014) plantean dos posibilidades que pueden explicar esta ausencia en el registro. Primero, no se denuncia al agresor por *el tipo de autoridad* que ejerce en el contexto donde habita y/o *por temor* a que se genere una consecuencia mayor para la mujer agredida. Segundo, las *dificultades* con las entidades judiciales en el momento de denuncia. Teniendo en cuenta, además, que cuando estas mujeres consideran que están siendo violentadas se les dificulta denunciar por el sistema de dominación que funciona en estas relaciones (Coordinadora Ruta Pacífica de las Mujeres - Seccional Antioquia, entrevista, 25 de marzo de 2015).

Otro de los factores asociados a la violencia sexual donde el victimario es “integrante o líder de bandas de delincuencias que manejan el negocio del microtráfico.

(...) elemento [que] no ha sido tomado en cuenta dentro de los informes” (El Tiempo, 29 de mayo de 2016) es que la violencia se manifiesta para cumplir funciones como *enviar mensajes a otros grupos armados, o reconfigurar la heterosexualidad* de las mujeres con tendencias homosexuales (El Tiempo, 29 de mayo de 2016).

Aunque el acceso a la educación se considera como un factor protector, la violencia más recurrente en los estratos socioeducativos medios es la violencia de pareja. En los estratos con mayor inequidad social, las mujeres que acuden a los grupos terapéuticos de la Secretaría de Equidad y Género, liderados por la psicóloga entrevistada, no terminaron la primaria, otras dejaron el bachillerato incompleto, y las que más avanzaron en su formación académica terminaron estudios técnicos. En la terapia particular relacionada con este tipo de agresiones se encuentran más variaciones en el nivel educativo, resaltándose la presencia de mujeres que abandonaron su formación profesional (Psicóloga Secretaría de Equidad y Género, entrevista, 21 de agosto de 2015). Cerfami cuenta con el programa de albergue para mujeres maltratadas, dado que muchas de ellas quedan sin un lugar al cual acudir, esto evidencia la falta de apoyo familiar, y la ausencia de vínculos de amistad que permitan impulsar a estas mujeres a salir de los entornos agresivos (Psicóloga Cerfami, entrevista, 14 de mayo de 2015).

Respecto a las denuncias realizadas, el reporte indica que, de aproximadamente 200 casos atendidos en el año 2011, solamente dos han sido judicializados debido a que “la articulación con el sector justicia es casi nula, no existe coordinación con la Fiscalía que es la que debe investigar a los presuntos responsables” (El Tiempo, 29 de mayo de 2016).

Para el abordaje de esta problemática desde un enfoque social cualitativo y con perspectiva de género, se han constituido diversas organizaciones no gubernamentales que trabajan en la reivindicación de los derechos de las mujeres, abordando la violencia de género desde sus diferentes vertientes, como la *prevención y atención de casos de trata de personas, prevención de violencias sexuales, atención y prevención de violencia intrafamiliar, violencia de género y sexual dentro del conflicto armado*, entre otros.

Asimismo, la apuesta de las mujeres de la sociedad civil y de las organizaciones sociales y feministas han logrado denunciar estas agresiones y, a través de investigaciones y diferentes acciones, han logrado incidir en transformaciones jurídicas que posibilitan sacar este tipo de agresiones del ámbito privado y visibilizarlas como problemática de orden social, no individual. Referido a ello, se encuentra a nivel local, desde el Concejo Municipal con el Acuerdo N° 9 de 2006, la política pública para la “Prevención y Atención de violencias sexuales que afectan a la ciudadanía, principalmente a mujeres, niñas y niños en la ciudad de Medellín” (Acuerdo Municipal N° 09 de 2006), enfocada en la prevención, detención, protección y eliminación de estas violencias. Esta problemática se evidencia a través de campañas y proyectos de intervención que apunten tanto a la prevención como a la atención de dichas violencias en la ciudad.

Recientemente -6 julio de 2015- la ley que tipifica el feminicidio como delito autónomo, nombrada como Ley Rosa Elvira Cely, en memoria de una mujer abusada y asesinada por un conocido suyo hace tres años. La Ley 360 de 1997 que sanciona la violencia sexual, y la ley 294 de 1996 que previene, remedia y sanciona la violencia intrafamiliar. Ambas leyes están cobijadas en la ley 1257 de 2008 para la sensibilización, prevención y sanción de la violencia y discriminación contra las mujeres. Y yéndonos más atrás, la conformación de Comisarías de Familia como resultado de la exigibilidad de derechos por parte de las mujeres en los años 60 y 70 (Coordinadora Ruta Pacífica de las Mujeres - seccional Antioquia, 25 de marzo de 2015).

En las siguientes tablas (6 y 7) se contextualiza las entidades gubernamentales y no gubernamentales, entidades privadas sin ánimo de lucro y movimientos de mujeres que abordan los derechos de las mujeres y los derechos sexuales y reproductivos de las cuales se tuvo conocimiento o contacto durante la recolección de información para esta tesis:

Corporaciones no gubernamentales

Corporación Vamos Mujer: surge en 1979. Hasta 1987 se nombró Corporación María Cano. En sus inicios se dedicó al trabajo en los barrios, y se vinculó con el movimiento campesino de Antioquia. Continúa desde el feminismo en procesos de desarrollo integral de las mujeres buscando que se posicionen socialmente, y en el reconocimiento de los derechos humanos abordando a mujeres y hombres.

Corporación para la Vida - Mujeres que Crean: nace en 1990 con el nombre de Instituto de la Mujer Trabajadora vinculada con la salud de las mujeres, la formación sociopolítica de estas mujeres, y promoción de ciudadanía. Se basó en el enfoque de género y desde el 2003 se estructuran en el feminismo para impulsar procesos de participación sociopolítica de las mujeres en la ciudad.

Corporación Amiga Joven: Organización no gubernamental que se crea en 1996. Se dedica a procesos de formación y empoderamiento con perspectiva de género y derechos humanos para la prevención de violencia sexuales, con mujeres niñas, adolescentes y adultas que habitan en barrios con vulnerabilidad social.

Movimientos de Mujeres

Ruta Pacífica de las Mujeres – seccional Antioquia: Movimiento feminista, se origina en 1996 como resistencia a la violación de los derechos humanos de las mujeres en el marco del conflicto armado. Busca la tramitación negociada del conflicto y denuncia su incidencia en las realidades de las mujeres. Está integrada aproximadamente por 300 organizaciones sociales y movimientos de mujeres. Está presente en Antioquia, Bogotá, Chocó, Cauca, Bolívar, Putumayo, Santander, Risaralda, y Valle del Cauca.

Red Colombiana de Derechos sexuales y Reproductivos, Regional Medellín: Movimiento de mujeres que inicia en 1992 buscando el reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos como parte de los derechos humanos. Se fundamenta en el derecho a la autodeterminación reproductiva como práctica política (Martínez y Gallo, 2012).

TABLA 6. CORPORACIONES NO GUBERNAMENTALES Y MOVIMIENTOS DE MUJERES.

Entidades Privadas sin Ánimo de Lucro

Centro de Recursos Integrales para la Familia (CERFAMI): Inicia su labor en 1989. Se enmarca en el ámbito de la salud de las mujeres y la familia. Busca el empoderamiento de sectores sociales en riesgo de vulneración de sus derechos. Se enfoca en la equidad social y de género, y en la salud sexual y reproductiva, entre otros.

Profamilia: Inicia en el año de 1965 y se expande por diferentes lugares de Colombia. Se enfoca en la salud sexual y reproductiva de mujeres y hombres.

Entidades Gubernamentales

Secretaría de Equidad de Género: es una dependencia de la Gobernación de Antioquia que surge por la Ordenanza N° 033 del 28 de diciembre de 2008. Con el fin de incluir la perspectiva de género en los planes, proyectos y programas enfocados en el departamento, con el fin de fortalecer la inclusión social de las mujeres, y la reivindicación de sus derechos (Secretaría de equidad de género, pág. Web)

La Línea 123 Mujer: línea de emergencia específicamente para la atención de mujeres por violencia sexual, física, psicológica y económica. Atiende denuncias, asesora en crisis, y acompaña en el acceso a la justicia (Minuto30.com, 22 de marzo de 2017).

TABLA 7. ENTIDADES PRIVADAS SIN ÁNIMO DE LUCRO Y ENTIDADES GUBERNAMENTALES.

Capítulo IV. Violencia sexual en el corpus testimonial

Nos explicaron: “porque el mundo es peligroso, corréis el riesgo de ser violadas” Respondimos: “entonces dadnos el derecho de correr el riesgo de ser violadas”. (Despentes, 2007, p. 37-38)

Este capítulo es introductorio a la contextualización de las situaciones de violencia sexual de las mujeres testimoniante, a través de la agrupación de los testimonios en dos ámbitos: íntimo y no íntimo, buscando así evidenciar los tipos de violencia sexual, tipos de agresores y las dinámicas sociales en las que se presentó cada situación. Esta contextualización de los casos permite comprender el proceso de reparación de estas mujeres, los obstáculos y allí el análisis de los estereotipos de género.

Presento inicialmente el marco interpretativo desde donde entiendo y argumento la categoría de violencia sexual. Considero principalmente los planteamientos de las autoras Rita Segato y María Luisa Femenías en quienes encontré respuestas (y la apertura a nuevas preguntas) para entender las dinámicas de la violencia sexual propia del corpus testimonial. Asimismo, contextualizo teóricamente los casos de violencia ejercida por la pareja en los que se pone en cuestión el amor romántico y donde las relaciones de género, en la dicotomía femenino/masculino, se materializan. Estas situaciones permitieron apreciar y entender las relaciones de dominación que ocurren en el ámbito doméstico, que a su vez dan cuenta de la manifestación de la violencia sexual dentro de la familia ejercida por: padre, primo (como agresores presentes en los testimonios recolectados).

Violencia sexual

(...) la violación puede comprenderse como una forma de restaurar el estatus masculino dañado, aflorando aquí la sospecha de una afrenta y la ganancia (fácil) en un desafío a los otros hombres y a la mujer que cortó los lazos de dependencia del orden del estatus, todos ellos genéricamente entendidos. En rigor de verdad, no se trata de que el hombre *puede* violar, sino de una inversión de esta hipótesis: *debe* violar, sino por las vías del hecho, sí al menos de manera alegórica, metafórica o en la fantasía. (Segato, 2003, p. 37-38)

Rita Segato (2003) plantea que una de las maneras como se estructura la violencia se encuentra en la tensión entre el *sistema de estatus* y el *sistema de contrato*, constitutivos del sistema del patriarcado. El *estatus* es la usurpación del poder femenino por parte de los hombres, sometiendo a la mujer a sus mandatos de dominación, domesticación, moralidad y honor de los hombres quienes ejercen dominación y prestigio entre sus pares. Para esta antropóloga argentina, la subjetividad masculina se asienta en la capacidad de mostrar prestigio y dominación, que configura la posición jerárquica nombrada como “masculinidad”, en la cual se conforma el sentido de identidad y humanidad. El *sistema de contrato* se basa en las relaciones de alianza o competición, y lidera las relaciones de dos tipos: entre categorías sociales o entre individuos clasificados como pares. Las relaciones de contrato hacen que sus miembros se manifiesten activamente para mantener las relaciones de estatus en las que están inmersos, cuyo incumplimiento los expulsa a la posición de subordinación de dicho orden jerárquico (Segato, 2003).

Las mujeres, quienes en este orden ocupan el estatus inferior, en ocasiones responden a éste orden y en otras lo rechazan. En esta ambivalencia se configura la violencia para mantener la posición de subordinación de la mujer a través de la violencia física y simbólica (Segato, 2003). La dinámica del ciclo de violencia reproduce el sistema y reconfigura sucesivamente la economía simbólica “que estructuralmente organiza la relación entre estatus relativos de poder y subordinación representados por el hombre y la mujer como iconos de las posiciones masculina y femenina, así como de todas sus transposiciones en el espacio jerárquico global” (Segato, 2003, p. 146).

Segato (2003) desmitifica la consecuencia de la violación como producto de problemas patológicos o como resultado mecánico de la dominación masculina, que genéricamente se ubica en el accionar de los hombres. Y plantea la *violación como mandato*, es decir, la búsqueda por restaurar el orden de género como categoría jerárquica que por medio de la violación reconfigura y refuerza las relaciones de poder. En relación con ello la autora propone la comprensión de la violencia, específicamente la violación (considerada como enunciado) a partir de los ejes *vertical y horizontal*, como canales de comunicación del agresor (Segato, 2013). *El eje vertical* es de entrega,

expropiación y consumición; tiene un carácter punitivo, en el que el agresor es el moralizador, es el “paladín de la moral social porque, en ese imaginario compartido, el destino de la mujer es ser contenida, censurada, disciplinada, reducida por el gesto violento de quien reencarna, por medio de este acto, la función soberana” (Segato, 2013, p. 23). Y el *eje horizontal* como medio de comunicación con sus pares. Allí los vínculos son de alianza y competición cuyo fin es obtener el tributo.

Ideológicamente en el eje horizontal, la violencia se manifiesta mediante la consideración de un contrato entre iguales, es decir, entre quien ejerce la violencia y quienes se consideran como pares (cuyo orden de estatus es el género); y en el eje vertical “entre el sujeto masculino y quien exhibe significantes femeninos. Ambos forman un sistema único e inestable, en el cual la violencia contra las mujeres actúa como una forma de interacción necesaria en la reproducción de la economía simbólica de poder” (Segato, 2003, citada en Sciortino, 2013, p. 17).

La violencia sexual es una acción que busca reafirmar el poder a través del sometimiento. Se basa en la violencia de género como problemática social que expresa la estructura del poder manifiesta en relaciones de desigualdad y subordinación, lo cual “implica pensar ambos géneros de manera relacional e histórica y lleva también implícita la posibilidad de cambios liberadores” (Puleo, citada en De Miguel, 2008, p. 136). De esta manera, la violación “aparece contenida en una trama de racionalidad que la hace inteligible en cuanto discurso para otros” (Segato, 2003, p. 33).

Al respecto Rita Segato (2016) plantea cinco formulaciones sobre género y violencia: 1. La finalidad de la violencia sexual está en el orden del poder y no en el orden sexual. 2. La libido presente en la sexualidad no se orienta al deseo sino al poder y a la exigencia de los pares masculinos para pertenecer al grupo. 3. “lo que refrenda la pertenencia al grupo es un tributo que, mediante exacción, fluye de la posición femenina a la masculina, construyéndola como resultado de ese proceso” (Segato, 2016, p. 18). 4. El orden mafioso es análogo a la estructura funcional jerárquica del mandato de masculinidad. 5. El poder se expresa a través de este tipo de violencia y se exhibe ante la mirada pública, por lo tanto, se trata de una violencia expresiva y no instrumental.

Y plantea tres sentidos de la violación para el agresor: 1. *De disciplinamiento*, tanto en la ejecución de la violencia como en la reducción de su importancia, cuyo fin es mantener el orden del estatus dentro del sistema de valores relacionales cuando una mujer sale del lugar concedido por el sistema patriarcal; allí la violación resulta ser un castigo y el violador un moralizador. En este sentido coincide con Chejter quien plantea que la violencia sexual se ejerce como “política que tiene como efecto atemorizar y confinar a las mujeres a un espacio físico y simbólico de subordinación y terror permanente” (2007, p. 342). 2. *De agresión o enfrenta* contra otro hombre, por medio de la apropiación del cuerpo de la mujer desafía el poder masculino, al considerar el sentido de propiedad del hombre sujeto de la enfrenta sobre la mujer cosificada. 3. *Demostración de la virilidad*, para ganar estatus dentro de un grupo de hombres, donde las pandillas se caracterizan por ejecutar este tipo de acciones (Segato, 2016).

Segato (2003) introduce el término de violación más allá de sus formas legales para referirse a la agresividad ocurrida en la obligatoriedad para acceder al acto sexual, que vista desde la dimensión sociológica, es un asunto que ha estado presente en todas las sociedades humanas. Así, distingue entre *violación cruenta* como aquella ejercida por agresores desconocidos en cualquier lugar del espacio público, y la violencia ocurrida dentro del entorno *doméstico*.

La violación como acto de subordinación tiene una dimensión simbólica en la manifestación de diferentes formas del abuso del cuerpo del otro. Al respecto, Segato (2003) plantea la *violación alegórica*, donde el contacto que se presenta entre agresor y víctima no es sexual, pero el acto de agresión genera sentimientos de humillación y terror similar al que transmite una violación sexual; se trata de una violencia “constituida por la *male gaze* o mirada fija masculina, en su depredación simbólica del cuerpo femenino fragmentado. (...) La *gaze* es ese mirar abusivo, rapaz, que está al margen del deseo y, sobre todo, fuera del alcance del deseo del otro. Como tal, constituye la forma más despojada de violación” (Segato, 2003, p. 41).

Aunque la violación tiene que ver con el acercamiento carnal, el acto como tal no se lo considera como real y consumado, sino como una escena que personifica una consumación. La consumación de la violación se presenta en el interior de la agredida, y para el agresor significa una irrupción de su fantasía. En consecuencia, la violación no

alcanza la saciedad (Segato, 2003), de allí su carácter de repetición, pues “La violación siempre es una metáfora, una representación de una escena anterior, ya producida y a la cual se intenta infructuosamente regresar” (Segato, 2003, p. 42). En la violación entra en juego la virilidad y el prestigio en términos de valor, ésta guarda una apariencia de irracionalidad al desdibujarse el deseo sexual en la ejecución de las violaciones, sobre todo la violación cruenta donde en el violador pueden suceder dos asuntos, por un lado, es capaz de eliminar a quien en un momento fue su objeto de deseo, y por el otro la violación no se genera por la atracción desde el deseo, como los casos de violaciones callejeras (Segato, 2003).

Violencia simbólica

Bourdieu (2000) plantea la violencia simbólica como la dimensión de todo dominio, que a su vez configura la dominación masculina. Junto con la feminista Iris Young (1983), piensa que esta categoría expresa la organización del mundo desde lo considerado como natural, único, legítimo, apropiado y conveniente; su cualidad es la ideología, y se materializa en el sistema de creencias del individuo (citada en Colanzi, Femenías y Seoane, 2016). Ésta impone la relación de dominio a través de la coerción y la adhesión del sujeto dominado al dominador a partir de los instrumentos de conocimiento (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro) que ambos guardan en común. La adhesión en esta relación se da a través del poder (que en sí mismo tiene una dimensión simbólica) que permite la sumisión y la prereflexividad dentro de este tipo de relación (Bourdieu, 2000). En este último asunto difiere Femenías (2008) argumentando que “En principio, esta afirmación parece no comprender la complejidad de la situación en que se encuentran ciertas personas y una forma sutil de descalificar sus capacidades a la hora de tomar decisiones” (p. 34).

Bourdieu (2000) considera que este tipo de violencia en su conceptualización tiende a entenderse como irreal o falseada, debido a que el reconocimiento social está dado a la violencia física. Sin embargo, la violencia simbólica es una de las formas de expresión de la violencia que justifica y legitima la violencia física (Femenías, 2008). Considero, además, que la falta de reconocimiento de la violencia simbólica invisibiliza

las alertas para el paso a la violencia física, de ahí una de las posibles explicaciones de la omisión del acoso sexual (en el corpus testimonial) como tipo de violencia sexual,

Todo sistema de dominación, y el patriarcado lo es, utiliza alguna forma de violencia simbólica descalificando, negando, invisibilizando, fragmentando o utilizando arbitrariamente el poder sobre otro/as; pero fundamentalmente inculcando conciencia y configurando identidades subalternas. Esto incluye la creación de estereotipos, la generalización excesiva que no da lugar a la manifestación de los caracteres individuales, las fórmulas rígidas que impiden la mostración de los cambios, o la ponderación de algún rasgo o característica funcional al sistema de poder que la generó como meritoria o magnífica. (Femenías, 2013^a, p. 15ss, citada en Femenías, 2016, p. 47-48)

Por lo tanto, la violencia simbólica marca la dominación basada en el género a través de diferentes mecanismos culturales como los micromachismos y estereotipos de género que sutilmente refuerzan dicha jerarquía, y reconfiguran/reafirman constantemente el orden patriarcal. El mensaje subliminal/invisible del poder valida lo sucedido al irrumpir con el mandato establecido, es decir, las mujeres violentadas sexualmente no acataron la norma y la sanción por ello se expresa en términos de estereotipos de género. Así, “la violencia simbólica queda invisibilizada gracias a la naturalidad del orden social ideológico en juego” (Young, 1990, citada en Femenías, 2008, p. 30).

La violencia simbólica se materializa en el *habitus*, entendido como la forma de establecer relación con el mundo, el cual dota de sentido a los agentes cuyo accionar se integra en los cuerpos por medio de las experiencias acumuladas. Así, “estos sistemas de esquemas de percepción, apreciación y acción permiten llevar a cabo actos de conocimiento práctico, basados en la identificación y el reconocimiento de los estímulos condicionales, y convencionales a los que están dispuestos a reaccionar” (Bourdieu, 1999, p. 183-184). A partir de ello podría entenderse la omisión social de la violencia sexual como la manifestación de los límites establecidos por el sistema patriarcal que determina qué es posible percibir y pensar en el marco de la jerarquía de género.

Entonces, las diferentes formas de omisión de la violencia simbólica se manifiestan minimizando sus efectos y buscando su materialización en el cuerpo de las mujeres (para el caso de la violencia sexual). De ahí que en este corpus testimonial se encuentren expresiones desde los/las funcionarios-as públicos que piden la evidencia como comprobación de la violencia: *¿pero ya le pegó? Pero no la violó*. Se anula así la

palabra de la mujer agredida como sujeto de derechos que acude a estas entidades a re-establecerlos. De acuerdo a Amelia Valcárcel, se presenta allí la negación de “la palabra autorizada”, es decir, credibilidad pública *per se*” (citada en Femenías, 2016, p. 43). En consecuencia, la violencia física se concreta sobre el cuerpo y se refuerza o reproduce por cuestiones que hacen al orden de lo simbólico; una de las expresiones que allí se encuentra son los estereotipos de género.

Violencia sexual en el ámbito íntimo

Ejercida por la pareja

*Porque te quiero... éte “aporrio”?²⁶
(Refrán Popular Antioqueño)*

El feminismo ha cuestionado la construcción del amor romántico en occidente y ha destacado la incidencia del *poder y la dominación* basada en el género que favorece la existencia de la violencia de género. Marcela Lagarde plantea que “en la visión feminista, el amor es histórico – está condicionado por las épocas y las culturas –, está especializado por géneros – tiene normas y mandatos diferentes para los varones y las mujeres – y va de la mano con el poder. El vínculo entre el poder y el amor es central en la visión feminista del amor” (2005, p. 359, citada en Bosch et al., 2007, p. 21). Así, la construcción de los tipos de amor depende de la época y del contexto cultural. Esta constitución del amor, en este caso del amor romántico, se realiza a través del proceso de socialización diferencial (dicotomía femenino/mujer – masculino/hombre) presente en las relaciones afectivas y en la construcción del amor de pareja que se relaciona intrínsecamente con los roles de género.

La socialización diferencial se problematiza porque en la escala de valores lo femenino ha sido asignado como inferior y lo masculino como superior. Esta equivalencia es fomentada por el patriarcado a través de “un entramado de mitos y estereotipos que facilitan la violencia contra las mujeres” (Aumann e Iturralde, 2003, citados en Bosch et al., 2007, p. 14). Aspectos que se ponen en entredicho dentro de la

²⁶ Palabra utilizada en el departamento de Antioquia alusiva a golpear.

relación de pareja por medio de la dominación que se expresa en comportamientos sociales que mantienen los roles de género para reforzar las relaciones de dominación, por ejemplo, a través de la idea de *protección* de los hombres hacia las mujeres, y de *servicio* de las mujeres hacia los hombres. La socialización de género se evidencia en la relación de la dicotomía de los ámbitos íntimo/mujer, público/hombre con las prioridades que cada uno-a le da al amor. Se encuentra que las mujeres priorizan la vivencia del amor y los hombres su reconocimiento en el ámbito público. De esta forma, “el modelo de amor romántico que se nos propone como modelo cultural de amor a las mujeres a lo largo del proceso de socialización implica una renuncia personal, un olvido de nosotras mismas, una entrega total que potencian comportamientos de dependencia y sumisión al varón” (Bosch et al., 2007, p. 13).

De acuerdo a Bosch, Ferrer y Alzamora (2006) la *violencia contra las mujeres* es necesario diferenciarla de las *violencias intrafamiliar y doméstica*, pues allí se presentan diversas agresiones vinculadas con diferentes miembros de la familia, aspecto que dificulta el reconocimiento directo de la *violencia contra la mujer como producto del poder dentro de las relaciones de género*. Se conceptualiza, entonces, la *violencia contra la mujer en la pareja* como la violencia que ocurre dentro de la relación, incluida la ex - pareja, que de acuerdo a Jill Davis (1998) “(...) sería “un patrón de control por coacción, caracterizado por el uso de conductas físicas, sexuales y abusivas” (p. 3)” (Bosch et al., 2006, 96). Del mismo modo, usar el término de *lo doméstico* lleva a pensar en la violencia ocurrida como un asunto propio del ámbito privado “cuando en realidad se trata de un grave problema social, de un delito que puede cometer tanto dentro como fuera de la casa” (citado en Bosch et al., 2006, p. 96), donde el Estado es responsable directo de la des-normalización de este tipo de violencia, la sanción, prevención y protección por medio leyes que promuevan su intervención en la búsqueda de relaciones de género equitativas.

Esto sumado al planteamiento de “lo personal como político” (Millett, 1995), a través del cual el feminismo de la segunda ola problematiza las relaciones entre hombres y mujeres en términos de relaciones de poder. Este resultó un señalamiento significativo para comprender que los espacios familiares y domésticos responden a una estructura de poder (aspecto que se contextualizará en los casos expuestos en el

apartado de la violencia “*ejercida por un familiar*”). De esta manera, la violencia de género se definió como un asunto estructural que limita el ejercicio de la libertad por parte de las mujeres como colectivo (Sciortino, 2016). Se refuerza así el carácter político de la violencia que permite desprivatizar la violencia doméstica, llevando a visibilizar este tipo de agresiones contra las mujeres, de acuerdo a Sciortino (2016) como “un mecanismo de las sociedades patriarcales para establecer-reproducir la desigualdad entre los géneros en tanto sistema de relaciones de poder que estructura la vida social” (p. 87).

En el siglo XX, con la teoría feminista, se profundizó en la investigación y denuncia social, para considerar el carácter de la violencia de género como social y no individual y casual, que se entreteje con el poder y los roles de género (Velázquez, 2007). De esta forma, Soledad Weinstein (1991) señala que “la discriminación origina relaciones de subordinación y de dominio, en las que la violencia constituye una forma de ejercer poder que se expresa en la estructura social y se reproduce en la familia y en otros subsistemas sociales” (citada en Velázquez, 2007, p. 342). Así, en los años 70 la violencia dentro de la pareja fue reconocida por los movimientos de mujeres como problemática, que llevaron a los movimientos feministas europeos de los 80 a presionar al Estado para que aborde de manera oficial esta violencia en su socialización, atención, e insisten en la solicitud de expansión de casas de acogida para las mujeres agredidas (Bosch et al., 2006).

Ante ello es posible observar cómo en la institución del matrimonio del siglo XIX legalmente las mujeres eran consideradas como propiedad (Pateman, 1995). Así pues, tradicionalmente se ha considerado al matrimonio como obligatorio en la configuración del ser mujer y, por consiguiente, fundamental y necesario para la realización de cada una. Planteando que el matrimonio permite la independencia familiar, la adquisición de libertad dentro de la sociedad, el beneficio de protección económica y el logro de un estatus social. Era mal vista la mujer, que, entrada la edad, no tuviese un marido, como lo expresa el adagio popular “*te va a dejar el tren*” o “*te quedarás para vestir santos*”.

En el matrimonio se refuerza la división genérica del trabajo en relación con la división sexual: *hombre como proveedor y mujer como reproductora y servil*, y se fundamenta en los roles que ubican a cada género en el desenvolvimiento público y

privado. En lo privado, de acuerdo a Marcela Lagarde (2006) “La agenda y la ciudadanía no han sido indumentaria tradicional de género para las mujeres. Por el contrario, la práctica de agendar es subsidiaria al reconocimiento de la otra y la ciudadanía implica la pertenencia” (p. 2). La prohibición a la mujer para participar en la ciudadanía plantea que “la incapacidad de las mujeres para participar en el contrato social nace de su ubicación en una esfera que no es política sino natural”²⁷ (Herrera, 2008, p. 62). Por lo cual, al ser ubicada en la esfera de lo natural no es considerada como un ser pensante. En esta línea, dedicarse al ámbito privado conlleva el bien de sí misma y de la sociedad (Herrera, 2008). La consideración de la mujer reproductora y servil se ha modificado con el tiempo, sin embargo aún se mantiene la dependencia económica que genera obligaciones serviles y sexuales hacia el proveedor.

Respecto a la violencia dentro del matrimonio, resulta significativo observar que ya a comienzos de 1800 se halla evidencia de denuncias de mujeres por “malos tratos”, como lo expresa el siguiente relato de solicitud de divorcio en La Plata – Bolivia en 1.802 (Gargallo, s.f.):

Al Sr. Prov y V. Gral. Pone demanda de diborsio por las razones que expresa y para formalizarla y se le reciba la información sumaria que ofrece conforme a estilo. (...) Barbara Rodriguez, mestisa natural del pueblo de Moromoro, contra Pablo Camperos. Daño no solo de palabra (improperios) sino de obra y “cruels golpes de cuias resultas casi perdi la vida, no contento con estos incesantes maltratamientos llevo al exeso de asotarme por dos ocaciones, sin que le hubiese dado el más leve motivo, pa ser tan cruelmente castigada y no pudiendo tolerar más este cruel trato, ahora año y medio me determine promover esta mesma demanda de divorcio (...). (p. 128)

En el siglo XIX son más comunes las denuncias de violencia dentro del matrimonio, llegando a considerar este espacio como de riesgo para las mujeres (De Miguel, 2008). En esta época, William Thompson & Anna Wheeler (1825) equipararon el matrimonio a la esclavitud, a partir del análisis de mujeres inglesas de clase media “considerando que viven aisladas en un estado de absoluta indefensión y doblegadas a los deseos y la voluntad de sus esposos” (citados en Bosch et al., 2006, p. 92). En la misma época, la escritora feminista Flora Tristán muestra a la violencia dentro del hogar como producto de la desigualdad sexual (De Miguel, 2008). Aunque en este siglo los movimientos feministas estaban focalizados en las violencias ocurridas en el ámbito público, la

²⁷ Es decir, en el orden de la naturaleza si se observa desde la dicotomía naturaleza y cultura.

analogía de la violencia doméstica y la esclavitud fue una forma de denunciar su existencia.

En Medellín, históricamente diversas prácticas y tradiciones configuraron la denominada “*cultura paisa*” como “proyecto social cohesionador definido a partir de instituciones como la familia patriarcal, las formas de obediencia social al orden moral determinado por la Iglesia Católica, el lugar central y jerárquico de los adultos y los partidos políticos tradicionales” (Ariza, 2009, p. 87). En esta estructura el hombre fue considerado como proveedor económico de la familia y la mujer dedicada a la crianza, pero reconociéndose también como autoridad dentro del hogar. En este contexto cultural y siguiendo la socialización tradicional del género, el trabajo fue considerado como el aspecto que le daba virilidad y estatus al hombre; y la mujer no se reconocía como sujeto de derechos. En el siglo XX estos roles se transformaron y permitieron el desenvolvimiento de la mujer en el ámbito público mediante el acceso a la educación, al trabajo, la decisión por su sexualidad y reproducción, la posibilidad de anular el matrimonio y al reconocimiento de los derechos como sujeto político (Ariza, 2009), que logran transformar cada vez más y con mayor fuerza la tradición.

Esta socialización de género se relaciona con la violencia que viven las mujeres en la cotidianidad, generalmente dentro del espacio doméstico, comúnmente ejercida por sus compañeros sentimentales. En las mujeres que acuden a la Corporación Mujeres que Crean, en Medellín, se encuentra que esta violencia “se soporta en la relación de pareja, en el deber ser, incluso en el amor, [tras] (...) un imaginario que está muy arraigado de su ser mujer, como un ser para otro y que debe responder como mujer” (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres y Ciudadanía, Corporación Mujeres que Crean, entrevista, 22 de mayo de 2015). Este tipo de agresiones registradas están relacionadas mayoritariamente con motivos pasionales, por celos o rupturas amorosas; motivos que han llevado al asesinato de mujeres. Situación que, en la visión de entidades policiales y judiciales, se plantea como resultado de hombres que ante una situación de difícil manejo se *salieron de control, se salieron de sí mismos* (Vamos mujer por una vida digna & Mujeres que Crean, 2014) posturas que permiten que los feminicidios queden impunes. Entonces, es necesario enfatizar en la consideración de que “No se trata de problemas aislados, de patologías individuales, como muestran las

concepciones ideológicas hegemónicas. Se trata de una cuestión estructural, constitutiva de la dominación” (Bellotti y Fontenla, 1995, citados en Cisneros, 2005, p. 25).

Esta realidad se exterioriza a través del testimonio de dos mujeres que convivían con su pareja; la convivencia de una de ellas está formalizada por el matrimonio, y la no formalizada se reconoce culturalmente en Colombia como *unión libre* (término que se usará de aquí en adelante).

El caso de Diana

Diana, profesional de la salud, contaba con 41 años al momento de la violencia. A través del vínculo con un profesional defensor de derechos humanos logro contactarme con ella. Desde el inicio estuvo presta a compartir su testimonio como forma de contribuir en la visibilización de estas violencias. Ella fue agredida por su pareja con quien había decidido convivir en unión libre nueve meses antes de la situación aquí expuesta, presenta violencia física y psicológica, y posteriormente violación (situación manifiesta por única vez). Ella denunció a su pareja, la denuncia fue tomada desde el inicio por la comisaría de familia y fiscalía como Violencia Intrafamiliar, cuyo episodio de violencia sexual no se destacó o cobró importancia dentro del conjunto de agresiones.

Durante la situación de violencia, Diana reacciona con el silencio y una que otra objeción ante las acusaciones, para evitar así la controversia como estrategias de protección ante el temor de ser asesinada. Dicho temor se instala tras una vivencia de feminicidio ocurrida en su familia un mes atrás, cuando su prima fue asesinada por su pareja mientras estaban de vacaciones. Entonces, Diana manifiesta,

¡No! yo creo que yo estaba en shock porque yo ni si quiera, yo era miedo, miedo no, ganas de salir corriendo de ahí, porque yo decía: “yo salgo de aquí y ya, me salvo”. Yo decía: “yo me tengo que salvar de esta”. Pero yo decía: “¡No! esto es”. La sensación era muy charra porque (...) yo sí sentía dolor y eso, pero (...) a mí no me importaba que, si al otro día me iban a ver con el ojo rojo, ni que nada, ni que iba a volver a mi casa, nada, sino que yo dije: “me estoy liberando de esto, o sea me estoy dando cuenta qué es esto (sonrisa) qué es esto”. Entonces yo era como: “ay, que amanezca, como que qué ganas que esto pase, así esté maluca pero ya, que pase, que pase”. (Diana, testimonio, octubre de 2015)

Su pareja la ataca por motivos de celos, acompaña cada agresión con un golpe, a mayor dolor mayor cantidad de golpes dirigidos a su cara, cabeza, tirándola del pelo

constantemente. Ella expresa que “(...) cuando terminó todo me dijo: “*vamos a recostarnos en la cama*”, y ahí me dijo: “*desnúdate*”. Y yo le dije: “*¿para qué? Y me obligó a estar con él la última noche*” (Fiscalía General de la Nación, denuncia escrita, octubre de 2014). La agresión sexual la ejerce como sanción por los daños causados por parte de Diana, es decir, por la posible infidelidad de que la acusa, manifestando así, que “*era lo mínimo que podía hacer por él después de lo que le había hecho, (...) no, qué cosa tan horrible*” (Diana, testimonio, octubre de 2015). Ante ello, Diana no opone resistencia, pues el agresor continuó el acto de dominación amenazándola con sacar el arma que guardaba para proteger el espacio.

El agresor manifiesta inseguridad ante sus actos, amenaza a Diana con llamar a la familia para buscar reafirmarse y generar allí credibilidad, pues para él un acto de infidelidad justifica este tipo de maltrato. Sigue las consideraciones de los trabajadores de su empresa²⁸, quienes consideran que los conflictos con las mujeres dentro de la pareja se resuelven por medio de la agresión física, y es el asesinato la solución para una infidelidad. Postura que expresa la invalidación de la mujer como sujeto que puede comprender, expresarse y defenderse.

Su inseguridad respecto al control que desea establecer tanto en la vida de Diana –por su autonomía y privacidad- como en la manera de reaccionar ante sus agresiones se evidencia en la ambigüedad de la situación que reclama. Por un lado, reafirma la infidelidad y por otro la desafía en el intento de comprobar la veracidad de los hechos a través de la posibilidad de violentarla con agresiones que la pondrían en ridículo públicamente, borrarían su identidad o la desaparecerían de su vida: *diga la verdad o sino voy a publicar las fotos con su amigo en el Facebook, si es verdad te daño la cara, o te debería matar* (Diana, fragmentos del testimonio, octubre de 2015). En el momento de la agresión le manifiesta que “la mujer que tenía, donde esté igualmente tenía que estar callada porque con él las cosas eran de vida o muerte” (Fiscalía General de la Nación, denuncia escrita, octubre de 2014).

Posterior a la violencia, éstas inseguridades las expresa ante las entidades judiciales mostrando la ausencia de su responsabilidad a través de la negación de la situación y de la relación; en contradicción, acepta la relación pero como iniciativa de

²⁸ Dueño de una empresa transportadora de autos nuevos.

Diana, aspecto que se sale de los códigos culturales establecidos en la conformación de las relaciones de pareja, como dice el refrán *“el hombre propone y la mujer dispone”*; de este modo, refuerza la tradición, menospreciando el ámbito profesional de Diana.

El asunto de la autonomía e independencia de Diana fue motivo de incomodidad para su pareja. No poderla dominar económicamente fue uno de los factores que generó un final trágico en esta historia, pues la constante en la relación dependió del interés en que ella aumentara su estatus económico a través de los negocios que él desarrollaba; propuesta a la que se rehusó Diana durante mucho tiempo. No obstante, una vez acepta parte del apoyo que él demanda y empieza a ser parte de algunos asuntos económicos de su pareja, se presenta el episodio de violencia.

Así, Diana percibía que el reconocimiento (por parte del agresor) de su independencia y autonomía generaba en él actitudes de impotencia para ejercer control sobre ella. Así relata situaciones en las que *“él a veces como que se tenía que frenar ante cosas que quería como reclamar o hacer porque decía es que usted es, a modo de chiste lo decía: “Como usted es muy suya”. Y yo: “Ah sí, yo sí soy muy mía (risa)”*. *“Usted es muy suya” “Yo sí, yo sí”* (Diana testimonio, octubre de 2015). En este fragmento del testimonio de Diana, se observa, siguiendo a Josetxu Riviere (2009), cómo la expresión y valoración de los sentimientos tiene que ver con la socialización de género. De ahí que la concepción del amor romántico valore la dependencia unilateral a través de la educación afectiva desigual para hombres y mujeres, de tal manera que estas formas de relación con el amor tienden a terminar en violencia (citado en Ferrer y Bosch, 2013).

Sin embargo, se encuentran mujeres que no siguen *estrictamente* la línea tradicional del amor romántico ni el estereotipo tradicional de género, como se percibe en el caso de Diana. La impotencia por la falta de control del hombre repercute en violencia tanto individual –tal es el caso narrado– como colectivamente. Cobo (2011) propone como explicación del sentido de *“la [violencia] ejercida por colectivos de hombres sobre el conjunto de las mujeres para que, mediante el terror, sigan sometidas y se las impida llevar a cabo sus legítimas aspiraciones de autonomía personal y libertad de elección”* (Ferrer y Bosch, 2013, p. 114), como se refuerza en el contexto del conflicto armado colombiano, descrito en el apartado *“Lógica de la guerra en el cuerpo de las mujeres”*.

Esta autonomía y firmeza que caracteriza a Diana no sólo le ha permitido construir una vida independiente, sino también la posibilidad de distinguir lo que le hace daño: el maltrato y la violencia. Aunque inicialmente recibió episodios de maltrato psicológico –sin considerarlos como trascendentales–, al presentarse el maltrato físico logró alejarse del agresor y mantener la distancia a pesar de la búsqueda constante por parte de él y los sentimientos que habitaban en ella. Contrario a su pareja, Diana ha construido una concepción del amor lejano al sufrimiento. Por el contrario, lo ha edificado basado en el *disfrute, el respeto, la confianza y la compañía*, aspectos que se desdibujaron por la violencia de su pareja, quien posterior a la agresión consideraba la renuncia de Diana a la relación, como falta de amor. Manifiesto en expresiones tales como: “*Ah ¿es que no me quiere?*” “*Yo sí lo quiero, pero yo no me voy a quedar con alguien así. Uno puede querer a alguien, pero si hay muchas cosas que no funcionan, la solución es no estar juntos, pues, hay que ser muy claros*” (Diana Testimonio, octubre de 2015). En este sentido,

(...) la creencia en que el amor todo lo puede llevaría a considerar (erróneamente) que es posible vencer cualquier dificultad en la relación y/o de cambiar a su pareja (aunque sea un maltratador irredento) lo que llevaría a perseverar en esa relación violenta; considerar que la violencia y el amor son compatibles (o que ciertos comportamientos violentos son una prueba de amor) justificaría los celos, el afán de posesión y/o los comportamientos de control del maltratador como muestra de amor, y trasladaría la responsabilidad del maltrato a la víctima por no ajustarse a dichos requerimientos; etc. (Ferrer & Bosch, 2013, p. 114)

No obstante, aunque la autonomía caracteriza a Diana, en los momentos previos a realizar la denuncia presenta episodios de pesar motivados por los miedos que observa en su pareja relacionados con la soledad, la enfermedad y su edad. Aspectos que engloban el estereotipo de un hombre débil que necesita de la protección, compañía y apoyo de una mujer. En el proceso de denuncia manifiesta la intención de fijar distancia, más no hacerle daño, es decir, que la consecuencia no fuese la cárcel o que la situación irrumpiera en su trabajo. Sin embargo, esto no fue impedimento para acudir a la fiscalía ante la falta de respuesta por parte de la comisaría de familia.

En el caso de Diana observo que se conjugan estereotipos de género en relación con la figura de su pareja como un hombre solitario y vulnerable a causa de su avanzada edad, el padecimiento de una enfermedad y la ausencia de otros vínculos familiares.

Aspectos con los cuales ella entiende los posibles temores que provocaron su reacción y la acumulación del miedo que le creaba la autonomía e independencia. Este perfil que por momentos manifiesta el agresor, se contrapone a la figura patriarcal del varón fuerte, proveedor y agresivo (“el macho”), que generan en Diana sentimientos de culpa y compasión hacia él. En este caso se puede identificar también la figura de la mujer como “puta” con respecto a la infidelidad de la que es acusada. Este estereotipo toma sentido en la lógica del amor romántico arriba mencionada, en el que la mujer que no responde con lo que el “romanticismo” indica ocupa un lugar conflictivo y estigmatizando: la “puta”. Una mujer autónoma que no necesita de un varón proveedor confronta con este modelo de amor y pareja, y suscita acusaciones y maltratos.

El caso de Diana es el único de los registrados que no expresa una afectación emocional prolongada en el tiempo. La reparación se enfocó en el abordaje judicial con el fin de que el agresor no tuviese posibilidad de acercamiento.

El Caso Renata

Renata, mujer de 33 años al momento del testimonio, fue agredida sexualmente en varias etapas de su vida: a los 4, 7, 23 y 33 años. Ella fue contactada con la ayuda de una psicóloga amiga, con quien lleva su proceso de reparación, quien le propuso compartir su testimonio para esta investigación. Después de varios meses decidió hacerlo y, a la vez, manifestó su interés por conocer las conclusiones a las que llegaría esta tesis.

Ella pasó por episodios de violación marital. La violencia se presenta en la obligación para acceder a las relaciones sexuales como compromiso matrimonial, situación que se refuerza por la dependencia económica. Claro ejemplo del “dinero [como] (...) uno de los recursos privilegiados del poder. Su presencia u omisión no es inocua y el uso que las personas hacen de él denuncia el concepto que cada quien tiene sobre el ejercicio del poder en las relaciones humanas” (Coria, 2007, p. 90). Tanto es así que en la narración de su testimonio trae a colación este episodio de su vida a partir de las sensaciones de incomodidad en la vivencia de su sexualidad, que resulta estar mediada por reproches a modo de exigencia por los “deberes” como esposa,

(...) porque cuando yo no trabajaba, cuando yo no hacía nada, cuando yo era una ama de casa tenía que tener sexo con él cuando él quisiera y en el momento que él quisiera ¿por qué? porque es que él es el de la casa, él es el que trabaja, él es el que paga

los servicios, el arriendo no porque tenemos casa propia; pero él es el que lleva económicamente, entonces yo tengo que servirle. Entonces yo dije, no, esto no puede continuar así, esto no puede continuar así. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

Aquí, se destaca la normalización de la violencia sexual y cómo se define desde algunos enfoques el matrimonio asociado a una relación de esclavitud (Pateman, 1995). Es posible observar la naturalización de una sexualidad violenta al considerar que las exigencias de su esposo obedecen a un asunto intrínseco al matrimonio en cuanto que parte del deber conyugal que se adquiere en el momento del casamiento. Creencia que lleva a vivir la sexualidad desde una posición servil justificada cuando la mujer está dedicada netamente a su hogar,

¡Ah bueno! y entonces con mi esposo también ha habido ese tipo de violencia ¿por qué? porque tú sabes que uno se casa con una pareja y tiene que entrar a mediar ese tipo de situaciones y más en el asunto sexual que se convierte, yo diría, (...) en un 80% - 90% de la relación, y el otro 10% es la parte afectiva y otros asuntos. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

La normalización de su “servicio” como esposa genera falta de reconocimiento directo de las exigencias de su esposo, *“No, no, pero, pero, o sea, él no lo decía, pero es que no lo tienen que decir para uno entenderlo en la forma de actuar: “¡Ah! pero entonces si no me vas a servir en la cama entonces para que una compañera!” -por ejemplo-. O, “¡Ah! es que usted nunca quiere, qué pereza entonces me voy a conseguir otra” ¿cierto?”* (Renata, testimonio, diciembre de 2015). La confusión en su relato evidencia la presencia de *micromachismos* dentro de su relación, es decir, aquellas conductas que expresan violencia basada en el género, cuya naturalización o normalización impide su reconocimiento como violencia, por eso, “Estos comportamientos son “micro-abusos” y “micro-violencias” y son efectivos porque el orden social imperante los ratifica, porque se ejercen reiteradamente hasta llevar a una disminución importante de la autonomía de las mujeres y porque muchas veces son tan sutiles que pasan inadvertidos para quien los padece y/o para quien los observa” (Bosch et al., 2007, p. 15).

Por ende, la relación se constituye en una estructura servil hacia el esposo. En la relación sexual se cosifica a Renata, se la aleja del placer erótico y de la sensibilidad como ser humano. Esta situación se refleja en el desenvolvimiento de Renata en el espacio doméstico y en su aislamiento del espacio público.

Renata reconoce los comportamientos violentos de su esposo, sin embargo, considera que puede emanciparse a través de la preparación profesional y la independencia económica, aspectos que a la vez le permitirían decidir por su sexualidad,

Entonces empiezo yo estudiar, a volverme una profesional, a trabajar. Y entonces él empieza a mermar esa intensidad y yo a ponerle un freno. Entonces ya en estos momentos ese asunto para él y para mí es absolutamente difícil porque yo casi siempre es un no, y, y, tenemos relaciones o tenemos sexo cuando yo quiero, casi siempre. A veces yo también accedo, y a veces digo que sí sin querer, pero casi siempre es un no ¿por qué tengo que hacerlo si no quiero? Entonces hemos entrado en mucho conflicto. Pero entonces ya él respeta y asume, comprende, y continua ahí quiéralo o no, porque si no entonces pues yo no sé, que busque para donde irse o que mire a ver qué va a hacer porque yo no dependo de él económicamente. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

De este relato se identifican los estereotipos del varón proveedor, la mujer servil, elementos constitutivos de una práctica sexual violenta. En esta relación el factor económico es sin duda el eje que orienta el mando dentro de su relación de pareja. En ese sentido, el varón proveedor dispone del espacio doméstico y del cuerpo de Renata. Como respuesta, la mujer servil se dispone a satisfacer las necesidades de su esposo, incluyendo el aspecto sexual, que desdibuja el sentido de autonomía, independencia y reconocimiento de sí misma. En consecuencia, la independencia económica significa no solo su libertad dentro de la relación sino también la posibilidad de dejar de ser agredida y de lograr autonomía, trascendiendo así, el temor de vivir fuera de la relación.

Relacionando los casos de Diana y Renata, sus testimonios manifiestan dos expresiones de la violencia: la primera sugiere que, a mayor independencia económica y personal de la mujer, mayor la intensidad de control por parte del hombre, con lo que provoca inseguridad en su pareja que luego se transforma en impotencia y se desahoga en violencia. En el segundo caso, la dependencia económica de Renata mantiene la dominación afectiva, sexual. Aspecto que Renata logra identificar y, como búsqueda de salida de este vínculo violento, inicia su formación como profesional. Su desempeño laboral fuera de casa le permite reconocerse como sujeto de derechos.

En ellas dos, encuentro que la realización de actividades que cuestionan el rol como mujeres en el amor romántico (estudiar, trabajar fuera del hogar, decidir sobre su

deseo) lleva al fortalecimiento de carácter, factor que posibilitó la salida de ese vínculo violento.

Ejercida por familiares

(...) que era un juego, que él me estaba enseñando, me estaba preparando para la vida, para cuando yo sintiera, para cuando yo tuviera mi primera relación sexual con un hombre. (Margarita, testimonio, mayo de 2015)

La violencia sexual ejercida por familiares, para el caso de los testimonios, se presentó en la *infancia y adolescencia*. Se recolectaron dos testimonios de mujeres: Margarita y Renata. Margarita una mujer de 34 años en el momento del testimonio, vivió abuso sexual con intento de violación por parte de su padre desde los 4 hasta los 14 años. El contacto se dio a partir de la metodología *bola de nieve*, es decir, a través de una conversación informal con un miembro de un canal de televisión de la ciudad quien tenía conocimiento de una amiga suya que vivió este tipo de violencia. Ella estuvo dispuesta desde el principio a compartir su testimonio para contribuir en la reducción de las problemáticas que viven las mujeres.

Renata es una mujer que vivió violencia sexual en diferentes etapas de su vida. Este relato trata de los primeros sucesos de violencia, a los 4 años abusada por su *primo* y a los 7 años por un *conocido sin relación*. Ambas experiencias se presentaron en sus lugares de vivienda. Para Renata, los abusos en su etapa infantil son el eje de afectación de su relación con los hombres en la vida adulta, cuando vive de nuevo dos episodios de violencia sexual por parte de su *esposo* y un *docente*. Sin embargo, estos hechos no los considera como puntos centrales de su experiencia, sino resultado de su pasado.

Para ambas mujeres -niñas en ese entonces- el momento del abuso sexual toma un carácter de *ritual* a través de la incorporación de acciones específicas para llevar a cabo el abuso, como *la designación del espacio para el acto, la postura y el silencio ante familiares*,

(...) él [el primo] llegaba a la casa -a esa edad que tenía yo- (...) y entraba inmediatamente al baño, después de entrar al baño yo tenía que estar parada al pie de la puerta del baño para vaciarle el baño -porque al parecer eso le excitaba, supongo, muy extraño-, y luego, él se subía para (...) una alcoba en el segundo piso, y empezaba a masturbarme con una moneda, a tocarme; nunca penetró, nunca me violó, pero sí,

obvio pues, hubo ataque sexual. Eso pasó más o menos, no sé, pongo yo por ahí un año. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

El dueño de la casa [conocido sin relación] nos alquilaba una habitación, y eh, siempre me tenía que sentar a las 8 de la noche -no se me olvida la novela Azúcar, que la daban a esa hora- entonces yo me sentaba en el mueble, yo me sentaba a cualquier lado de él, y él se sentaba y me masturbaba también. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

Dada la corta edad (primera infancia) en la que empezaron estas agresiones, los abusos no fueron reconocidos como tal. Sin embargo, aunque no tuvieran nombre propio, las sensaciones de *dolor, incomodidad corporal y fastidio en el acto* generaban la duda de que dichas acciones no eran adecuadas. Esta conducta la pudo identificar como invasión a su cuerpo cuando estaba en la adolescencia y tras la vivencia de nuevas agresiones de tipo sexual.

En estos abusos ocurridos en la infancia se encuentran dos mecanismos de intimidación: garantía para la prolongación de la violencia sexual y encubrimiento del agresor. En el caso de Margarita, su padre utiliza el *juego* y, en el caso de Renata, la *amenaza* de muerte hacia su madre, y posteriormente hacia ella,

Nunca lo comenté porque ellos tienen pues un patrón de que: te mato o mato a tu mamá, entonces obviamente yo nunca lo comenté, pero yo no sé cómo la familia se dio cuenta [de la agresión por parte del primo] porque ya yo adulta me di cuenta que la familia sabía, cuando yo nunca lo comenté ni mi mamá sabía. Entonces no sé si borré eso de mi mente, o qué sucedió que de pronto sí lo conté y no me acuerdo de haberlo hecho [subrayado 1]. (Primo. Renata, testimonio, diciembre de 2015)

(...) él [conocido sin relación] era de los más obesos de Medellín en esa época, y me acuerdo que él me decía -él no amenazaba a mi mamá- pero sí me decía que si yo contaba se me montaba encima. Y yo tenía 7 añitos, y yo decía, se me monta encima, me mata. O sea, ya no era atentar contra tu mamá, sino atentar contra ti, [subrayado 2] entonces yo accedía también por miedo. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

En el primer testimonio de Renata se manifiesta el cuestionamiento sobre el recuerdo, expresa la *posibilidad* –subrayado 1- del olvido de haber acudido a una persona mayor para pedir ayuda. Un olvido relacionado con la dificultad para identificar su molestia y expresar lo acontecido en dicha edad, dado que el miedo está presente en la narración

de estos abusos como elemento que permite el vínculo entre *agresor y agredida* como garantía de la repetición del acto,

¿Y cómo identificaste en esa época que se trataba de un abuso? _No, en esa época es muy difícil identificar. (...) Es más yo digo: cómo recuerdo yo qué me sucedía a los 3-4 años. Pues si yo te pregunto qué hacías a los 3 años, vos me vas a decir: no sé. Yo lo recuerdo porque fue doloroso y porque fue incómodo. Pero no recuerdo haber tenido conciencia de saber que eso era malo, que eso era. Pero sí conciencia de que me dolía, y que no me gustaba y que no me agradaba”. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

Cuando Renata recuerda las sensaciones que esta situación le producían a la niña del pasado, manifiesta *“Me sentía muy asustada, me sentía muy temerosa, sentía que debía hacerlo por mi mamá, pues, porque le podía suceder algo”* (Renata, testimonio, diciembre de 2015). Sin embargo, este último aspecto no es tan importante para el agresor *desconocido*, puesto que aun cuando sabe que su madre conoce la situación, él no se detiene, porque en este caso cobra eficacia la amenaza hacia *ella misma* – subrayado 2-.

Un aspecto sobre el cual la agredida llama la atención en su primer abuso es la recompensa con dulces que le ofrece su primo al terminar cada acto. Como mujer adulta expresa este evento como angustiante en su momento y lo interpreta como una sensación de compra.

Para el caso de Margarita, su padre utiliza *el juego* como mecanismo de acercamiento. Se resalta que el juego es un elemento básico en la etapa infantil cuyo valor fundamental es la confianza para permitir el acercamiento del otro,

Recuerdo muy bien una tarde que mi papá me dijo, eh, mi papá me decía: “Mija vamos a jugar”. Y yo era: “¿Papi qué vamos a jugar?”. “Le voy a enseñar unas cosas que usted va a aprender, eh... cuando esté grande entonces se las voy a enseñar ya”. Y todo empezó, así como un juego”. (Margarita, testimonio, mayo de 2015)

Esta idea de acercamiento del agresor a partir del *juego sexual preparatorio para su vida adulta*, se sostiene en todos los años de abuso. Cuando la esposa y su segunda hija lo confrontan, Margarita manifiesta los argumentos desde los cuales el padre justificó la violencia: *“mi papá le dijo que sí, efectivamente le aceptó y le dijo que era un juego, que él lo único que estaba haciendo era preparándose para la vida, para que yo no fuera a sufrir, para que yo supiera cómo era eso. Mi mamá pues furiosa”* (Margarita, testimonio, mayo de 2015).

Margarita recuerda las sensaciones que le producía su padre: necesidad de cercanía, responsabilidad ante la complacencia sexual, justificación del acto desde el sentimiento de lástima hacia él. Además, evitaba causarle disgustos, al respecto manifiesta que *“ellos iban a pasear y yo no me iba por no dejar solo a mi papá, porque yo ya sentía que a mí me tocaba hacer eso. (...) Yo sentía como que, como que me daba pesar de mi papá o de pronto mi papá me iba a regañar si yo me iba, o no sé, era una situación extraña”* (Margarita, testimonio, mayo de 2015).

En la adolescencia, su primera relación sexual la lleva a identificar que la relación con su padre no debe estar mediada por lo sexual, *“o sea yo ya decía no, mi papá no tiene por qué hacerme esto, es que, es que no es correcto, es que yo no siento lo mismo que mi papá me hace, es una situación muy diferente* (Margarita, testimonio, mayo de 2015). Ante el inicio de la vida sexual de Margarita, su padre disminuye la frecuencia de su acercamiento sexual. No obstante, ella manifiesta (con asombro) que no toma distancia de las situaciones que posibilitan el abuso, como dormir con él. Así, la situación culmina con la muerte del padre, no por decisión propia,

Yo si tengo que aceptar, yo después de que tuve a [mi hija] yo recuerdo, y dormía con mi papá, es que yo dormía con él. Y tuve a [mi hija] y dormía con él (reitera). Y él a veces me, pues me acariciaba, o sea no eran caricias, yo ya no lo veía, es mas no me pregunte por qué, porque yo no sé por qué me lo dejaba hacer. Y ya estaba grande, es que yo tuve a [mi hija] de 16 años. (...) Yo estaba embarazada cuando le conté a mi mamá. (Margarita, testimonio, mayo de 2015)

En su posición respecto a la sexualidad presenta ambivalencia al expresar que en la infancia le enseñaron (justificación del abuso del padre) que el sexo no es tabú y el cuestionamiento en la adolescencia por su virginidad, asunto que se relaciona con el intento de identificar y reconocer el grado de acercamiento sexual de su padre,

(...) mi curiosidad era saber si yo era virgen, pues porque tantos años, yo, “juemadre” ¿yo si era virgen o no? Uno sí escuchaba el tema, uno si escuchaba en esa época, pues como no era algo que se educara tan fácil entonces yo era como que, pues con lo poquitico que escuchaba, mi papá me hacía eso, pero yo [el tema de la sexualidad] lo veía normal, para mí era lo más normal del mundo”. (Margarita, testimonio, mayo de 2015)

Pasan los años y en la edad adulta su hija vive episodios de abuso sexual por parte de su padre. Esta situación revive su pasado. En cada detalle aflora los sentimientos de culpa,

desazón y rabia contra el padre de su hija. Aunque la voz de su madre fue silenciosa ante su caso, con su hija comprende el dolor que ella no expresó abiertamente en ese entonces, lo que origina admiración por su madre a partir de este dolor. Así, introduce el abuso vivido en su niñez como parte de una cadena familiar, cuando manifiesta que *“estoy hablando que vengo de una generación, que mi mamá sufre por mí, ahora sufre por la nieta, yo sufrí, ahora sufro por mí, o sea es como una cadena que uno no quiere que...”* (Margarita, testimonio, mayo de 2015). Entonces, considera la presencia de estas violencias en su familia como un legado generacional, producto de la falta de resolución y sanación de su propia historia.

Desde la repetición de la situación con su hija, Margarita cuestiona el ejercicio de la violencia por parte de familiares. Se culpabiliza por no haber percibido indicio alguno, y recuerda que su hija llevaba una relación de cercanía con su padre similar a la de ella con el suyo, distanciándose de un momento a otro. Detalles que dice no haber tenido en cuenta como alerta para evitar la repetición.

Los relatos de Margarita y Renata revelan desconocimiento respecto a la identificación de situaciones de violencia sexual y falta de acompañamiento de parte de los adultos. Sin embargo, en el caso de Margarita, aun cuando en la adolescencia identificó la situación como agresión, continuó el servilismo hacia su padre; la situación de abuso no culminó. En el padre se destaca la relación de poder que establece con ella, el vínculo sexual lo sostiene a través del malestar y/o de la culpabilización.

Ejercida por conocido cercano

Cierto, porque no es desmedido que a vos te intenten violar, que te golpeen y que te hagan moretones, y que esté en riesgo tu vida; pero sí es desmedido hacer un comunicado. Eso es desmedido, cierto. Porque al tipo además nunca le pasó nada, nunca vio su integridad personal expuesta, ni en riesgo, nada". (Testimonio, Silvia, 2015)

Esta categoría se refiere al agresor con el que la mujer construyó un vínculo de amistad y confianza. Al respecto, se recolectaron 5 testimonios con tres tipos de agresores: Marcela, Liliana y Silvia, agredidas por *compañeros de trabajo*; Melisa, agredida por *un compañero de estudio*; y Renata agredida nuevamente en su adultez por *un docente*

(caso que no se contextualizará en este apartado, en ella se enfatiza las violencias ocurridas en su infancia, adolescencia y dentro de su matrimonio).

Liliana, Marcela y Silvia vivieron acoso y abuso sexual por parte de *compañeros de trabajo* en contextos de fiesta. Renata fue acosada sexualmente por un docente universitario, situación que la dejó perpleja debido al vínculo basado en la amabilidad y respeto por la figura como docente. En el caso de Silvia se presenta violencia física, el agresor no desistía ante la negativa de la mujer. Esta actitud le genera el temor de que la agresión sexual terminara en asesinato, situación que logró evitarse por la ayuda de sus vecinos. Marcela y Liliana también vivieron violencia física, y Melisa presentó un nivel mayor de violencia psicológica.

En los casos de Liliana y Silvia sobresale la edad de los agresores, que son mayores que ellas. Nuevamente, se destaca el estereotipo del agresor como un hombre débil, necesitado de afecto. Particularidades que se expresan a través de la lástima como emoción transversal a la relación de amistad, al considerar que el aislamiento les puede generar un posible “sufrimiento” causado por la *soledad y la vejez*; rasgos que, a su vez, impregnan de confianza a la relación. En todos los casos se puede inferir que los agresores consideran que la amistad promueve un acercamiento sexual y ante la negativa se desprende el acto de violencia.

Cuatro de los casos comparten, como factor común, el acercamiento relacional mediado por la simpatía e interés académico y político de las agredidas, que posibilitan el intercambio de textos y conversaciones. Estos agresores guardan entre sí el desenvolvimiento profesional en las *ciencias sociales, el derecho y la defensa de los derechos humanos*, aspectos que generaron mayor grado de confianza en las víctimas. Por ende, la violencia de tipo sexual causa desilusión y traición de la confianza depositada en la amistad, además puso en duda la apuesta política de estos sujetos. Esta actitud violenta hacia ellas como mujeres de parte de “defensores” de los derechos humanos, puso en evidencia para las víctimas que la problemática de la violencia de género no era considerada en la vivencia cotidiana de estos sujetos como una forma de vulneración. En este sentido, la coordinadora de Ruta Pacífica de las Mujeres - Seccional Antioquia manifiesta “*cuando hablo de dolores en la izquierda es (...) en la izquierda también se ha vivido el asunto de la discriminación, o sea es un asunto de*

equilibrio de poderes y de relación de poder de uno sobre otras, asimismo ha pasado en la izquierda de cierta manera, digo en otro momento, otrora. Ahora seguramente hay cosas que habrán cambiado” (Entrevista, marzo de 2015).

Caso de Melisa

Melisa es estudiante de sociología de 23 años. En el momento del testimonio estaba viviendo el acoso y el proceso de abordaje judicial y reparación emocional. La contacté por medio de la coordinadora de la Ruta de Pacífica de las Mujeres, Seccional Antioquia.

Melisa fue acosada por un compañero de estudio, 17 años mayor que ella, que a la vez ejerce como docente en la misma universidad. Ella plantea que el origen del “enamoramiento” de su compañero pudo haberse iniciado cuando él le confía asuntos de su vida privada a partir de lecturas sobre *trastornos obsesivos compulsivos* que trataban en un grupo de estudio. En su relato expresa lo siguiente: “*Yo digo, y yo siento que fue en la lectura de ese texto que se generó como un vínculo, que él generó un vínculo (con angustia). Él dice que hizo una transferencia de sentimientos en mí. Yo sobre él nunca tuve ninguna transferencia de sentimientos* (Melisa, testimonio, agosto de 2015). En las historias que le confiaba ella encuentra similitudes con el tema tratado, lo que lleva a aconsejarlo y a motivarlo para que busque ayuda psicológica.

En el transcurso de esta cercanía que sólo se presenta en el entorno académico, el compañero intenta trascender dicho espacio, pero ella no lo recibe de la misma manera y desde el principio le marca límites. Esta reacción genera incomodidad en el agresor y desde ahí empieza la persecución,

Entonces, eh, estudiábamos, (...) entonces él ya se empezó a alterar, a gritarme. (...) Y se me generó un problema, porque ya empezó un tire-afloje (...): “Es que yo no tengo por qué darte explicaciones, es que yo no tengo por qué llamarte, es que yo no tengo que aguantarme que me digas **mí**, sabiendo que yo no soy tuya, yo no tengo por qué aguantarme que me digas que me quieres (va levantando la voz molesta) porque pues, a mí no me importa que me quieras, o sea, ese es tu problema, yo no te quiero. (Melisa, testimonio, agosto de 2015)

La negativa de Melisa aumenta su obsesión y por ende la persecución dentro del entorno universitario. La espera al salir de clase. Le cuenta el tiempo que tarda de su trabajo a la universidad, la llama constantemente y se enoja cuando no le contesta, le

exige explicaciones y la saca de clase bajo el pretexto de comunicarle algo importante. Se refiere a ella como “Mi Melisa”, sentido de propiedad que ella detecta a través de la incomodidad e inseguridad que esta expresión le generaba, por tanto, siempre la rechazó.

Va pasando el tiempo y la agresión verbal se empieza a transformar en física, la frena cuando ella decide retirarse de los espacios donde acostumbran conversar. Él grita y golpea los objetos mientras le reclama su falta de amor; aduce *egoísmo de parte de ella, y petulancia por establecer límites. El agresor la estigmatiza apelando a estereotipos asignados a la mujer: “mala” y “puta”, como una manifestación del patriarcado.*

Estas medidas persecutorias del agresor turban la cotidianidad universitaria de Melisa y usurpan su tranquilidad. Ella busca mecanismos para evadirlo, pero estas medidas empiezan a alterarla emocionalmente, perdiendo poco a poco su libertad. Esta sensación le significa una alerta para identificar que está viviendo una situación delicada y de riesgo, por eso, le confía lo sucedido a una amiga suya, quien la ayuda a reconocer que esta actitud tiene nombre propio: acoso sexual,

(...) entonces yo hablé con una amiga de acá de la de [la universidad]. Le dije: “Mary mirá me está pasando esto y esto, y esto”. Me dijo: “Amiga, eso se llama acoso” Y le decía: “Sí, pero...”

Yo tenía la ilusión, o sea, yo no había, inicialmente, no había eh, caído, no había pretendido, querido más en cuenta, más en serio como esperando a que él tuviera algún síntoma o cambiara, que yo viera, pues ya internamente decía no, no eso es normal, él va a quitar eso, yo voy a hablar, vamos a hablarlo, él va a ver cómo es la cosa, y va a cambiar. No. Grave error, me toleré muchísimos meses hasta que llegué con esta amiga. (Melisa, testimonio, agosto de 2015)

Melisa manifiesta sorpresa ante el cambio en la personalidad de su compañero de estudio. Pero a su vez expresa que los encuentros académicos le permitieron al agresor explayarse sobre asuntos de su vida privada. Este doble vínculo muestra que aquellos detalles que el agresor dio a conocer de su vida, aunque tuvieran relación con el tema de estudio “Trastornos Obsesivos Compulsivos” no le generaron desconfianza ni le llevó a sentirse en riesgo o presentir que él podía obsesionarse con ella. Por otro lado, ella asegura -a modo de defensa- que nunca dio motivos para que él se enamorara. Interpreto esta defensa como la búsqueda por resarcir la culpa ante el señalamiento

social de su posible responsabilidad en la generación de la violencia. Este aspecto se encuentra presente en diversos casos del corpus testimonial donde los entornos institucionales y afectivos refuerzan por medio de la culpabilización la sanción a la mujer por salirse de su rol de género.

Caso de de Silvia

Silvia es una abogada de 34 años, violentada a los 24. Ha dedicado su vida desde su profesión a la defensa de los derechos humanos de las mujeres. La contacté gracias a la coordinadora de la Ruta Pacífica de las Mujeres. Silvia pasó por un episodio de abuso sexual ejercido por un compañero de trabajo, de 10 o más años mayor que ella, al que consideraba cercano y de confianza. El recuerdo de esa época le despierta un sentimiento de pesar hacia él; le trae a la memoria la soledad en que vivía, incluso en el trabajo, donde él era un hombre mayor en un entorno juvenil; de ahí que su solidaridad la llevara a involucrarlo en fiestas y reuniones que se realizaban desde el trabajo. Ella aclara que *entre los dos no pasó nunca nada*; asegura que no dio motivos o señales para tergiversar la relación de amistad, *“De hecho, nosotros nunca tuvimos nada, ni un romance, ni un beso, nada. Pero cuando salíamos a eventos y cosas, nos hacíamos juntos, hablábamos mucho, de hecho, él me prestaba algunos libros y hablábamos de su historia”* (Silvia, testimonio, mayo de 2015). Es interesante como aparece en este caso, también, la necesidad de la mujer de aclarar que no provocó la situación, aspecto relacionado con el estereotipo del varón sexualmente desenfrenado que responde instintivamente ante una mujer que provoca.

La violencia se presenta en su lugar de vivienda y dentro de un contexto de bohemia, situación que el agresor en un momento dado deseó que trascendiera y buscó cumplir utilizando la fuerza. Ella responde a la confrontación física intentando impedir una violación. Luego, tras una situación confusa por los golpes y la rapidez del agresor para interrumpir una llamada telefónica a la policía, logra hacerse escuchar de sus vecinos, y así, hacer que salga de la casa.

Llega la policía y continúa todo el proceso de búsqueda de justicia. Silvia cuenta que la respuesta del agresor ante la situación, fue *“ella me quería violar y matar”*

(Fragmento comunicado, 24 de enero de 2006)²⁹ como medio de defensa y manera de encubrir su acto. Silvia considera que fue una situación que, por la intensidad de los golpes y la fuerza del agresor, podía salirse de las manos y ocasionar incluso, el riesgo de asesinato. En esta escena se expresa aún la rabia de haber sido golpeada por un hombre, y la manifiesta: *“yo quedé con la cara morada, yo tenía la cara morada, de un golpe de iun hombre!, entonces claro, me miraba al espejo y todo el tiempo, [la rabia] que tenía “fuuuu” [hace varios sonidos]”* (Silvia, testimonio, mayo de 2015). Para Silvia haber sido golpeada por un hombre denota pérdida de la dignidad, vulneración y subvaloración.

Caso de Marcela

Marcela es profesional de las ciencias sociales y forma parte de mi círculo cercano. Fue violentada a los 27 años, su testimonio lo compartió a los 31. Posterior a su recuperación enfocó su experiencia profesional en la indagación sobre asuntos de violencia contra las mujeres.

Marcela fue acosada sexualmente por un compañero de trabajo, quien aparentemente estaba interesado y preocupado por el índice de violencia sexual en el contexto barrial donde laboraba. Marcela sabe de su preocupación a partir de una discusión sobre las violencias sexuales en la infancia, tras enterarse del alto índice de abusos en el contexto donde ella desarrolla las actividades. Él apoya la moción socializando las dinámicas del asunto en el barrio. Este aspecto previo a la violencia llama la atención de Marcela en el momento del acoso sexual tras la expresión del agresor *“¿ahora ya entiendes por qué los cartageneros somos vulnerables para el abuso sexual?”* (Marcela, testimonio, 2015). Pregunta que refuerza el estereotipo del varón instintivo. Esta expresión genera diferentes preguntas en Marcela: *“¿me la estaba cobrando? ¿Es que de alguna manera me estaba diciendo no me meta en eso? [en la indagación por la problemática en el barrio] o ¿estaba diciendo simplemente que como van tantas turistas pues tanta gente de otra parte para ellos es inevitable*

²⁹ Comunicado que denuncia socialmente la violencia ocurrida entre Silvia y el compañero de trabajo. Éste lo envía por correo a diferentes organizaciones sociales, tras la justificación de los actos por parte del entorno laboral donde laboraban ambos sujetos.

aguantarse ante eso, y más cuando están mujeres solas? Yo decía como que yo no entendía todo eso, pues lo que había querido decir” (Testimonio, Marcela, noviembre de 2015).

En este caso, la violencia que fundamenta el agresor a partir de una pertenencia geográfica-cultural, expone la manera en que la socialización de género se configura de acuerdo a contextos socioculturales locales. De acuerdo a la Organización Panamericana de la Salud (2003) “En muchos ámbitos culturales se sostiene que los hombres no pueden controlar sus impulsos sexuales y que las mujeres son las responsables de provocar esos deseos (...). En las sociedades donde la ideología de la superioridad masculina está muy arraigada, y se hace hincapié en el predominio, la fuerza física y el honor de los hombres, la violación es más habitual” (p. 176 y 179). Aspecto que explica el contrato sexual expuesto por Pateman (1995) cuya dominación del varón se justifica culturalmente, de acuerdo a este relato, como un asunto del orden biológico impidiendo así su cuestionamiento social. En este sentido, resulta significativo comprender la expresión utilizada de *los cartageneros, en tanto estereotipo de varón instintivo e hipersexualizado*.

Marcela no notó indicios en su compañero y quizás la confianza surgió tras su compromiso por el trabajo comunitario y su apuesta política; y aunque llevaba muy poco tiempo de conocido, la confianza se reforzó por las relaciones positivas con el equipo de trabajo. El acoso sucedió cuando el grupo con el que estaba Marcela se dirigía a su lugar de descanso después de una fiesta. El sujeto solicitó que le permitieran quedarse, ya que su lugar de vivienda estaba lejos de allí. Todas las mujeres aceptaron, pues ya se había tejido un vínculo de confianza. Sin embargo, estando allí, Marcela advirtió que algo no andaba bien, sentía intranquilidad e incomodidad; observó señales que le crearon sospecha, como observarlo caminar por el espacio sin poder conciliar el sueño, notar cómo revisaba las chapas o cerraduras de las puertas de las habitaciones donde dormirían sus compañeras de trabajo. Esta conducta la inquietó, pero en sus compañeras pasó desapercibida. Sin embargo, horas después se materializa su miedo con el acercamiento repentino y brusco del agresor hacia ella, intentando tener un encuentro sexual de manera desesperada. Situación que, según el relato de Marcela, en principio no iba solo dirigida a ella,

Y cuando ya me desperté por la mañana, apenas abrí los ojos, el hombre estaba adentro de la habitación y estaba parado en medio de las dos camas donde estábamos durmiendo. Y era mírenos, y mírenos, pues como que miraba a las unas y a las otras. Entonces, yo me asusté cuando lo vi, porque era como que yo había estado tratando de proteger el entorno toda la noche, y justo me había quedado dormida, y justo abro los ojos y lo primero que veo es el tipo, entonces de una me timbré, y mi reacción, pues no sé por qué, fue levantarme de una de la cama e irme pa' afuera. (Marcela, testimonio, noviembre de 2015)

Marcela busca entender las motivaciones que llevaron a su compañero de trabajo a violentarla. Piensa que el agresor confundió la actitud de alerta de ella con un interés sexual. Ante estas dudas y los cuestionamientos de su entorno laboral, manifiesta la necesidad de explicar cómo se dieron los hechos buscando evitar la justificación del accionar del agresor.

Caso de Liliana

Liliana, profesional del área social, es una mujer de 29 años cuando comparte su testimonio; tenía 25 en el momento de la violencia. el acercamiento se dio por el vínculo de amistad con la investigadora. Ella vivió un intento de abuso sexual por parte de un compañero de trabajo. Liliana manifiesta que hubo dos factores que le generaron confianza hacia él, su compromiso con la defensa de los derechos humanos en la zona donde laboraba Liliana y su edad adulta. Sin embargo, dicha confianza se desmoronó al transgredir su espacio personal un día cualquiera después de haber terminado la jornada laboral y sentarse a conversar junto a unas cervezas, mientras llegaba la hora del viaje a la ciudad donde ellos vivían,

Nos montamos al bus, y yo normalmente siempre cargo una cobija, (silencio) entonces nos montamos y yo quedé fundida, quedé profunda porque tenía “polas”³⁰ y además yo duermo mucho en el bus. (...) Llegó el momento de madrugada que yo sentí como algún movimiento y me despertó, tenía el pantalón desabrochado y el “man” me estaba intentando manosear³¹, pues me estaba “manoseando” pero todavía no había... todavía estaba en el momento en que estaba manoseando sobre el pantalón. (Liliana, entrevista, diciembre de 2015)

³⁰ Sinónimo de cerveza.

³¹ Tocar algo de manera repetitiva.

Su reacción ante la situación fue enviar alguna señal para que el hombre se percatara de que se había dado cuenta del hecho y se alejara. En ese momento sintió gran confusión con el suceso, y aún más por el causante. Por eso, no pudo emitir palabra alguna,

Entonces como que yo me moví brusco porque sentí una impotencia, como que era un tiempo para analizar qué era lo que estaba sucediendo, porque no entendía, así uno sepa qué es lo que sucede, a uno se le des-configura todo porque empieza a pensar quién es el otro, yo por qué entonces estoy con este “man”, y por qué este “man” está teniendo estas confianzas que está teniendo, porque en ningún momento la amistad se había prestado para esas vainas. Ni el “man” se había insinuado de otra forma. (Liliana, entrevista, diciembre de 2015)

El silencio la acompañó en todo el viaje. Cuando llegan al lugar de destino, ella dice que solo tenía afán de apartarse de su compañía y alejarse del lugar. Manifiesta, también, que tras el desconcierto le afloraron preguntas como *“¿yo qué había hecho para que me pasara eso a mí? ¿Qué cosas había hecho ese “man” en el campo o en donde trabajaba?”* (Liliana, entrevista, diciembre de 2015). En estas preguntas y en su relato, se manifiesta la confrontación con la búsqueda de aspectos que expliquen el motivo de la situación, que justifiquen el acercamiento del otro, del sujeto que era de su confianza. En ese primer momento no se reconoce la acción como violencia.

En momentos posteriores al desafortunado evento, Liliana reflexiona, reconoce la situación vivida como una transgresión a su espacio y a la confianza que había dispensado al agresor. Manifiesta su desconcierto y crítica las ideas preconcebidas que suelen construirse sobre ciertas personas. En ese sentido se refiere, en especial, a los compañeros de labor que en temas específicos hacen referencia, por ejemplo, a los derechos humanos y en quienes se forja la seguridad de que nadie va a hacerle daño. Este tipo de suceso le mostró lo contrario. Asimismo, plantea dentro de su reflexión que este tipo de abusos pueden provenir de la cultura machista de algunas zonas del país, donde se naturaliza la violencia aceptando que “el hombre para demostrar su ser macho tiene que estar en pro de [lo sexual], si no es mal visto socialmente” (Liliana, entrevista, diciembre de 2015) y es la mujer quien se tiene que cuidar.

Siguiendo estos testimonios, en las entrevistas a profesionales institucionales (2015) identifiqué dos posiciones en el imaginario social respecto a la violencia sexual, una que articula la responsabilidad de la víctima, y otra que fija la sexualidad como

instintiva en el varón. La primera se refiere a que el agresor considere que cuando una mujer accede a salir con un hombre, tomar licor, bailar o tener una relación de confianza, está aceptando al mismo tiempo un encuentro sexual. El hombre al sentirse rechazado utiliza la agresividad para el acercamiento sexual. La segunda plantea que la falta de auto-cuidado por parte de la mujer y la ausencia de un protocolo de protección para sí misma que esté relacionado intrínsecamente con el nivel de autoestima, hacen que una mujer se arriesgue a vivir una violencia cuando la situación muestra indicios evidentes de este tipo. Sin embargo, esta idea se ubica en una línea delgada que puede llegar a justificar la postura social vinculada con la responsabilidad en la mujer respecto a estas agresiones.

Igualmente, plantean la problemática de educar mujeres para protegerse de las posturas dominantes de los varones, pues este enfoque configura actitudes que las posicionan en estados defensivos y de desconfianza *“yo podría salir a la calle en pelota si me da la gana y nadie tendría por qué agredirme, no violarme, ni maltratarme porque esa es mi libertad y mi derecho, y el otro tendría que tener la capacidad de no acceder a mi si yo no quiero. Entonces tenemos una sociedad inversa, nosotras somos las que nos tenemos que cuidar de otros que tienen cierto permiso para violentar, violar o agredir”* (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015).

De esta manera, tanto los testimonios expuestos como este análisis desde las profesionales institucionales entrevistadas, ponen en evidencia la sujeción de las mujeres a los varones. Aquí se pudo observar el derecho naturalizado que se arrogan los varones de acceder al cuerpo de las mujeres. Derecho que observamos en la propuesta de Pateman sobre la existencia de un contrato sexual entre varones (1995) donde la violencia contra las mujeres se manifiesta como un modo de sostener dicho contrato. Es la vigencia de este contrato sexual, que, aunque imperante, es ocultado. Se dispone del cuerpo de las mujeres con o sin su consentimiento, acompañado con una serie de representaciones sobre la mujer y el varón que legitiman el ejercicio de la violencia de estos últimos. En consecuencia, este orden cultural valida la violación o el abuso como una reacción instintiva del varón, o como un estado de vulnerabilidad de este frente a una “provocación de la mujer”. La división de ámbitos, roles, comportamientos que el contrato sexual establece, legitima el ejercicio de la violencia y permite acudir a ella

como una forma de disciplinamiento (Segato, 2013) a las mujeres que “osan” transitar el espacio público. De esta manera los varones violentos hacen valer su derecho sexual sobre ellas, sometiéndolas y exponiendo su poder ante el resto de sus pares.

Violencia sexual en el ámbito no íntimo

Ejercida en grupo

La violación entró en el derecho por la puerta trasera, como si fuera un crimen contra la propiedad de algunos hombres por otros hombres. Las mujeres, por su puesto fueron consideradas la propiedad. (Brownmiller, citada en Martín, 2007)

Con el concepto de *violencia ejercida en grupo* me refiero a la agresión sexual en la que participa más de un agresor. Los testimonios aquí expuestos tienen la particularidad de ser violencias ejercidas por actores armados. Para el caso de Doris, por actores armados, paramilitares -miembros del Bloque Cacique Nutibara-Y en el caso de Maritza, por delincuencia común, grupos en la modalidad de pandillas, presentes en los barrios periféricos de la ciudad.

En estos testimonios se corrobora el planteamiento de Segato sobre la violación como refrenda dentro de un grupo de hombres. Por ejemplo, en el caso del testimonio de Doris, para mantener el estatus del grupo armado que ejecuta la agresión, y en el caso de Maritza, agredida por una pandilla barrial, para demostrar la virilidad y el poderío sobre las mujeres del barrio que comandaban (aspecto que se desarrollará más adelante).

En el caso referido al conflicto armado, se recuerda que, en general, en dicho contexto la violencia sexual se dirigió a mujeres de diferentes edades y se ejerció en grupo; aspecto que no se diferencia de la violencia ejecutada por pandillas, según lo demuestra el testimonio de Maritza. En el ejercicio de esta violencia se observó la estigmatización por género, humillación y cosificación (Grupo de Memoria Histórica, 2013) presentes también en los testimonios que hacen parte de esta tesis.

En las investigaciones realizadas sobre violencia sexual ocurrida en el marco del conflicto armado, en concordancia con el caso de Doris que expondré más adelante, se observa la presencia de dos aspectos del ejercicio de la violencia sexual que se exacerban

en dicho conflicto: *el motivo y los factores de riesgo*. El primero se refiere a la sanción de comportamientos, como la independencia y autonomía de las mujeres; y el segundo, a la sanción hacia las mujeres que se desempeñaban como lideresas comunitarias, rol que las ubica en el espacio público. Este aspecto permite observar la manifestación de este ejercicio de la violencia (en el marco de este conflicto) como acto disciplinador con intención punitiva (Segato, 2013) de los comportamientos considerados como inapropiados para la configuración del orden social impuesto por el grupo armado para reforzar las normas de conducta buscando mantener a las mujeres dentro de su rol doméstico (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

En esta violencia en grupo se plantea la *violencia expresiva*, que para Segato, el “dominio, soberanía y control son su universo de significación” (2013, p. 21). Así, en este contexto nombrado, la violencia sexual se ejerce para enunciar el establecimiento de reglas, dominación del territorio, evitar perder el dominio del mismo, establecer sanciones. En el caso de las mujeres violentadas, estas sanciones se expresan en su cuerpo y en su sexualidad. Sumándose a ello, en la violencia ejercida por pandillas y de acuerdo al caso de Maritza, el ejercicio de la violencia sexual como muestra de la reafirmación de la virilidad de este grupo, mensaje enviado para las mujeres del barrio donde operan.

Doris y Maritza fueron violentadas sexualmente por más de un actor armado. Doris, fue violada dos veces dentro de su casa, inicialmente por 4 agresores y una segunda vez por 2 agresores miembros del grupo paramilitar Bloque Cacique Nutibara que comandaba el barrio. Maritza, violentada sexualmente en repetidas ocasiones - inicialmente abusada por su novio delante de los miembros de la pandilla a la que pertenecía- y la última vez drogada y violada por todos los miembros de la pandilla, incluido también su novio; agresión que la lastima considerablemente, la alerta y motiva a contarle a su madre.

Caso de Doris: agresores paramilitares en el marco del conflicto armado

Doris, con 38 años en el momento del testimonio y con 24 años al vivir la violencia, fue contactada con la ayuda de la coordinadora del programa de derechos humanos de las

mujeres y ciudadanía de la corporación Mujeres que Crean. Aunque en varias ocasiones ha contado su experiencia, para participar en esta investigación necesitó darse su tiempo; una vez lo decidió, muy amablemente relató su historia siendo minuciosa con los detalles.

Doris vivía en la comuna 1 donde comandaban las milicias urbanas. El barrio se consideraba tranquilo hasta el ingreso del grupo paramilitar Bloque Cacique Nutibara a finales del año 2001. Este grupo impuso su propio orden social a través del cobro de vacunas o impuesto a los negocios para sostenerse económicamente; y por medio de la coacción respaldada en normas como la determinación de los horarios para transitar en el espacio público,

(...) ya principiando en el 2002 comenzamos a ver las paredes pintadas, que ellos llegaban, (...) los paramilitares llegaban de noche, y ya cuando amanecía encontrábamos las paredes pintadas. Decía: “Ya llegamos y nos vamos a quedar, bloque Cacique Nutibara”. Entonces yo preguntaba, yo no sabía qué era eso, y pintaban AUC. Entonces yo comencé a averiguar qué era eso. Entonces, de pronto sí comencé con un poquito de temor, pero más sin embargo yo seguí en lo que estaba. (Testimonio, Doris, junio de 2015)

El Bloque en la gobernabilidad del barrio desplaza a las milicias a través del asesinato, la desaparición y la expulsión; cultivando así el temor. Ante ello, las mujeres protegían a sus hijos por el riesgo de ser asesinados o reclutados para el grupo paramilitar.

Doris luego de separarse de su esposo, llega a esta comuna proveniente de un barrio aledaño; allí instala un puesto de comida rápida, para sostener su hogar. En el nuevo barrio continúa su ejercicio de lideresa con el cual se había caracterizado desde tiempo atrás. La violencia hacia Doris se inicia tras el intento de apropiación de su negocio a través del consumo sin pago y del cobro de vacunas; acciones que afectan la economía y la ética de Doris, “_Anote eso en el cuaderno de pérdidas” (...) _ ¿O sea que yo voy a trabajar para ustedes? ¡No! eso es injusto, a mí nunca me han gustado las injusticias” (Doris, testimonio, junio de 2015).

La retaliación paramilitar hacia Doris se enfocó en dos aspectos de su vida: *Sus hijos y su sexualidad*. Los paramilitares inicialmente intentan reclutar a uno de sus hijos, se lo llevan amarrado y le obligan a consumir marihuana. Su madre lo busca sin desistir, lo encuentra, lo defiende y logra recuperarlo. Esta situación agudiza el conflicto

con el grupo paramilitar, recibe amenazas de muerte contra todos sus hijos y coartan la libertad de toda la familia *“Desde ese entonces mis hijos no salían, no iban a estudiar, ninguno, ninguno. Yo iba a salir al centro [de la ciudad], no me dejaban, me bajaban de la buseta, del micro-bus, de lo que fuera, si me montaba a un taxi me bajaban. No me dejaban salir, no me dejaban salir”* (Doris, testimonio, junio de 2015).

Ante esta situación, ella decide aprovechar el trasteo de una de sus vecinas y sacar a sus hijos del barrio dentro de un armario de ropa. Piensa en cada estrategia, y finalmente lo logra. Días después cuatro actores armados se dan cuenta de lo sucedido y, en venganza, la buscan en su casa en horas de la noche para violentarla sexualmente; acompañan el acto con el consumo de droga,

(...) llegaron, comenzaron a tocar la puerta, yo: “¿Quién es?” (...) Entonces me dijo: “Somos del Bloque Cacique Nutibara y necesitamos hablar con usted”. -Vea yo me imaginé que era que me habían cogido mis dos hijos pequeños, que los tenían reclutados quién sabe dónde, bueno, yo me imaginé un montón (...)-. Yo abrí la puerta, muerta del miedo, y lo primero que me encuentro es con un arma que me estaba apuntando la cabeza, y con esa misma me empujaban, y yo comencé a caminar de pa' atrás (...). Cuando fueron 4 tipos que "dentraron" (silencio) y lo primero que hicieron fue tirarme a la cama, me rasgaron la pijama, me rasgaron la ropa interior (voz temblorosa, silencio) y desde esa hora comenzaron a abusar de mí porque me amarraron de pies y manos (...). Y abusaron de mí toda la noche (silencio) ellos 4, tomaban, inhalaban cocaína (voz triste) (...). Y a las 7 de la mañana del otro día se fueron (...) (voz triste, silencio). Cuando ellos se fueron (...) todavía estaba yo amarrada, pero uno de ellos se devolvió, abrió la puerta, la empujó, y me desamarró la mano izquierda, y me dijo: **“Esto le pasó por ponerse de viva”**. (Doris, testimonio, junio de 2015)

Un mes después vuelven dos paramilitares y repiten la violencia, *“Yo dije, yo no aguanto más, dije, no aguanto más. Yo me voy a ir de aquí, así sepa yo que en la ida me van a matar, pero yo ya no aguanto más”* (Doris, testimonio, junio de 2015). Después de haberse resistido a obedecer, la arremetida contra su cuerpo la impulsa a abandonar el barrio. En el nuevo barrio donde se trasladó vive un nuevo desplazamiento, pero logra finalmente estabilizarse; comienza, entonces, un proceso jurídico y un camino de reparación personal.

La violencia sexual que vive Doris fue ejercida como arma de guerra, estrategia utilizada dentro del Conflicto Armado contra el cuerpo de las mujeres. Estrategia con la finalidad de ejercer coerción social para perpetuar el dominio de los agresores a través

de la marca de todo un grupo armado en el cuerpo de la mujer, considerado como territorio de guerra. Estas tácticas siniestras para romper el tejido social, fortalecer la dominación masculina, tienen, también, la intencionalidad de cobrar venganzas y destruir la moral del enemigo (Ruta Pacífica de las Mujeres, 2013).

En Doris se utilizó la violencia sexual como represalia por su condición de liderazgo y como arremetida por mostrarse más astuta que el grupo paramilitar en cuanto a la defensa de sus hijos, de acuerdo a la frase señalada posteriormente a la agresión *“Esto le pasó por ponerse de viva”* (Doris, testimonio, junio de 2015).

Caso de Maritza: pandilla-grupo delincuencia barrial

Maritza con 23 años de edad y 14 al momento de la violencia, fue contactada por una líder barrial de la Red de Derechos Sexuales y Reproductivos. Al principio se muestra como una mujer corta en palabras, tímida y un poco confundida, luego entra en confianza y logra narrar de nuevo su historia acompañada de lágrimas al remover su pasado. Agradeció la escucha y destacó la importancia que tiene para ella hablar del tema sin ser señalada.

Maritza tiene un carácter tímido, en la adolescencia se le dificultaba salir de su casa y relacionarse con otras personas, rasgo que siempre causó preocupación a su madre. Como búsqueda de solución, su madre le presentó a un hombre que conoció en una tienda, y quien le pareció simpático y digno de su confianza. Decide relacionarlo con su hija con la pretensión íntima de que la ayude a abrirse al mundo. Maritza se acercó a este hombre y, luego, estableció una relación de noviazgo. Al mes de noviazgo se dio cuenta que su novio hace parte de la pandilla del barrio dedicada al expendio de drogas. Sin embargo, no se alejó de él, decisión que le atribuye al enamoramiento, entendido como el aspecto o el estado emocional que la detenía para comprender las consecuencias de estar con él y salir de la relación *“No, yo no hice nada. Como dicen por ahí: “Uno es que tragado”³². Lo acepté. Pero yo no pensé que él era así, y me hizo ese daño”* (Maritza, testimonio, noviembre de 2015).

A partir del mes de noviazgo la relación cambia y pasa del respeto a la extorsión, le exige agresivamente relacionarse sexualmente con él delante de sus amigos, y con sus

³² Enamorado.

amigos delante de él, como acto de amor. Maritza se siente extraña pero acepta. El episodio se repite varias veces. Aunque después de cada situación sentía culpa, el enamoramiento -que nombra constantemente- no le permitía dejar la relación, en cambio, mantenía esta dinámica “(...) *no sé qué me gustaba porque él era un hombre muy, que maltrataba, que maltrataba, no valoraba a las mujeres. Entonces no sé qué era lo que me apegaba a él. No sé cómo, no sé cómo explicar eso, no sé qué era porque él era un mal hombre, pero yo no sé qué es lo que me hizo sentir quererlo*” (Maritza, testimonio, noviembre de 2015).

En una ocasión, Maritza sospecha que puede estar embarazada y le comenta a su novio. Él le propone irse de casa, ella confía en su ofrecimiento y se dispone a salir en secreto,

Yo me volé esa noche, y cogí las llaves de la casa y me volé, me tiré por el balcón para ir a hablar con él. Pero ellos, era él y eran otros tres, me ofrecieron trago y de ahí yo no me acuerdo más, y ya esa noche yo no me acuerdo más. Al otro día me levanté muy mareada porque me llevaron a la casa, tenía los interiores volteados (silencio) tenía, pues yo pensé que no me había sucedido nada, yo me reía, yo decía, pero... Y después yo vine a caer en cuenta, pero como yo no le dije a mi mamá ahí mismo sino como al mes. Entonces al mes me empezaron a hacer todo [procedimientos médicos y legales], pero ya era demasiado tarde. Y ellos yo no sé qué me hicieron (voz de lástima, silencio) no sé... (Maritza, testimonio, noviembre de 2015)

En el testimonio, Maritza nombra esta aceptación de la propuesta de su novio como una postura inocente de su parte y, nuevamente, como producto del enamoramiento. Este episodio de violencia sexual resulta ser significativo para ella, marca una ruptura en su relación y plantea que la situación dividió su vida en dos “*yo me volé de la casa, y ahí fue donde empezó todo mi infierno*” (Maritza, testimonio, noviembre de 2015). El aspecto que alteró la relación fue la posibilidad de embarazo; entonces, la madre del agresor le quita toda responsabilidad, y él desaparece de la vida de Maritza. Posteriormente, en la cotidianidad del barrio encuentra burlas de los miembros de la pandilla que se referían a esa noche.

Sobre su novio como principal agresor, Maritza no tiene conocimiento de su vida personal, no sabe en qué lugar nació, a qué se dedicaba (a parte de las tareas dentro de la pandilla). Posterior a la agresión sexual él estuvo preso por un tiempo, por acciones emprendidas en la pandilla no relacionadas con esta situación de violencia sexual.

De acuerdo al testimonio de Maritza, la violencia sexual es una agresión que hace parte de las prácticas de la pandilla, recurrentemente utilizan a mujeres del barrio, engañándolas con invitaciones a beber licor, para luego drogarlas. Estas agresiones sexuales se divulgan en el barrio cercano a los miembros de la pandilla como una muestra de honor y hombría.

De acuerdo a Segato (2013) el ejercicio de la violencia sexual ejercida dentro de grupos criminales busca configurar la ley y el dominio del grupo. Asimismo, esta violencia, al presentarse fuera del espacio doméstico, busca reforzar y exhibir la virilidad. Para el caso de Maritza, reafirma la hombría al interior del grupo y hacia el exterior refuerza los roles de género en el contexto barrial.

Efectos de la violencia sexual

Los diferentes tipos de violencia sexual afectaron las dimensiones emocional, física y social de las mujeres testimoniantes, las narraciones permiten observar la afectación emocional de acuerdo a la etapa en la que se presenta la violencia. En los casos ocurridos en la infancia se observa confusión entre el comportamiento del adulto y la sensación de malestar que deja la agresión, la cual no es reconocida como tal. En los casos de violencia sufrida en la adultez se muestra angustia, dolor, miedo y confusión, que se complejiza en el abordaje de la situación durante el tránsito de las rutas institucional y afectiva.

En los efectos posteriores a la violencia en la juventud y adultez se evidencian las secuelas de un evento estresor manifestadas en miedo para continuar con las actividades cotidianas, pérdida de la libertad exteriorizada en el temor para salir al mundo pues el riesgo de vulneración se convierte en una constante “la otra parte que me parece muy dura es la afectación porque quedan los residuos (...) y lo inseguras que quedan las mujeres frente al mundo” (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015). El referente de peligro se expresa también a través de los sueños, que se creen reales y que denotan amenaza y persecución, así como la somatización del dolor y miedo causado “*hace que ella esté totalmente despersonalizada de esta realidad y que los miedos los ponen afuera y que ese miedo la persigue*” (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015). A

largo plazo se constata la afectación en la vida sentimental y sexual, como también, en la relación cotidiana con los hombres en general,

Porque yo empecé a tener muchas pesadillas, yo empecé a ver una mujer que se paraba al lado -supuestamente yo estaba despierta porque yo abría los ojos- y era una mujer que se me paraba al lado, que era a la vez como una niña grande, y me empezaba a mirar con lástima, y a medida que le empezaba a mirar la cabeza la empezaba a bajar como hacia un lado, y toda la parte de su cara del lado que bajaba se empezaba a descolgar, entonces yo me asustaba, y muchas pesadillas, me despertaba mucho asustada. (Marcela, Testimonio, noviembre de 2015)

Durante la vivencia de la violencia sexual se manifiesta la sensación de muerte, latente por su nivel de intimidación y el ejercicio de violencia física y psicológica, en algunos casos de manera sutil y en otros evidente. Marcela mira hacia la cocina temiendo que en algún momento el agresor pueda agarrar un cuchillo y logre su cometido o, quizás, que en su defensa cause una situación sin control así que, sigilosamente va inventando una estrategia para detener el acoso. Diana recuerda a su prima asesinada por la pareja y se aferra al silencio como protección, pues teme que la furia del agresor la lleve a la muerte. Silvia en el forcejeo para evitar la violación manifiesta que si no hubiese pedido a gritos la ayuda de sus vecinos-as él la hubiera podido matar. Los morados y la hinchazón de su cuerpo demuestran la furia del abusador. Doris teme que ante la denuncia del caso lleguen por ella, esta vez para matarla, pues en el momento de pedir ayuda a la policía olvida la relación entre paramilitares y miembros de la fuerza pública en el barrio. El reconocimiento de este vínculo le genera la humillación de llevarse de nuevo su historia a casa,

A mí me dio como tanta tristeza eso, y yo me llené en ese momento de temor porque me acordé que los integrantes del bloque cacique se mantenían tomando tinto con ellos [con la policía], tomando gaseosa en el “cuadradero”³³, entonces yo le dije: “señor muchas gracias, por todo el tiempo prestado, muchas gracias”. Yo llorando me devolví para mi casa. (Doris, testimonio, junio de 2015)

Renata permite que el abuso continúe, porque teme las amenazas de muerte del agresor, tanto contra ella como a su madre. Melisa, ante la obsesión del compañero de estudio, siente que en cualquier momento le dé una puñalada por la espalda.

³³ Parqueadero de buses.

Transcurrido el tiempo de la violencia sienten rabia, malestar, confusión al no comprender emocionalmente por qué ellas pasaron por todo esto. ¿Por qué este tipo de reacciones de aquellos hombres que fueronpreciados como cercanos a cada una (padres, familiares, compañeros de trabajo y estudio)? Surgen otras preguntas ¿será que estaba enfermo? ¿Será que se salió de control? Quien vivió la violencia en la niñez no entendía por qué su padre o su primo tendrían esta fijación en ellas. Quienes vivieron la violencia en su adultez se confrontaron con la desilusión que produce la traición a la confianza depositada en sus compañeros de trabajo o estudio, en sus parejas, en el docente como figura de autoridad académica, y más cuando esos compañeros fueron hombres comprometidos con la defensa de los derechos humanos; características que se salen del estereotipo del agresor del que la sociedad siempre ha invitado a protegerse. Estereotipos contruidos desde el sentido común que refiere a hombres violentos de bajos recursos y bajo nivel académico, con características físicas que no están dentro del prototipo de belleza establecido, con ropaje sucio y descuidado. Al respecto, la experiencia de esta agresión le muestra a Margarita que a la violencia sexual la atraviesan otros asuntos, esos que se insertaron en la cultura para naturalizar la dominación de un sistema patriarcal,

Tan charro que los abusadores sexuales, o sea, el que menos cree uno ese es, no son psicópatas, maniáticos, o sea, no son personas locas, no son personas pues que uno diga: este... no, no son personas desagradables, no son personas sucias, son personas, es más, son gente hasta de bien (adelgaza la voz), son personas bella gente, son personas que uno no se imagina que, en su mundo, que en su cabeza tengan una cosa de estas. (Margarita, testimonio, mayo de 2015)

Con referencia a este contexto, Segato (2006) plantea que el feminismo saca estos comportamientos violentos del espacio de anormalidad social y patológico, al considerarlos como “expresiones de una estructura simbólica profunda que organiza nuestros actos y nuestras fantasías y les confiere inteligibilidad. En otras palabras: el agresor y la colectividad comparten el imaginario de género, hablan el mismo lenguaje, pueden entenderse”(Segato, 2006, p. 13).

En las mujeres agredidas sexualmente en su infancia y adolescencia, el cuestionamiento y la identificación de la situación como agresión sexual sucede en la etapa de juventud o adultez a través de búsquedas personales, de la relación con su

cuerpo y con su sexualidad. Aspectos que muestran la ausencia de educación sexual en la infancia y falta de acompañamiento de un adulto que posibilitara identificar la incomodidad y el repudio como el resultado de una práctica inadecuada por parte del adulto.

De acuerdo a las profesionales institucionales entrevistadas (2015), las repercusiones psicosociales manifiestas en cada etapa del desarrollo son mayores cuando la violencia se presenta a temprana edad. Entre las afectaciones más comunes se encuentra depresión, dificultad para disfrutar, para asumir la propia vida; a la vez se pone en entredicho la capacidad para abordar los conflictos. Se manifiesta necesidad de aprobación y temor hacia la confrontación del dolor emocional, por ello hablar de la situación se dificulta y se presenta resistencia encubriendo con la atención hacia las necesidades y/o bienestar de los otros “(...) como si quizás a través de eso le encuentren y les dé un sentido para sus vidas, hay también una evitación al dolor muy grande” (Psicóloga Secretaría de Equidad y Género entrevista, agosto de 2015).

Siguiendo a las profesionales institucionales entrevistadas (2015) en los casos donde la incidencia de la violencia es más fuerte en la psiquis de la mujer, se distorsiona el cuerpo percibiéndolo como ajeno, afecta el desarrollo de la capacidad cognitiva en el proceso de crecimiento, genera infantilismo e imposibilidad para tomar decisiones, y dificulta la relación con los otros *“hay tipos de violencia que ya te marcan tanto de acuerdo al momento exacto en el que llegaron (...) generan trastornos de personalidad que ya no son reversibles. (...) [Se puede hacer un proceso para] que sea funcional [para] que [así] ella no sufra tanto”* (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015), los traumas instalados imposibilitan la reparación, y por ende la re-integración en la vida social.

Otro de los aspectos que suceden en la negación de confrontación es la somatización de la experiencia. El cuerpo requiere de mayor atención aislando a la mujer del episodio de violencia sexual *“y es que me angustio que, porque mi abuela está enferma, o porque tengo que hacer esto, porque esto me demanda lo otro, porque mi salud no es la mejor”* (Psicóloga Secretaría de Equidad y Género entrevista, agosto de 2015), entonces la somatización resulta como un medio que permite evitar hablar del tema.

En los testimonios, Renata reconoce la agresión sexual en el segundo abuso ocurrido en la adolescencia, cuando expresa rabia hacia el agresor tras la impotencia por no poder salir de la situación, y por la ausencia de apoyo “(...) *me acuerdo que el bus de mi casa pasaba por ahí, yo lo veía ahí sentado y a mí me provocaba matarlo. Yo decía: “qué rico yo tener el valor”; y busqué quién me lo hiciera, y no, no lo logré, pues no, gracias a mi dios también.*” (Renata, testimonio, diciembre de 2015).

En Maritza, la rabia que no puede desahogar en el agresor se vuelca hacia ella a través del rechazo de su propia vida. Ella intenta suicidarse, se hace cortes en los brazos, se exagera la falta de autoestima, el rechazo de su cuerpo y la falta de merecimiento “*Yo me sentía muy sola y ahí es donde existían las depresiones, porque yo decía no hay solución, no hay nada, yo pa' qué estoy aquí, nadie me cree*” (Maritza, testimonio, noviembre de 2015), las acusaciones más fuertes se las hizo hacia sí misma, más que recibirlas de los entornos en los que habitaba “(...) *si las palabras mataran (sonrisa) yo ya estuviera muerta, yo no estuviera aquí*” (Testimonio, Maritza, noviembre de 2015). Contrario a Margarita, en quien la incomprensión de lo sucedido y la constante atención hacia su padre los manifiesta en su personalidad retraída “*Mi forma de ser y mi alegría la vine a adquirir mucho después porque uno es muy retraído, o sea uno se encasilla en uno, y uno quiere estar en un rincón, ojalá que nadie lo mire a uno, que nadie lo toque a uno, comer solo*” (Renata, testimonio, noviembre de 2015).

En Marcela la violencia se relaciona con una búsqueda sexual que no se ejecuta, pero que posteriormente genera en ella las sensaciones y los efectos de una violación. Por ende, en la etapa de recuperación no comprendía cómo una mujer realmente violada podía asumir la situación. Inmediato a la violencia se distorsionó la realidad al confundirse con un mal sueño. La violencia coarta la libertad de Marcela, pues ésta interfiere en la tranquilidad y la valentía con la que ella viajaba por distintos lugares por su profesión, aún más, cuando en la búsqueda de solución a su situación se dio cuenta que no era la única que había pasado por una agresión sexual dentro de su gremio,

Entonces yo empecé a generar como un temor de empezarme otra vez a mover en esos espacios, cuando antes yo era muy tranquila con eso (...) y eso que yo siempre trabajé en zona roja, y normal; no, yo sentía como que ese hombre se había robado esa valentía y eso me daba mucha rabia. (Marcela, testimonio, noviembre de 2015)

Marcela en su trabajo había tratado con mujeres que fueron violentadas sexualmente, sin embargo, vivir esta violencia en su propio cuerpo le hizo percatarse que carecía de una visión política del asunto. Entonces, Marcela pensaba que denunciar era fácil y así lo hacía saber, pero cuando sucede con ella, percibe que en el intento por defender sus derechos se manifiesta el verdadero lugar que ocupan las mujeres en la sociedad. por lo tanto no sabe qué hacer, qué ruta tomar y esto la confunde más, pues se entrecruzan la razón y las emociones dado que la reacción inmediata a la violencia fue la incompreensión de lo sucedido, la alteración de la realidad al pensar que era sueño, y el temblor constante de su cuerpo, (...) *yo les decía a ellas: “no, hay que denunciar, hay que ir a no sé dónde. Ah, pero usted por qué no va”. Yo decía, no juemadre, pues es que en el momento eso no es tan fácil porque no es solo lo racional*” (Marcela, testimonio, noviembre de 2015).

Margarita y Renata (agredidas sexualmente en la infancia y adolescencia) y Silvia (agredida en su adultez) manifiestan que la violencia tuvo consecuencias en *su vida sexual y en la relación con los hombres en general*. En la vida sexual se presentan tres aspectos: primero, la figura del agresor como fantasma, es decir, aparecen los recuerdos de la agresión dificultando una sexualidad plena; dos, la búsqueda de satisfacción sexual con múltiples parejas; y tres, el sexo como deber. Al respecto, Margarita expresa,

(...) entonces le dice: “Ah, vamos a hacerlo” y entonces uno, o sea uno no es capaz de decir un *no*, uno no tiene ese carácter para uno decir *no*, porque todo el tiempo fue subyugada a una persona que le, pues que uno no quería y uno lo hacía, y eso me pasó a mí, razón por la cual quedé embarazada tan joven, y así sucesivamente. (Margarita, testimonio, mayo de 2015)

Entonces ya uno empieza a indagar de muchas cosas sexualmente, pero todo era hacia él, querer hacerle a él, que él se sienta bien, que él se sienta bien, que él se sienta bien... ni si quiera pensar en mis emociones, las mías no, ah, ah... (Sonido de negación), solamente él. (Testimonio, Margarita, mayo de 2015)

Ante la obligatoriedad sexual durante la infancia y adolescencia crece con la idea de la complacencia al otro. Esta idea se prolonga hasta la adultez imposibilitando la negación. En consecuencia, al expresarse la sexualidad como una ofrenda al cuerpo y al sentir ajeno, se anula su propio deseo.

Respecto a la satisfacción sexual con múltiples parejas, Renata encuentra que, si bien el disfrute era significativo, éste se esfumaba con facilidad generando la necesidad de repetición,

(...) para mí era como una adrenalina, o sea para mí era como tirarme del bon yin yompi, pues o sea yo, yo sentía como ese deseo, como esas ganas; tan rico, yo esto me lo quiero comer, yo esto me lo quiero mandar, qué delicia, y mientras nos dirigíamos al motel o donde fuera yo sentía la adrenalina de la que te estoy contando (lo cuenta con pasión) y pasaba súper, súper rico mientras lo estaba haciendo, y después ¿qué sentía? yo creo que nada, pues yo no, yo creo que no sentía nada, yo creo que el deseo de volverlo a repetir, más bien, más bien, porque era como una adicción, sí, se convertía como en una adicción, yo quiero seguir, yo quiero repetirlo ¿cuándo nos volvemos a ver? entonces ¿cuándo lo volvemos a hacer?. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

En ese entonces las únicas preocupaciones de Renata fueron satisfacerse y ocultar la situación ante su esposo; durante este tiempo no hubo auto-cuestionamientos, ni culpabilización. Estos sentimientos llegan a partir de la negación de uno de los hombres, negación que la confronta con su deseo y revive la historia de abuso en la infancia y adolescencia,

Entonces mira cómo se vuelve una violencia sexual toda la parte de mi vida. Es complicado, es complicado, es difícil, eso lo lleva a uno a actuar de muchas formas en muchos asuntos de una forma equivocada pero bueno. (...) en mi actuar con los hombres, eso es una forma equivocada. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

Tanto Renata como Margarita revelan falta de valoración de su cuerpo, baja autoestima, cuestionamiento sobre la vivencia de una sexualidad que nombran como “sin límites”, desde el placer para Renata y desde la complacencia y obligatoriedad para Margarita.

En los efectos respecto a la relación con los hombres se manifiesta:

- (1) Falta de credibilidad hacia las relaciones sentimentales y ausencia de valoración de los hombres como sujetos, al percibir en todos, características similares al agresor,

No pues porque como ya hay una lectura de los hombres, de que todos son horribles, cierto, de que ninguno, nada. Entonces, una se vuelve más permisiva, coma este, ah no importa venga pues cómase usted el otro, ah, no importa, no importa, cierto, como otros procesos de socialización que no parten de criterios de selección, sino de afinidad. (Silvia, testimonio, mayo de 2015)

En Silvia a parte de la desconfianza, se presenta desinterés por volver a establecer relaciones sentimentales serias; de esta manera, la elección se enfoca en el ámbito

sexual específicamente desde la valoración física, llegando a cosificarlos *“y yo creo que a partir de ese momento me empecé a conseguir hombres inmundos”* (Silvia, testimonio, mayo de 2015). La experiencia que le deja la violencia, no solo del episodio como tal sino de las reacciones que encontró en la ruta de búsqueda la llevan a la conclusión de que *“ningún hombre vale la pena”*.

La experiencia en la terapia psicológica, de acuerdo a las entrevistas realizadas a las profesionales en psicología, evidencia que la dificultad para establecer relaciones sentimentales luego de una experiencia de violencia sexual se presenta generalmente en las mujeres mayores, quienes luego de rechazar el patrón de violencia optan por decidir no volver a estar en pareja. En otros casos se establecen límites respecto al trato con la pareja, pero al transgredir esos límites se da un tiempo de espera, y cuando ellas logran fortalecerse optan por la ruptura.

(2) Desconfianza hacia los hombres como categoría genérica, donde todo hombre se vuelve sinónimo de peligro; y el rechazo a las posturas de dominación masculina latentes en los espacios públicos,

Al poco tiempo, y ya entré yo en pánico, o sea, yo ya donde llegaba, llegaba prevenida, y entonces yo sufría mucho, yo vivía pendiente de todos los hombres porque yo veía a los hombres como esos dañinos, como, ya me van a hacer daño, ya me van a acosar, ya me van a hacer lo mismo, y bueno, entonces yo empecé como a ser pues como muy prevenida en ese asunto (Renata, testimonio, diciembre de 2015).

En la época cuando pasó, yo le cogí rabia a los hombres, y, en la calle si me decían un piropo o algo ¡uy! a mí eso me hería en el alma. ¡Mucha! desconfianza con los tipos, mucha, mucha, mucha... Creo que en la forma de uno vestirse se empieza a cuidar mucho ya, porque a uno no le gustaría que lo miraran ni pa' decirle hola, como que no. Entonces un poco era mi preocupación de cómo yo me iba a seguir relacionando con ellos, porque se había vuelto una cosa muy generalizada, pero eso con el tiempo - supongo que hace parte de esa sanación- y ya se fue quitando; y después de darme cuenta de casos y eso como era más mi repulsión frente a eso, más en la calle, como que yo sentía peligro en todas partes, sentía que cualquier persona me podía hacer daño de esa manera, como que el miedo que le tenía a una violación se había acrecentado (...). (Marcela, testimonio, noviembre de 2015)

El acoso callejero se vuelve sinónimo de riesgo de violencia sexual para las mujeres, éste condiciona su tránsito por el ámbito público y refuerza la necesidad de autoprotección en los espacios que habita *“soy más tajante, más fuerte, (...) trato de dejar unas cosas*

claras, así sea desde la charla como para que el otro sepa desde un inicio las fronteras que hay, creo que en eso me ha marcado [la violencia sexual], sí.” (Liliana, testimonio, diciembre de 2015). El relato demarca la necesidad de generar estrategias de protección en las relaciones cotidianas, que buscan evitar la confusión entre simpatía y amabilidad con el interés sexual.

Al respecto, Liliana considera que en la relación con los hombres está establecida por unos parámetros sociales que posibilitan la confianza, como ser padre de familia, compañero de carrera, entre otros. Entonces que el agresor cumpliera con estos parámetros, le permitió darse cuenta que el asunto de la violencia sexual no pasa por estos acuerdos sociales, pues “esas reflexiones tampoco le sirven a él para respetar a las mujeres, o sea eso le puede pasar a su novia, le puede pasar a su hija, pero eso tampoco como que lo toca” (Liliana, testimonio, diciembre de 2015), la invalidación de estos parámetros refuerza esas estrategias de protección en la relación con los hombres.

De acuerdo a las profesionales institucionales entrevistadas (2015), una de las afectaciones en las relaciones sentimentales -a futuro- se genera cuando el agresor es un conocido/cercano o parte de la familia por la figura de protección y de confianza que estos personajes representan. Entonces “¿cómo aquel que me debe proteger es quien me agrade?, y de hecho terminan muchas usuarias haciendo (...) como una tergiversación de la idea de protección, seguridad y amor” (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015) entonces en la adultez se repite el patrón al relacionarse con parejas maltratadoras “porque relacionaron (...) la persona que te cuida y te protege con violencia y fácilmente eligieron esos objetos de amor, que ese es su patrón cíclico que quedó formado: es que quien me agrade es quien me cuida” (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015).

La violencia sexual impide ver y vivir la sexualidad como placentera, como un asunto agradable transversal al ser humano. En los casos de violencia en la adolescencia y juventud la repercusión se presenta a largo plazo en términos de sensación de repetición del evento y desconexión de la realidad, se mantiene el estado de ansiedad social “entonces en ciertos lugares como en la aglomeración de gente genera ansiedad y no quiero estar ahí (cierto) o ataques de pánico, o cuando hay una situación nueva o

distinta que no sé cómo afrontar entonces de él o de ella, el encierro” (Psicóloga Secretaría de Equidad y Género entrevista, agosto de 2015).

Los obstáculos presentes en la ruta institucional y en los entornos compartidos por el agresor y la mujer agredida (para quienes fueron violentadas por compañeros de trabajo y estudio) acrecientan el dolor y la indignación que produce la violencia sexual. Las posturas de indiferencia, recriminación y justificación de estos entornos, revictimizan y contribuyen a la construcción del estereotipo de la mujer dramática, complicada, alardosa, que se escandaliza ante una situación que no se considera como violación a los derechos humanos. Estos estereotipos infantilizan a las mujeres en la falta de credibilidad de sus historias, y esta falta de credibilidad lastima las emociones y dilatan la recuperación,

(...) como que no creían que yo podía tomar una decisión, como que: “Ah es que usted es igual”. O sea (...) es que eso se lo tienen que dejar hacer. Usted es de las que se queda calladitas, pues. Como que era esa impotencia o sea como que no creían que una podía tener la capacidad de decir: “no, pero por qué me tengo que dejar, por qué me tengo que aguantar inoo!”. (Melisa, testimonio, agosto de 2015)

Para Silvia la indignación que dejó el episodio de violencia sigue latente luego de diez años, la rabia no solo la generó la actitud del agresor y la observación de su cuerpo herido por golpes de un hombre -aspecto que cobra mayor importancia para ella- sino también la reacción del entorno laboral en el que ambos hacían parte,

Cierto, porque no es desmedido que a vos te intenten violar, que te golpeen y que te hagan moretones, y que esté en riesgo tu vida; pero sí es desmedido hacer un comunicado [de denuncia social], eso es desmedido, cierto, porque al tipo además nunca le pasó nada, nunca vio su integridad personal expuesta, ni en riesgo, nada. (Silvia, Testimonio, mayo de 2015)

Este el relato expresa los señalamientos y el silenciamiento que se intenta lograr en Silvia a través de la negación de la violencia y la invalidación de las acciones de denuncia social. La broma, la omisión y la asignación de la responsabilidad en Silvia invisibilizan y justifican la situación, que genera re-victimización y dificulta el proceso de reparación.

Recapitulación

El corpus testimonial da cuenta de la violencia sexual como resultado de un sistema patriarcal que estructura las sociedades atravesando las diversas clases sociales, niveles educativos y edades. El ejercicio de este tipo de violencia tiene por objetivo reforzar las relaciones de poder basadas en el género. Siguiendo a Segato, el sujeto que viola no lo hace porque tiene poder o para demostrar que lo tiene, sino porque debe obtenerlo, pues “La violación siempre es una metáfora, una representación de una escena anterior, ya producida y a la cual se intenta infructuosamente regresar” (Segato, 2003, p. 42). En esta línea se comprende la repetición de estos actos sexuales.

Los casos de Doris y Maritza (agresor, actor armado), Silvia y Marcela (agresores, conocidos/cercanos), y Diana (agresor, pareja) se asocian al *eje horizontal* del modelo de interlocución del agresor propuesto por Segato (2003). En el caso de Doris, se manifiesta la escenificación del poder que tiene el grupo armado (paramilitares) en el barrio en el que habita; y en el caso de Maritza, como reafirmación de la virilidad del agresor dentro de la pandilla y como mensaje de enunciación dirigido hacia las mujeres del barrio. Allí, “la mujer violada se comporta como una víctima sacrificial inmolada en un ritual iniciático; compite con ellos, mostrando que merece, por su agresividad y poder de muerte, ocupar un lugar en la hermandad viril y hasta adquirir una posición destacada en una fratría que sólo reconoce un lenguaje jerárquico y una organización piramidal” (Segato, 2013, p. 23). A su vez, estos casos son la expresión del disciplinamiento de la mujer al transgredir el orden social impuesto por el grupo armado (planteado por Segato y compartido por Silvia Chejter), lugar en el que el estereotipo de la mujer como “puta” vuelve a tomar fuerza, y es enunciado en el momento de la agresión y posterior a ella. En los casos de Marcela y Silvia, este eje horizontal se reafirma con el respaldo de los miembros del trabajo (hombres y mujeres) que justifican la violencia, apoyan al agresor y estigmatizan a la agredida. De este modo, reconfiguran su posición. Este eje horizontal también explica el caso de Diana, cuya agresividad expresa el temor a la pérdida de su posición de control en la relación ante sus pares: trabajadores de su empresa, amigos y hombres que hacen parte de su círculo; y a la vez, su familia.

Los casos de Melisa (agresor, conocido/cercano), Renata (agresor, pareja) y Margarita (agresor, padre) expresan el eje vertical del modelo, por el deseo de apropiación de la soberanía de estas mujeres. El agresor de Melisa reafirma este deseo en todos los espacios en los que es citado para abordar la problemática, incluido el espacio judicial; ninguno de estos espacios le significan autoridad para él, por tanto, no logran ocasionar distanciamiento. En el caso de Renata, su pareja ejerce soberanía sobre su vida a través del rol como hombre proveedor, aspecto que ella reconoce e irrumpe buscando profesionalizarse e ingresar al mundo laboral. El padre de Margarita busca la soberanía sobre el cuerpo de su hija a través de la violencia simbólica que esconde en el acercamiento hacia ella, por medio del juego. En los agresores conocidos/cercanos, la búsqueda de soberanía se manifiesta en las expresiones de agresividad por la falta de correspondencia sexual de las mujeres violentadas.

Los estereotipos de género presentes en estos testimonios son similares en los ámbitos íntimo y no íntimo. La subordinación de la mujer se busca a través de la violencia sexual, la anulación de la autonomía, violencia física y psicológica, y la cosificación. Estos aspectos se refuerzan en los entornos de estas mujeres, como la familia, el trabajo, la academia; y en los entornos en los que buscan un reconocimiento jurídico de la violencia. Los estereotipos más comunes dentro de los relatos de las mujeres testimoniantes corresponden al varón violento que obtiene y comunica poder, y la mujer puta al no acatar su posición dentro del orden de estatus.

Capítulo V. En búsqueda de la reparación

(...) ayuda mucho el entorno en el que uno busca apoyarse, (...) dificulta mucho las cosas tanto rechazo de las instituciones y de la gente implicada; creo que sale doliendo más que la misma situación, al menos a mí me pasó así. Pero que después de uno entender (...) me ayudó mucho para comprender que no puede ser ley que una situación de esas, que vivimos tanto las mujeres, se vuelva una marca imborrable. (Marcela, testimonio, noviembre de 2015).

La búsqueda bibliográfica sobre *reparación* dio cuenta de la escasa producción académica sobre el tema. La producción se asocia generalmente con la reparación jurídica e institucional más que con la reparación simbólica. Esto reforzó mi interés por abordar esta categoría desde la mirada de las mujeres testimoniantes, para quienes significa un proceso de reconocimiento como sujetos y de sanación personal.

Reparación más allá de la mirada institucional

Abordo la búsqueda de reparación por situaciones de violencia sexual como contexto de esta tesis donde se manifiestan los estereotipos de género como mecanismos culturales que expresan, posibilitan, refuerzan y demarcan las relaciones de poder basadas en el género. La reparación como categoría analítica se refiere en el corpus testimonial a la trayectoria recorrida por las mujeres violentadas sexualmente en la búsqueda de una solución judicial y/o de recuperación/ sanación personal, a partir del reconocimiento como sujetos.

El concepto de reparación se asocia generalmente con la reparación a nivel institucional, exigida a los Estados tras episodios de violación de los derechos humanos. Estas medidas se expresan mediante convenciones, declaraciones e instrumentos de orden nacional e internacional en los que se amparan dichos derechos³⁴. Así, los Estados deben garantizar el cumplimiento de las sanciones correspondientes para

³⁴ Se encuentra por ejemplo, a nivel internacional la CEDAW y la Convención Belén do Pará. A nivel nacional, en Colombia la Ley N° 1719 que reconoce a las víctimas por violencia sexual dando lugar a la reparación de los daños recibidos.

Y la Ley 1257 de 2008, “Por la cual se dictan normas de sensibilización, prevención y sanción de formas de violencia y discriminación contra las mujeres, se reforman los Códigos Penal, de Procedimiento Penal, la ley de 1996 y se dictan otras disposiciones”.

quienes violan estos derechos y también deben establecer las condiciones para que las víctimas puedan reparar tales situaciones.

Teniendo en cuenta que en una sociedad patriarcal la violencia sexual se impone de manera coercitiva buscando marcar el poder de quien la ejerce, despojando de pensamiento y acción al dominado-a a través de sentimientos de vergüenza y culpa; aspectos que producen efectos en la salud física, mental, emocional, sexual y reproductiva de quienes vivencian estas situaciones (Puget, 1990, citado en Gamba, 2007). Los estudios de género y las intervenciones psicológicas muestran consecuencias que han llegado a afectar “la capacidad de raciocinio y los recursos emocionales de las mujeres agredidas, impidiendo, en ocasiones, que éstas reaccionen de manera adecuada al ataque, sobre todo en los casos de violencia crónica” (Velázquez, 1996, citada en 2007, p. 345).

En esta tesis se entiende la noción de Reparación como el reconocimiento social y/o institucional de dicha agresión, que permite tramitar la situación como forma de reestablecer la dignidad considerada como pérdida y resquebrajada, pues de acuerdo con Guilis & Cels (s.f) “recuperar la dignidad es la manera de reparar tanto el daño moral como el psíquico. Es des-culpabilizar a la víctima, restaurar la verdad, hacerla pública, sacarla del ámbito del dolor privado” (p. 14), entendiendo así este proceso desde la voz de las mujeres testimoniante como búsqueda del reconocimiento como sujetos y/o la sanación personal para continuar con sus vidas.

Reparación en el corpus testimonial

(...) lo externo es esencial, si ese entorno es protector, amoroso te ayuda arto, los chicos y las chicas o las mujeres en general, dependiendo de la edad que han vivido la situación, salen, emergen. (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015)

En el diseño de esta tesis propongo la *reparación* como categoría que permite, por un lado, indagar por aquello que hacen las mujeres, posterior a la violencia sexual, momento que nombro -de antemano- como búsqueda de reparación. Por otro lado, comprender el significado de la categoría dentro del corpus testimonial y conocer el tipo de reacciones y/o apoyo que las mujeres testimoniante encuentran en dicho recorrido.

Así, en la etapa de campo observo que en la mayoría de los testimonios se expresa –inicialmente– la asociación de dicha categoría con la reparación institucional, generalmente vista en un sentido económico (Diario de campo, noviembre de 2015). Aspecto que requirió una mayor profundización en la indagación sobre el accionar o las búsquedas de estas mujeres luego de pasar por la agresión sexual, allí se encuentra entonces que la *reparación* se asocia con la búsqueda de recuperación o sanación emocional y/o social que se realiza o se puede realizar por diferentes vías.

Entonces, a partir de la voz de estas mujeres interpreto dos manifestaciones de la reparación: de *recuperación/sanación*, y la posibilidad de *levantarse* de la situación de violencia. La *recuperación/sanación* significa que lograron tramitar los efectos emocionales y sociales, percibiendo la agresión como un episodio de la vida que al recordarlo genera tristeza más no dolor por cuanto ya no se considera la situación como parte del presente. Mientras que *levantarse de la situación* significa poder continuar con el proyecto de vida, pero sin resolver el dolor emocional y el impacto en el entorno social que generó la violencia, y se considera a ésta como una marca que quedó en sus vidas.

Respecto a la recuperación/sanación se encuentran varias señales que dan cuenta del avance o logro de este estado: transformación de las consecuencias más evidentes en la vida de estas mujeres (como las afectaciones en los ámbitos sexual y afectivo); la posibilidad de hablar abiertamente de la situación y la recuperación del sentido de seguridad para volver a habitar el espacio público.

En los testimonios de **mujeres violentadas sexualmente por agresores familiares** en la infancia y/o adolescencia se observa la afectación en los ámbitos sexual y afectivo, efectos que se relacionan con la pérdida de autovaloración. El cuerpo se cosifica y se pierde el criterio para decidir por la sexualidad dado el carácter de responsabilidad ante el deseo del otro, y la articulación del deseo propio con la búsqueda de valoración. Al respecto, en estos dos ámbitos se manifiesta el estado de recuperación de Renata y Margarita.

Renata se percata que está avanzando en su proceso de *recuperación/sanación* por dos transformaciones en su vida:

(1) A partir del cuestionamiento de la manera como llevaba su vida sexual. Esto sucede tras el reconocimiento de su caso en un programa de televisión que hablaba sobre los efectos de la violencia sexual en las mujeres. En ese espacio encontró respuestas que la llevaron a salir de los efectos que las múltiples agresiones dejaron en este ámbito, comprendiendo que podía transformar su realidad,

Pero eso no es lo más positivo ni lo más bonito de esta situación. A mí lo que me parece más maravilloso y más positivo es que yo hoy le puedo decir a [la psicóloga]: “(...) sea cualquier (...) chico que me diga: “estás muy bonita y quiero tener sexo contigo” (...) [que] en estos momentos de mi vida no lo busco, no lo necesito, no lo quiero”. Y con total (...) tranquilidad te puedo decir, yo no, no voy a permitir más porque eso sería hacerme daño a mí misma y seguir demostrando que yo no me amo, y precisamente yo estoy todavía en ese proceso. No me amo todavía, estoy en el proceso, eh... no tengo la autoestima muy alta todavía, estoy en el proceso, pero lo que puedo decir hoy después de 5 meses es que ese proceso ya me ayudó a entender que definitivamente para amarme y para tener autoestima no necesito estar en la cama con muchos, y que no van a hacer parte de mi vida, y que ya no va a hacer parte de mi vida eso. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

(2) Logra confrontar y denunciar al último agresor, y obtiene, además, el apoyo de las entidades académicas de la institución a la que pertenecía junto con el agresor.

En el caso de Margarita, ella manifiesta en un primer momento solamente haber logrado *levantarse de la situación* tras el reconocimiento del abuso por parte de su padre en épocas de su adolescencia. A partir de este reconocimiento considera que el tiempo fue el factor que le permitió identificar en su adultez las consecuencias que produjo esta violencia. El acercamiento a la *recuperación/sanación* se presenta cuando se siente capaz de negarse ante las propuestas no deseadas por ella para relacionarse sexualmente o afectivamente. Ella manifiesta,

Aprendí a decirle a un hombre: “es que yo no quiero, porque es que a mí no me gusta”. ¡Yo no tengo por qué aguantarme si no me gusta! ¿Por qué? ¿Qué beneficio? (alza la voz).

Vea mujer, yo me paro ante un hombre -y no es feminismo, no es orgullo, no es altivez- yo me paro ante un hombre y digo: “¿qué beneficio me trae a mí como mujer acostarme con usted? Dígame el beneficio, no lo hay, entonces no tengo por qué acostarme con usted. ¿Qué beneficio me trae a mí como mujer aceptar una relación con usted? no me trae ningún beneficio”. Entonces simplemente le digo: “no”.

Se vuelve uno más duro, se vuelve uno más... pero eso sí (...) con las experiencias que yo miro atrás y yo digo: “Ah, juepucha, tantos errores, tantas cosas, producto de

cosas que uno no tenía la culpa, solo es un producto por no decir, por no ser capaz de decir: no”. (Margarita, testimonio, mayo de 2015)

En el relato se observa un proceso de autocuestionamiento –que no depende de un apoyo externo- que refuerza el criterio de Margarita, permitiéndole dar una respuesta negativa a propuestas de carácter sexual y afectivo que no está dispuesta a aceptar, como ella lo expresa, ser capaz de decir No. Sin embargo, este aspecto aún está en construcción, dadas las justificaciones que ella misma se da ante la marcación del límite.

En las situaciones propiciadas por **agresores conocidos/cercanos**, el recorrido institucional y afectivo que realizaron las mujeres agredidas permitió la *recuperación/sanación* emocional y de su entorno social, aun cuando se encontraron con diversos obstáculos que dificultaron este proceso. En algunas mujeres la situación pudo abordarse rápidamente y no desequilibró sus vidas de una manera considerable, para otras fue más difícil por la indagación que como mujeres les generó la confrontación con esta situación, con la discriminación como mujeres y con las barreras institucionales para resolver sus casos.

Respecto a los **casos ocurridos por actores armados**, encuentro en las entrevistas a las profesionales institucionales que las mujeres que logran recuperarse lo hacen a través de la resignificación de sus historias por medio de la experiencia de otras mujeres que han pasado por situaciones similares o iguales. El factor clave en ese proceso es identificar que no son las únicas mujeres que pasaron por dicha situación, ya que la agresión sexual no es una problemática individual sino colectiva que tiene que ver con la vulneración histórica de los derechos de las mujeres,

(...) saben que eso es prevenible y que eso no tendría que haber pasado y que eso no tenía que pasarle a otras, y entonces digamos que logran trascender hacia convertirlo en una causa de lucha, ¿Cómo hacer que eso no le pase a otra y cómo ayudarle a otra que le pasó? entonces decimos que logran re-significar. No obstante, el hecho victimizante de la violencia sexual retorna y las mantienen en un altibajo, en unos picos, en sus estados emocionales o subjetivos o psíquicos, o como queramos llamar, están en un constante pico y eso depende del contexto, depende de la relación con sus hijas o hijos y depende de los procesos de restablecimiento de derechos en el ámbito jurídico. (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015)

Quien plantea en el fragmento anterior, expresa una hipótesis que surge de su experiencia con mujeres violentadas sexualmente en distintos contextos. Ella considera la diferencia entre el posicionamiento y el proceso de reparación de las mujeres violentadas en el marco del conflicto armado en contraste con aquellas que fueron agredidas en el espacio doméstico, manifestando que *“quienes son víctimas en el contexto del conflicto armado dimensionan más el hecho hacia lo político y verlo como una vulneración de derechos, mientras que las víctimas de violencia en el ámbito doméstico, de la relación de pareja eso es más naturalizado”* (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015). Este aspecto lo observo en el testimonio de Doris, para quien el apoyo de las organizaciones de mujeres le permitió entender la violencia sexual como un asunto político. No obstante, de acuerdo a mi experiencia en campo no todas las mujeres que politizan su situación están dispuestas a compartir su relato. Las mujeres de los barrios periféricos de la ciudad (con quienes me podían contactar otras mujeres) violentadas sexualmente por actores armados de sus barrios, y que no hacen parte de estos procesos políticos, esquivan la posibilidad de hablar de la situación.

En las entrevistas a las profesionales institucionales observo que en su experiencia con mujeres violentadas sexualmente se encuentra que la búsqueda de justicia no está dada, generalmente, en la reparación económica de los casos. Aspecto que difícilmente el Estado garantiza, debido a la falta de reconocimiento de este tipo de violencia como un asunto de violación de los derechos humanos, excepto en la sanción del agresor o los agresores para el caso de la violencia ejercida en grupo. Una de las profesionales institucionales entrevistadas expresa,

(...) el “hacer justicia” se manifiesta no como la indemnización económica sino con la posibilidad de que suceda algo con el agresor, que no quede impune, pues “por ejemplo en las audiencias libres... es que ellos o los actores armados no han reconocido los hechos de violencia sexual, entonces eso a ellas las devasta, a otras las indigna y a otras las anima a seguir exigiendo que haya verdad. (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015)

Al respecto, el proceso judicial que realizó Doris, violentada por paramilitares, fue extenso en tiempo y allí no consideró que se haya hecho justicia, por cuanto judicialmente no hubo una sanción hacia los agresores, situación que no le permitía

cerrar este episodio. Durante el proceso de reparación le llega la noticia del asesinato de dos de los hombres que la violentaron; su reacción fue de sorpresa y alegría que denotaba alivio,

(...) es que, vea le digo, eh, de los cuatro que me violentaron sexualmente, dos de ellos ya están muy bien muertos, muy bien muertos porque los mataron en el 2005. Yo me alegré mucho porque yo no soy egoísta, me alegré demasiado, ellos mismos los mataron a ellos dos, me alegré mucho. (Doris, testimonio, junio de 2015)

Este asesinato significó la materialización de la justicia que el Estado no pudo proveer, pues sucedió algo con los agresores que implicó a su vez, poder tener un mínimo de descanso y terminar las amenazas que aún recibía.

En las entrevistas se manifiesta que, en la violencia ocurrida dentro de la pareja (tanto en mujeres jóvenes como adultas) se dificulta hablar del tema dentro de la familia a causa de la falta de reconocimiento de las acciones del agresor como manifestaciones de las violencias basadas en el género,

(...) no hay una apertura para escuchar ciertos temas porque se ha planteado de manera implícita que ser mujer ya es sinónimo de sufrimiento entonces no hay como espacios de escucha o no hay espacios de visibilización de problemáticas que necesitan y requieren atención, cierto, entonces ahí tampoco hay un apoyo porque no se habla sobre el tema, cierto, es silencio, no se habla sobre el abuso, no se habla sobre la sexualidad en general, cierto. Ósea que casi le dicen a la mujer usted vea a ver como se arregla con eso, pero cuando el tema es más explícito se convierte justamente en ese decir ¿entonces usted qué va a hacer? Porque acá no puede venir, no es que es un hombre maravilloso mire como es cierto como puede dejarlo o ¿qué vas a hacer entonces si no estás con él?, como ¿de qué vas a vivir? (Psicóloga Secretaría de Equidad y Género, entrevista, agosto de 2015)

Este relato plantea que, en los entornos sociales de las agredidas, cuando la violencia es ejercida por la pareja emergen diversas opiniones respecto al matrimonio y se invalida la separación como opción. Además, no hay un reconocimiento de la relación de dominación, se justifican los actos violentos por evidentes que sean, y se mantiene así el conformismo y temor por salir de la relación que produce la violencia. Por consiguiente, se pierde el apoyo necesario para sostener las implicaciones de una separación, que se dificulta más cuando se presentan factores como la falta de independencia económica y presencia de hijos-as.

De acuerdo tanto a los testimonios como a las entrevistas a profesionales institucionales, encuentro que el proceso de reparación no es solamente individual sino también colectivo, en el sentido de la participación de otros agentes en el acompañamiento a la mujer agredida. En este acompañamiento se manifiestan las relaciones de género evidenciando que entre mayor equidad mayor posibilidad de resolver los efectos que produce la agresión sexual. Por ende, en cualquier proceso de reparación cumple un papel importante el entorno que rodea a la mujer agredida, ya que éste incide en el reforzamiento de los mecanismos culturales de discriminación de las mujeres, o por el contrario apoyan la reivindicación de sus derechos. Incide también, el grupo de apoyo en el proceso elegido para la recuperación, *“mientras una persona tenga apoyo (...) usted conforma una red de apoyo en un asunto como este y ella sale, ella sale ¿Sí? (...) No se re-victimiza, exacto, ni se permite re-victimizarse”* (Coordinadora Ruta Pacífica de las Mujeres - Seccional Antioquia, entrevista, marzo de 2015).

Al respecto las mujeres testimoniantes dan cuenta de la presencia de un impulso que las ayuda a salir más rápido de la situación en la que las inserta la violencia cuando tienen un entorno afectivo que las acoge y las apoya; entre mayor indiferencia mayor posibilidad de revictimización, y, por consiguiente, la consideración de la vivencia de una violencia de tipo sexual como marca para su vida. Situación que se observa en quienes fueron agredidas en su infancia y adolescencia, etapas en las que no se contaba con un entorno que generara confianza para manifestar las situaciones ocurridas.

La Culpa

Y en un momento yo le dije que eso no había sido culpa mía, y que no me victimizara -o re-victimizara- pero el hombre no concebía eso, como que concebía que, que yo era la única que me podía proteger, como si el mundo siempre me fuera, fuera a estar en pro de atacarme, como si el mundo no pudiera estar en pro de respetarme (Silencio). (Liliana, testimonio, diciembre de 2015)

En este proceso de búsqueda de reparación aparecen dos aspectos recurrentes en el corpus testimonial: la dificultad de la agredida para expresar lo sucedido (lo nombro aquí como el silencio de la agredida) y la percepción de la violencia sexual como marca

indeleble. Estos aspectos se asocian con el sentido de culpa que se manifiesta en la mujer violentada y que generalmente las instituciones judiciales y de salud, así como los entornos afectivos (familia, pareja, amistad) pueden (o no) reforzar. Allí es posible analizar los obstáculos en términos de estereotipos de género presentes en el trayecto de esta búsqueda de reparación, a profundizar en el capítulo VI.

Respecto al silencio de las mujeres agredidas, Renata en su proceso de reparación determinó que la forma de detener el patrón de violencia repetitiva desde su infancia fue rompiendo con el silencio, pues de esta manera lograría transformar las actitudes que le impedían identificar el maltrato hacia ella. Este aspecto lo comparte también Margarita, quien descubre la necesidad de resolver los efectos que le dejó la violencia luego de confrontarse con la repetición hacia su hija. Así, acepta la necesidad de sanar su pasado, dado que anterior al episodio con su hija reconocía las afectaciones que la violencia había dejado en su vida sexual y afectiva, más no la incidencia de la misma en su ámbito emocional,

O sea, cómo hago yo para saber si yo tengo la cicatriz si yo la veo a diario, porque la cicatriz me duele, y me duele mucho de saber que yo quedé cicatrizada y que yo sé que esto, (...) o sea no es no superarlo, pero es una cosa que yo no voy a olvidar y tenerla que vivir dos veces, uno quiere mucho a los hijos... (Silencio). (Testimonio, Margarita, mayo de 2015)

Con relación a este relato, una de las profesionales institucionales entrevistadas plantea que la reparación emocional es el asunto más difícil de tratar por la consideración de pérdida de la dignidad en la violencia sexual que exacerban los picos emocionales propios de un proceso de duelo. Por lo tanto son muchas las mujeres que continúan con esta marca en el proyecto de vida, que dificultan su recuperación puesto que los elementos simbólicos que hicieron parte de la violencia se revelan constantemente,

(...) porque ¿dónde está situada la dignidad? eso no se puede coger, eso no se puede ver, porque lo que ellas reviven es como fueron ultrajadas, mancilladas, ni siquiera hablan del dolor que sintieron -eso fue doloroso- del dolor físico sino del dolor de lo que significaba estar ahí sometidas, la impotencia, las palabras que el otro decía mientras hacía el acto, la degradación... Creo que eso es la máxima expresión de las violencias en términos de degradación del cuerpo, la vida y la dignidad, ellas hablan de la impotencia de haber sido sometidas, inmovilizadas y no haber podido hacer nada para defenderse, de la vergüenza algunas de que las familias fueron testigos de eso que pasó. (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015)

De esta manera, destaco que en ocho de las mujeres testimoniantes, inmediatamente a la violencia como en algún momento de la búsqueda de reparación, se manifiesta la culpa proveniente de la reevaluación constante de la situación, donde afloran los estereotipos de género que la mujer ha introyectado durante su proceso de socialización de género en el transcurso de su vida. Por lo tanto, la pregunta que subyace en dichos autocuestionamientos, y que engloba las distintas dudas que allí se presentan respecto al suceso de la agresión, es ¿será que yo provoqué la situación? Desglosando esta pregunta en términos de estereotipos de género, se traduce en ¿por qué me vestí así? ¿por qué fui a esa fiesta? ¿Para qué estuve bebiendo con él? Dudas que en las rutas se refuerzan mucho más, como se verá en el capítulo V. No obstante, se encuentra un solo caso en el que se ausenta la culpa y no se presenta afectación en las emociones ni en el entorno social de la agredida,

Ah bueno, yo por eso digo, yo no sé si es que... porque mucha gente dice: “usted tiene eso allá guardado”. Yo no sé, puede ser, todavía no me ha salido. Todavía no me ha salido como la... a veces empiezo a recordar y sí, uno es: “uich”, como otro cogiéndolo y tirándolo en el suelo y arrancándole el pelo, es recordándolo, pero me hago la loca y pienso en otras cosas (sonrisa). A lo mejor estoy tapando eso, lo tengo ahí así, llegará el momento, yo no sé. (Diana, testimonio, octubre de 2015)

En Diana (agredida por su pareja) la reparación está dada en el abordaje institucional de la situación y en la adecuación de un nuevo lugar de habitación, ya que considera que la situación no le dejó una marca o trauma y no se autopercibe como víctima. Sin embargo, tal como lo muestra el relato anterior, en su entorno de amistad se manifiestan dudas respecto a la tranquilidad con la que ha asumido el caso, esperan en ella una reacción que la desequilibre emocionalmente, como se esperaría después de vivir una agresión de este tipo. Estas posturas de su entorno la incitan a esperar dicha reacción. Sin embargo, ella plantea, *“Pero tampoco quedo como marcada, como que iay! no como que todos son así, eso no, no, no, no, porque yo sí lo vi como que él tiene un problema, pues, tiene que tenerlo. Sí, eso no fue. A mí me preguntaban: “¿él estaba drogado, él estaba tomado?” “No, nada, nada de eso”* (Diana, testimonio, octubre de 2015). La ubicación de la violencia en el agresor y la consideración de que es producto de un problema de tipo psicológico y/o emocional permite desresponsabilizarse de la

misma, y por ende no generarse culpa. La inserción en procesos de mujeres en organizaciones sociales permite comprender el carácter de la violencia sexual como un asunto político que permite el proceso de desculpabilización. De este modo, en los testimonios observo que cuando la responsabilidad del acto se ubica en la mujer agredida y no en el agresor, el proceso de recuperación se hace más extenuante y difícil.

En este orden de ideas, Maritza plantea cuatro factores que posibilitaron la violencia sexual: (1) la desobediencia a su madre, al considerar que todo ocurrió cuando empezó a salir de su casa sin su autorización, pues piensa que el estar en ambientes de fiesta acrecienta el riesgo de vivir este tipo de violencias. Por consiguiente, posterior a la agresión, uno de los aspectos que refuerza la culpa en ella es considerar que no merece la valoración de su madre. Al respecto uno de los pensamientos que la acompañó durante el proceso de reparación fue *“no, yo ya no sirvo para ser hija para ella, yo soy una mal hija ¡Ja! -me trataba muy mal-”* (Maritza, testimonio, noviembre de 2015). (2) Falta de autovaloración y amor propio, que la llevó a acceder al cumplimiento de las expectativas sexuales de su novio. (3) Falta de amor por parte de su novio. (4) El exceso de experiencia de su novio que la ubicó en una posición de inocencia, por ello él posiblemente podía pensar *“Ah esta no sabe nada, vamos a enredarla”*. *No sabía nada, entonces por eso de pronto él actúo así, de pronto puso a otros amigos* (Maritza, testimonio, noviembre 2015),

La gente me dice, que por ejemplo que ¿por qué violan a esa persona? que porque viste así medio desnuda. Pero uno comete mucho error, si uno a esa edad no pensara como joven uno no cometiera tanto error. Pero uno comete muchos errores, y uno joven se cree muy fuerte, cree que uno tiene el mundo a sus manos, que uno es que el que gana. (Testimonio, Maritza, noviembre de 2015)

El relato manifiesta la responsabilidad de la violencia en la mujer, quien debe velar por su protección al estar en vulneración por dos factores: ser mujer y joven. Considera que estos aspectos no permiten dimensionar este tipo de acercamiento por parte de los hombres. Toda esta explicación respecto al origen de la violencia sexual acrecienta su culpabilización, dado que por su falta de amor no pudo darse cuenta de las intenciones y el maltrato por parte de su novio. Ella expresa,

Era muy bonita (recobra la voz) yo era una niña de casa. No me gustaba casi el estudio, pero yo era muy de casa, me gustaba mucho hacer aseo (silencio) me mantenía

en mi casa, no era de calle, y fue ahí donde se me dañó la vida cuando lo conocí a él. (Maritza, testimonio, noviembre de 2015)

El estereotipo de la mujer hogareña está inculcado en ella, considera la casa como entorno protector del que no se debe salir para evitar el daño pues el espacio público es símbolo de peligro, por lo tanto, no es adecuado que una mujer que se considera como “niña de casa” transite allí.

Otro de los casos que permite dar cuenta de la presencia de la culpa son los testimonios de Doris y Liliana. Doris autocuestiona su personalidad extrovertida y su forma de vestir, como detonantes de la agresión. Despolitiza, en principio, la violencia sexual al no reconocerla como una agresión que sucedió en el marco del conflicto armado como represalia de una de sus acciones en contra de los paramilitares que comandaban su barrio. Como respuesta a esta culpabilización empieza a usar ropa ancha para evitar marcar las formas de su cuerpo, es decir, de acuerdo como lo nombra, que le ayude a pasar desapercibida como mujer,

Imáginese que yo en un tiempo yo no me colocaba blusas con los hombros destapados, las blusas mías eran al codo, eh, los blue jean eran anchos, yo no me colocaba un estrecho, faldas, vestidos. Yo nunca dejaba que la ropa moldeara mi cuerpo otra vez porque yo me sentía culpable. Las sudaderas eran anchas, las camisetas; pero eso fue cambiando con el tiempo. (Doris, testimonio, junio de 2015)

Liliana, aunque plantea que no se presentó una afectación emocional prolongada en el tiempo, la culpa estuvo presente en el momento que se confronta con la agresión de su compañero de trabajo, y no sabe qué hacer, qué decir ni cómo actuar dado que no asimila rápidamente lo sucedido,

(...) en el fondo no sabía si había sido culpa mía, como que todavía era la pregunta de “¿yo promoví algo? ¿fue eso?” pero era también por la impotencia que tuve, y porque me ponía a pensar “si este hombre está dando talleres de derechos humanos, y esto hace con una persona que está supuestamente haciendo talleres de derechos humanos y que tiene herramientas ¿qué no hará con una persona del campo que está sin herramientas para hacer vainas?”. Eso generó conflicto en otras salidas de campo con mi pareja de entonces, porque siempre era la advertencia. (Liliana, testimonio, diciembre de 2015)

En la búsqueda de apoyo en su pareja esas dudas que la asaltaban se refuerzan con la recriminación que él expresa, responsabilizándola de los hechos y dudando de su criterio y autonomía para continuar con las labores profesionales a las que se dedica. Esta culpa le genera preguntas sobre el contexto cultural del lugar donde trabajaba junto con el agresor. Allí, se cuestiona sobre la relación de los territorios con alto nivel de machismo y la naturalización de la violencia. Es decir, espacios donde se justifica esta violencia en la necesidad de los hombres por demostrar su virilidad, a través del refuerzo de patrones culturales vinculados con la protección que deben adquirir las mujeres como respuesta a la búsqueda sexual de los hombres. Naturalización que impide que estos actos sean rechazados socialmente (Liliana, testimonio, diciembre de 2015).

Planteo que los prejuicios que se expresan en los estereotipos de género dan forma a la culpa, ésta revictimiza a la mujer al atribuirle la responsabilidad de la violencia, y su efecto se manifiesta en la dificultad para resolver las consecuencias que ésta ha generado per se. Entonces, si socialmente se culpabiliza a la víctima, se aumenta la dificultad para hablar de lo sucedido y se incrementa la autorecrimación (Entrevistas profesionales institucionales, 2015). En los testimonios observo que la culpa toma forma a través de imaginarios culturales que consideran una situación de violencia sexual como marca indeleble en la vida de las mujeres, marca que afecta directamente su capacidad para relacionarse en los distintos ámbitos de su vida social, especialmente en el afectivo y sexual dada su asociación con la pérdida de la dignidad; por ende, la culpa estigmatiza a las mujeres abstrayendo de ellas su seguridad, criterio y autonomía,

(...) yo me veía como que, uy, yo ahora soy un bicho raro, ya soy una mujer que sufrió un intento de abuso y eso ya hace que uno sea diferente; y como eso es diferente, entonces a mí ya no me van a volver a querer igual, si otra pareja se entera de eso se va a alejar porque qué terrible estar con una pareja a la que le pasó eso. (Marcela, testimonio, noviembre de 2015)

Encuentro entonces, que una de las funciones de la culpa es reafirmar tanto la sanción hacia la mujer como el ejercicio de dominación que establece la violencia sexual en sí misma, la cual puede estar presente en diferentes procesos de recuperación y entornos afectivos (familia, pareja, amistad, otros). En estos entornos la culpa se transmite y acentúa a través de la consideración de que una mujer violentada sexualmente no puede

levantarse de este tipo de situaciones; así refuerza el orden de status del sistema patriarcal, pues como lo expresa Segato (2013) “La violación es una agresión tremenda pero no necesariamente un asesinato moral, a pesar de que su intención lo sea. Es la atmósfera patriarcal que respiramos lo que la convierte en un asesinato moral, atmósfera patriarcal de la cual el violador es un agente” (p. 71-72). Por consiguiente, la incidencia del entorno afectivo y la manera como las instituciones a las que acude una mujer en la búsqueda de resolución de su situación, son claves para reforzar o incidir en la reivindicación de los derechos de las mujeres violentadas sexualmente, pues en palabras de la poeta y activista Adrienne Rich “la culpa es una de las armas más poderosas de control social sobre las mujeres” (citada en Mizrahi, 2003, p. 50).

La voz de la madre y el padre en el proceso de reparación

En el análisis del corpus testimonial surge la pregunta por la participación e incidencia de la madre y el padre en el proceso de reparación como parte del entorno de las mujeres agredidas, puesto que en algunos de los relatos observo que la madre está presente, pero a su vez ausente, y cuando aparece el padre su participación no se evidencia a cabalidad.

Entonces, indagando allí, observo que dentro de la familia *la madre y el padre* son las figuras familiares a las que menos se acude para compartir la situación de violencia sexual como búsqueda de apoyo. El silencio de la madre en el proceso de acompañamiento para la recuperación de sus hijas se encuentra como un asunto en común en los casos de abuso en la infancia y adolescencia. Ellas describen a sus madres como mujeres silenciosas, con dificultad para expresar el cariño, el malestar y para hablar de sexualidad. En los casos cuya agresión sexual sucedió en la adultez, se manifiesta que no todas las mujeres deciden contarle a su familia lo sucedido, y en las mujeres que sí lo hacen, se observa apoyo en el recorrido de búsqueda de reparación pero con poca incidencia de estas figuras familiares en el proceso.

La voz del padre en general no está presente en los relatos, excepto en la narración de Melisa, quien le cuenta a su padre en una etapa avanzada del proceso de

denuncia. Él manifiesta preocupación, pero no se acerca a ella para tratar el asunto, percibe la situación como fácil de resolver judicialmente, pues considera que la justicia es atenta y ágil con este tipo de situaciones. En los testimonios también se manifiesta que -en dos casos de violencia sexual ejercida por un miembro de la familia y el otro por actores armados- el padre no hace parte de estos entornos familiares por abandono y muerte, y en el caso de Margarita, el padre es el agresor.

Respecto a Margarita, durante un episodio de crisis emocional en su adolescencia decide contarle lo sucedido a una tía. Si bien ella se sorprende, Margarita expresa que su reacción manifestó la naturalización del caso. Sin embargo, la tía comparte la situación a la madre lo que da lugar a la confrontación con el padre, en coherencia con la costumbre familiar de llevar al diálogo todo lo que allí sucediera; ella manifiesta que *“(...) fue una muy bonita familia, obvio, teníamos que dialogar el tema y confrontar y enfrentar a mi papá, y yo con ese susto porque es una verdad que uno no quiere que nadie sepa porque eso es de iuno! A iuno le da vergüenza! iuno cree que es culpa de uno!”* (Margarita, testimonio, mayo de 2015).

Margarita en esta confrontación siente timidez hacia su papá y vergüenza hacia su madre por la sensación de haber propiciado el abuso y la confusión, tras la incoherencia de las acciones del padre y la figura de familia constituida sobre la base de *buenos principios*³⁵ (de valores cristianos y morales). Aspecto que hoy le genera risa expresando la incongruencia del comportamiento de su padre,

Mi mamá sí era apenadita con mi papá, sí las cosas cambiaron horrible, ya no era, ya no era “mijo, mija”³⁶, ya no. **Pero creo que, no sé, mi mamá por su inocencia o ella creía que eso era normal, o no sé si se sentía culpable** no sé, pero mi mamá y yo nunca, es más este es el momento en que mi mamá no se ha sentado a decirme: “Mija, pues cómo fue, o usted cómo se sintió, o usted cómo está viviendo esa situación”. (Margarita, testimonio, mayo de 2015)

³⁵ Margarita creció en una familia basada en el catolicismo como creencia religiosa. Su padre y madre fueron del campo, y siendo muy pequeña llegó a la ciudad (Medellín). Su familia se caracterizó por la unión y el diálogo, por ello no la recuerda como conflictiva sino como armoniosa. Su madre era quien trabajaba, y el padre estaba pendiente de los asuntos dentro del hogar, y se caracterizaba por ser amoroso y tranquilo, y cercano a los miembros de la familia. Margarita sigue aún al catolicismo y tiene una confianza fuerte en dios (Diario de campo, mayo de 2015).

³⁶ Se refiere a expresiones de cariño dentro de una pareja o con un miembro de la familia.

Como lo denota el relato, el sentimiento de vergüenza también se instala en la madre. Las frases resaltadas en negrilla son dos aspectos que muestran la manera como se entiende y como se reacciona ante la violencia sexual dentro de la familia. La posible normalización de la violencia y la culpa se instala en la confrontación del acto sexual del esposo hacia su propia hija, que señala rechazo de la situación al confrontarse igualmente con el hecho de no haberse percatado de ello, por ello la dificultad para entablar un diálogo con la hija. Este asunto tiene que ver también con el contexto rural de donde proviene esta familia. De acuerdo a Margarita allí la sexualidad es tabú y el abuso sexual dentro del entorno familiar sucede con frecuencia, se normaliza y la familia lo esconde. De esta manera, la madre tiene tres reacciones frente al caso:

(1) Desahoga en su hija los sentimientos y sensaciones que le genera su esposo. Margarita recuerda que su madre se refiere a su padre como una “babosa”, palabra con la que dimensionó la complejidad de la situación, pues para Margarita este animal resulta ser el referente de lo más despreciable y desagradable. Esto la confronta con la imagen del padre benevolente que la apoyó siempre y que le transmitió una educación de acuerdo a los valores religiosos de la familia. En esta ambivalencia, en la molestia y en la herida de su madre, Margarita encuentra la respuesta referida a lo que para ella ha significado su padre: *ángel y demonio* (Testimonio, Margarita, mayo de 2015).

(2) Toma la decisión de romper con la relación conyugal, aunque continúa viviendo en el mismo espacio, tras la manifestación de dolor y rabia al desplomarse la imagen de su esposo como “todo un señor”, es decir, un hombre respetuoso y correcto en sus acciones. Ante esta decisión el padre nunca volvió a relacionarse sentimental y sexualmente con otras mujeres; ante esto, Margarita interpreta como “*me supongo porque sexualmente me tenía a mí*” (Testimonio, Margarita, mayo de 2015).

(3) Toma la iniciativa de denunciarlo, sin embargo, Margarita no lo permite.

Respecto a la posibilidad de denuncia, Margarita manifiesta que no hubiese soportado ver a su padre en la cárcel, dado que ello significaba perderlo como padre. Esta sensación de pérdida le impedía igualmente detenerlo frente al abuso, situación que

manifiesta solucionarse años después con su muerte. La alivia no solo por la finalización de la violencia, sino también por no haber tenido que tomar una decisión,

Entonces para mí fue fácil y sencillo, mi papá se murió, lo mataron, y bueno, muy duro, sí claro muy duro, y duré mucho tiempo con el dolor y todo, pero ese otro dolor ya se me fue, ya no lo tenía que vivir a diario. Yo ya sabía que yo ya me iba a acostar y mi papá me iba a acariciar, yo ya sabía que eso no me iba a pasar (sonríe) lo veo como medio melancólico porque todavía le saco muchas lágrimas, no “creás”. Que esas (se le corta la voz) cosas como que (tose) le pasen a uno, increíble. (Margarita, testimonio, mayo de 2015)

Pasando al caso de Renata, abusada en dos ocasiones (una por su primo y otra por un desconocido), ella decide contarle a su madre la segunda violencia sexual porque a diferencia del abuso a los 4 años, ya identificaba la situación, *“A los 9 meses de aguantar el suplicio decidí romper y contar. Le conté a la hija [del agresor], le conté a mi mamá, y bueno, entonces ya sí hubo un apoyo más rápido, nos fuimos de ahí pues”* (Renata, testimonio, diciembre de 2015). Sin embargo, todo no ocurrió de manera tan inmediata, pues en la resolución de la violencia incidía la situación económica de la familia y la sexualidad como tabú para la madre, uno de los motivos de su silencio,

Mi mamá nunca habla de esa situación, para ella es muy incómodo porque (...) ella como que no fue educada mucho en el asunto sexual. Entonces mi mamá por ejemplo nunca me enseñó a ponerme una toalla higiénica porque eso me lo enseñaban en el colegio, nunca me habló de sexualidad porque eso me lo enseñaban en el colegio. Yo digo que más la excusa: “te lo enseñan en el colegio” es: “no soy capaz de hablar de eso”. (...) Yo digo que mi mamá nunca abordó ese tema, y nunca se habló de eso, y nunca se tocó el tema porque ella no es capaz, no tiene las suficientes herramientas o la educación para hacerlo, digo yo. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

Los asuntos relacionados con la sexualidad siempre fueron delegados a instancias externas a la familia, como se puede percibir en el relato citado. Por consiguiente, ante las situaciones de abuso su ausencia evidencia la carencia de estrategias para abordar este tipo de casos,

No, lo que pasa es que mi mamá no era muy expresiva, ni nos hacía saber muchas cosas, ella era más bien seca, y en ese momento a ella sí le dio rabia e indignación y todo, pero ella era madre cabeza de familia, entonces, por ejemplo, ella mientras conseguimos para donde irnos me seguía dejando ahí, a sabiendas de, y porque le tocaba. Pues era, era, no había otra opción, éramos muy, muy pobres, vivíamos en una pieza, en una casa de familia y no teníamos para donde irnos. Entonces obviamente ella y la hija [del agresor] se pusieron en el proceso de buscar, buscaron muy ligero, pero

me dejaba ahí. Yo lloraba, yo decía: “¡No me deje, no me deje, por favor!” Y ella me decía: “Enciérrese muy bien, enciérrese muy bien”. Pero una situación, yo digo, que, para ella muy difícil, y para mí, obviamente, también. (Renata, testimonio, diciembre de 2015)

Renata asume que por dificultades económicas su madre no podía llevarla en la búsqueda de la nueva vivienda. Por ende, debía buscar las estrategias para protegerse. Así se expresaba la ambivalencia entre el reconocimiento de la violencia y la desprotección al dejar a su hija a expensas del agresor, aun cuando ella le suplicaba que no lo hiciera. Sin el acercamiento a la madre es difícil conocer cómo percibía la violencia, si dimensionaba la magnitud de la situación o si fue la necesidad la que incidió irremediamente para actuar de esta manera. No es posible conocer si la situación le generaba angustia, malestar, impotencia, entre otros, puesto que en la narración su voz está ausente. No obstante, este silencio genera que la violencia se invisibilice sin considerar los efectos a corto y largo plazo en la mujer agredida. Al respecto, una de las profesionales institucionales entrevistadas manifiesta que cuando la violencia ocurre en la infancia, los/las adultos-as inciden en la reproducción tanto de las violencias como de sus efectos, pues *“los adultos nunca son aislados, (...) los eventos nunca son solos y las reacciones a estos eventos tienen que ver [con] (...) la construcción personal que hayamos hecho de sí mismas, de la historia, del entorno”* (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015).

Así, en los casos de Margarita y Renata no se posibilitó un restablecimiento de los derechos dado que no se tuvieron en cuenta los posibles efectos que tendría para estas mujeres en el desarrollo de cada etapa de sus vidas, y se dejó, a su vez, al agresor sin resarcir la situación. Se resalta además que en ambos casos la situación distanció la relación entre madre e hija, no hubo un diálogo para abordar lo sucedido y sus consecuencias. Entonces, la voz oculta de la madre en estos relatos, me suscita cuestionamientos sobre lo que para ellas significó enfrentarse a este tipo de situación, los factores que no permitieron el acercamiento y cómo perciben a sus hijas ante estas violencias.

En la experiencia de una de las profesionales institucionales entrevistadas encuentro, por ejemplo, que en la violencia ejercida por miembros de la familia como

padres y padrastros se evidencian casos de falta de credibilidad por parte de las familias, de la madre, enfocan la responsabilidad del acto en la mujer agredida y algunas madres catalogan a sus hijas como rivales “*usted lo que quiere es quitarme al marido por eso se acostó con él*” (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015). Ante ello, la experta sostiene que este tipo de reacción en la madre sucede cuando ellas son inseguras de sí mismas, con sus parejas y en la situación. Esta inseguridad incide en el paso a seguir, especialmente cuando el agresor entra en un proceso de judicialización. Entonces, en las mujeres agredidas se refleja la misma inseguridad de sus madres y la falta de criterio; factores que dificultan su recuperación, debido a que se refuerza el sentimiento de culpabilización, que en algunas situaciones se transmite en términos de la violencia como castigo de situaciones difíciles dentro de la historia familiar (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015).

Pasando a los caos de Marcela, Liliana y Silvia violentadas en la adultez por conocidos/cercanos, coinciden en que los motivos para ocultar la situación de sus padres y madres subyacen en evitar la generación de dolor y desconfianza. A su vez, para evitar que el miedo de las familias impida continuar con su vida y con sus proyectos, dado que en ellos-as está más latente el temor de los peligros que pueden sufrir las mujeres, peligros que la sociedad cada día refuerza y que se expresan en recomendaciones como: *cuídese, mire con quién se relaciona, no salga sola etc.* Dentro de estas intenciones de evitar el dolor se evidencia el temor a ser acusadas tras el imaginario de la violencia como consecuencia de no seguir dichas recomendaciones en las que se instalan los patrones de seguridad establecidos para las mujeres,

A mi papá porque yo temía una reacción, si el novio había tenido el sentimiento de querer matar, mi papá era más reaccionario, yo sentía que él podía empezar a armar el alboroto (...), a él le hubiera dado mucha rabia (...) y yo no quería eso. Y también en un momento temí que me juzgara, después de su reacción que empezara a juzgarme, entonces tampoco le conté (Testimonio, Marcela, noviembre de 2015).

No, porque eso es dejarlos intranquilos frente a mi comportamiento social, porque siempre se va a dudar del comportamiento de uno, y es dejarlos (...) más intranquilos sobre los peligros que uno corre. Sí, y es pensar también, por ejemplo, a uno de niño lo cuidan mucho, pero el que estés adulto no es ninguna garantía de que no te vaya a suceder. Uno cree que ya en la adultez tiene más herramientas, más fuerzas, más elementos para la defensa, probablemente no, probablemente las vivencias que uno ha tenido se conjuguen en un momento en que te dé un shock como me dio a mí,

en que uno no es capaz de, de generar ninguna respuesta frente a la agresión (Testimonio, Liliana, diciembre de 2015).

¡Ah! y ¿para qué? pues es un asunto también que yo resuelvo, entonces para qué voy a cargar a mi mamá con eso, y entonces: “pobrecita, nini” (imitando la voz de consentimiento). No, pues ya es suficiente con lo que había hecho en términos de la acción política (Testimonio, Silvia, mayo de 2015)

Interpreto en estos relatos que guardar silencio ante la familia es una manera de quitarle la razón a la sociedad, a las restricciones. Además, es una forma de no arriesgarse a perder la libertad ante el riesgo latente de vivir una violencia sexual vinculada con el refuerzo de los roles de género tradicionales y de llevar de nuevo a la mujer al ámbito privado: *no salir sola, no beber licor, no transitar por las calles en la noche, etc.*, es decir, quitarle de nuevo la posibilidad de apropiarse y disfrutar del mundo.

En el caso de Diana, violentada por su compañero sentimental en convivencia, su padre y madre se asombran ante la incoherencia entre el relato de su hija y la imagen del agresor como un hombre adulto, responsable, respetuoso y que decía amar a Diana *“eh ave maría pues, que no parecía de lo que era, que vea la gente como es, que no, que si quiera [ya] estaba en la casa [de su padre y madre], que menos mal, que no sé qué”* (Diana, testimonio, octubre de 2015), pero el relato no revela algún tipo de participación durante la búsqueda por resolver la situación. Diana al referirse a su padre y madre a partir del fragmento nombrado deja la sensación de no haber dimensionado la situación por parte de los mismos.

En conclusión, la voz del padre y la madre en estos relatos están ausentes por dos motivos: el primero, porque las mujeres agredidas en general no acuden a ellos-as en la búsqueda de ayuda para resolver estos casos o como apoyo para sostenerse emocionalmente. Allí, la postura de evitar el dolor al padre y la madre se vislumbra en el temor al señalamiento materializado en los estereotipos de género que justifican la violencia y que acrecientan el dolor de las mujeres agredidas por la culpa que estos generan. El segundo tiene que ver con la voz silenciosa de la madre ante la confrontación del caso con sus hijas, porque en uno de ellos el agresor es el padre, y en otro porque la agredida asume que el tabú sexual de su madre no le permitía hablar del

tema. Sin embargo, interpreto también que influye la falta de conocimiento de la vulneración de los derechos sexuales, la posibilidad de hablar abiertamente del tema con sus hijas, y las relaciones de género que se fundamentan en roles tradicionales que imposibilitan que estas mujeres problematiquen estas acciones y reconozcan las afectaciones que tienen en sus hijas.

Recapitulación

Aunque la categoría de reparación invita a indagar en lo sucedido posterior a la violencia, las mujeres testimoniantes manifiestan un mayor reconocimiento del momento en el que ocurre la violencia sexual que en el proceso posterior a la misma, aspecto que en el registro del relato hubo que volver constantemente. En la elección de las rutas a seguir no solo incide el grado (o no) de conocimiento sobre el protocolo de atención, sino también el tipo de agresor y de violencia sexual. Cuando el agresor es la pareja o hace parte de la familia, se dificulta el reconocimiento de las acciones como violencia y la posibilidad de denunciar el caso, dado que priman allí los afectos, las emociones y el miedo a la sanción por parte del agresor, así como las implicaciones de la denuncia a nivel familiar, dado que la medida judicial generalmente es la cárcel. Esta medida refuerza la culpabilización de la mujer, aun más cuando la familia no es conocedora o cuando ésta responsabiliza a la agredida de lo ocurrido.

Uno de los factores que constituye la culpa es la socialización de género de estas mujeres en el transcurso de su vida donde se introyectan (o no) estereotipos de género. Éstos pueden ser deconstruidos o reforzados en el proceso de reparación, dado que allí incide la mirada de los entornos institucionales, jurídicos, médicos, familiares, de pareja, de amistad, y de activismo político. Miradas que posibilitan abstraer el nivel de jerarquización de género en el grupo social donde se desenvuelve la mujer agredida. Este asunto es importante para pensar en los procesos de prevención y erradicación de la violencia de género, y por ende la violencia sexual. En este proceso, el apoyo de organizaciones de mujeres se presenta como un aspecto importante para politizar la situación y, en consecuencia, a desculpabilizar.

Capítulo VI. Estereotipos de género en la búsqueda de reparación

Policía: ¿Quién la mandó a quedarse hasta tarde en la calle?
(Testimonio, Doris, 2015).

La conformación de la identidad al interior de los grupos humanos está atravesada por intereses socioculturales que se entretajan en categorías, como poder, clase, género, etnia, economía, educación, etc. En este sentido, resulta significativo para este estudio la comprensión del estereotipo –específicamente de género– como una forma de *demarcación simbólica*, dado que el estereotipo a través de marcaciones lingüísticas establecidas a partir de la definición de comportamientos, rasgos físicos y elementos que tienen que ver con las categorías nombradas, llevadas a su mínima expresión, marca a ese “Otro” con el que encuentra la diferencia (Hall, 2010). Es decir, los estereotipos permiten categorizar, definir y señalar al Otro.

Por consiguiente, en este capítulo abordo el análisis de los estereotipos de género en los procesos de búsqueda de reparación que recorren las mujeres violentadas sexualmente y que hacen parte del corpus testimonial, como obstáculos para la reivindicación de los derechos de estas mujeres luego de vivir semejante experiencia. Estos estereotipos expresan las percepciones y posturas respecto a las relaciones de género de funcionarios-as de entidades judiciales, médicas, de atención psicológica; de los entornos afectivos y de organizaciones sociales de mujeres donde ellas se apoyan tratando de encontrar una solución que remedie la situación.

Estereotipos de género

Los estereotipos “son construcciones sociales que forman parte del mundo de lo simbólico y constituyen una de las armas más eficaces contra la equiparación de las personas” (Martín, 2008, p. 52). Stuard Hall (2010) los considera como práctica de representación a partir de la reducción del sujeto a los rasgos visibles que lo identifican y/o a rasgos fijos de la naturaleza, manteniéndose aquellos elementos más fáciles de percibir, reconocer y recordar. Estos rasgos se simplifican o exageran para mantenerse

presentes y marcar el ámbito social donde se desenvuelven dichos sujetos, y de esta manera fijar, reducir y naturalizar la diferencia. Éstos, al ser aceptados socioculturalmente, se instauran en el discurso social a partir de opiniones preconcebidas, creencias e ideas; que se visibilizan así en la cotidianidad. Este conocimiento previo sobre un grupo social genera diferentes reacciones emocionales generalmente de tipo negativo, que conducen a la burla, discriminación, rechazo o reducción de los sujetos estereotipados.

Respecto a los estereotipos de género, se presentan tres posturas. Rosa Cobo (1995) considera el estereotipo como un mecanismo ideológico con dos características, “burdo y eficaz” que logra reforzar la desigualdad de género. Henrietta More (1999) plantea que la realidad material dota de sentido a los estereotipos de género, por lo tanto, no los considera solamente del orden psicológico. Estos estereotipos contribuyen “a consolidar las condiciones sociales y económicas dentro de las cuales se generan” (citada en Martín, 2008, p. 52). Desde la antropología simbólica, Strathem (1979) analiza a los estereotipos de género preguntándose por la relación de los procesos de pensamiento y la construcción de dichos estereotipos, encontrando que “el objetivo de los estereotipos de género es que parezca perfectamente “natural” que los hombres estén mejor dotados para determinados roles y las mujeres para otros” (citada en Martín, 2008, p. 52); aunque los estereotipos de género se amoldan según las consideraciones de género que se tienen en una sociedad tal “la adecuación personal a los estereotipos responde, en gran medida, a la necesidad de las personas de sentirse socialmente integradas” (Martín, 2008, p. 53).

Los estereotipos de género marcan al sujeto a partir de los rasgos anatómicos que constituyen simbólicamente la dicotomía mujer/femenino/debilidad y hombre/masculino/fuerza, que define desde allí, por ejemplo, la capacidad de inteligencia y el acceso a los derechos como sujetos. En otras palabras, la conformación de los estereotipos de género marcan una construcción social, cultural e histórica del género a partir de la asimetría, atribuyéndole una posición superior a lo masculino e inferior a lo femenino (Caballero, 2006, p. 431) y adjudicándole, según las características definidas y los roles de género, poder y participación social “la creación histórico-cultural social de estereotipos de género desde la concepción patriarcal (...),

sobre la cual se define la identidad (el ser) de cada sexo, hace que las características y diferenciaciones de cada sexo (lo biológico) contengan una alta asimetría discriminatoria en perjuicio de las mujeres” (Rauber, 2006, p. 10). El tipo de socialización de género que equipara a los hombres con la fuerza y a las mujeres con la pasividad y debilidad, ocasiona que ellas sean propensas a ser víctimas de la violencia, al invalidar en ellas el poder y su autoridad (Nogueiras, 2005, citada en Bosch et al., 2007), y que anula a su vez el ejercicio de sus derechos.

La contravaloración de lo femenino como inferior y masculino como superior se basa en “el modelo social de feminidad y masculinidad sostenido en las sociedades patriarcales por un entramado de mitos y estereotipos que facilitan la violencia contra las mujeres” (Aumann e Iturralde, 2003, citados en Bosch et al., 2007, p. 14). Así, los roles de género establecidos en la cultura refuerzan las relaciones de género desde los estereotipos femenino/doméstico, masculino/público, adjetivos que según Rauber (2006) definen la identidad y capacidades en cada sexo, los cuales “resumen y expresan la base socio-cultural de las asimetrías en las relaciones entre los sexos sobre las que se asienta la subordinación jerárquica de la mujer al hombre” (Rauber, 2006, p. 67), como se puede observar en las manifestaciones sociales evidentes en el abordaje de las violencias sexuales analizadas aquí.

Estereotipos en las rutas de búsqueda de reparación

(...) mi reflexión es que si, pues que como mujeres hemos ganado muchos terrenos en la sociedad, pero en lo más sensible no, en la cotidianidad no; y que una forma de darse cuenta de eso es pasando por una situación de vulneración de esos derechos, que a mí eso me mostró realmente yo qué era aquí, como que “ah (...) ... ¿esto es lo que significa? [Ser mujer]” si por todos lados te están cuestionando la situación; y más encima los abogados también y abogadas que se supone que están comprometidas con la causa, entonces yo decía “qué más se puede esperar de otra gente”. (Marcela, testimonio, noviembre de 2015)

Al vivir o reconocer un episodio de violencia sexual, las mujeres testimoniantes inician el proceso de búsqueda de reparación para abordar judicial y/o emocionalmente las consecuencias que ésta produce. Dentro de ese proceso se presenta la necesidad de denunciar judicial o socialmente el caso. Se destaca al respecto, que la importancia de la

denuncia no solamente está dada en la judicialización del agresor, sino también en dar cuenta de la existencia de estas violencias, de cómo se presentan, de sobrepasar los mecanismos culturales que las invisibilizan. No obstante, las afectaciones en las mujeres agredidas no solo son causadas por la violencia sexual en sí misma, sino también por los obstáculos que se encuentran en el proceso de reparación. Los efectos se materializan en la vida sexual, en las emociones, en la relación con los hombres (como categoría genérica) y en la manera de posicionarse en la sociedad como mujeres.

Dentro de los testimonios se encuentran dos grupos de experiencias. El primero inicia procesos de denuncia que buscan judicializar al agresor u obtener la garantía de protección que propenda a la no repetición. La denuncia para ellas es una forma de reivindicar sus derechos y sanar la situación. Esta búsqueda se vincula con hallar estrategias para hacer algo con el dolor, la rabia e impotencia que les produce la violencia sexual, y con la estigmatización como mujeres que encuentran durante este recorrido. El segundo grupo que no se acerca al proceso de denuncia judicial por desconocimiento de la ruta institucional o por falta de reconocimiento de la violencia – como es el caso de la violencia ocurrida en la infancia y adolescencia o cuando es cometida por la pareja-; y en cambio, buscan abordar los efectos posteriores por medio del apoyo de los entornos afectivos como el de *amistad, sentimental, familiar y el entorno compartido con el agresor* (para quienes fueron violentadas por compañeros de trabajo y estudio).

A partir de estos dos grupos se abstrae el recorrido de dos Rutas durante el proceso de reparación. La primer ruta la denomino *institucional*, es decir, el recorrido realizado para levantar la denuncia en instituciones judiciales, de salud o instituciones cuyo entorno fue compartido por el agresor (para los casos donde éste pertenece al entorno laboral y académico de las mujeres agredidas). Allí se manifiestan dos tipos de reacciones frente a las barreras institucionales encontradas: una, ante la negativa y estigma de estas entidades se acude a *organizaciones sociales* en busca de apoyo para la denuncia judicial o como forma de evidenciar al agresor, la violencia, la indiferencia de las instituciones y de los entornos laborales o académicos de los que hacen parte el agresor y la agredida; estas organizaciones apoyan en el restablecimiento de los derechos. Dos, frente a las mencionadas barreras se desiste en levantar la denuncia,

como lo expresa Marcela “y sí, yo lo reconozco, a mí me dio miedo empezar esa batalla, sentía que no tenía nada que ganar, que iba a perder, que era más dar la batalla social y en ese momento, en realidad, yo no estaba preparada para eso, entonces yo no lo hice” (Testimonio, noviembre de 2015).

Una segunda ruta denominada *afectiva* se refiere al recorrido que se realiza en los entornos más cercanos a la mujer agredida como la familia, la pareja y el entorno de amistad, en la búsqueda de apoyo para comprender lo sucedido y recuperarse de la situación. Dentro del entorno familiar se acude generalmente a tías, primos y hermanos. De los nueve testimonios, seis de ellos no acudieron a su padre o madre por diferentes motivos: evitar afectarlos emocionalmente, el miedo a las recriminaciones enfocadas en la falta de cuidados propios para las mujeres, la percepción de la sexualidad como tabú, protección a la independencia y autonomía como mujeres, o porque el padre es el agresor.

En las mujeres que deciden denunciar, en el tránsito por la ruta institucional emerge la *ruta afectiva* que se va construyendo a partir de los obstáculos y negativas a nivel jurídico que afectan las emociones de la mujer agredida y, por ende, revictimizan. La *ruta afectiva* se manifiesta como respaldo para dicho proceso, como contención y apoyo.

Ruta Institucional: Desojando Margaritas ¿Denuncio o no denuncio...?

Y todo el mundo me decía: “pero denuncie, denuncie”. Contaba lo que me había dicho esta abogada, y me decían: “sí, eso es para generarle a uno cobardía, claro, eso es para que uno no denuncie, claro... pero entonces ¿qué vas a hacer? ¿Pero entonces?” Y en realidad uno empieza: “sí, ¿yo qué voy a hacer?”. Entonces yo no quería hacer la denuncia por presión (Marcela, testimonio, noviembre de 2015)

En Medellín, en los últimos años, el Estado ha reconocido la violencia basada en género (incluida la violencia sexual) a través de la política pública y el diseño de rutas para su abordaje judicial; esto ha sido posible a partir del trabajo de organizaciones de mujeres que le han apostado al reconocimiento de las mujeres violentadas como sujetos sociales

en la reivindicación de sus derechos. Desde allí se han realizado campañas, plantones, entre otras acciones políticas, que motivan a las mujeres a denunciar, con el fin de sacar estas agresiones del ámbito privado.

ILUSTRACIÓN 1. CAMPAÑA ESTATAL. ALCALDÍA DE MEDELLÍN 2010-2011

El avance en la divulgación de los derechos de las mujeres ha contribuido a que cada vez se nieguen a guardar silencio (Psicóloga Secretaria de Equidad y Género entrevista, agosto de 2015) y ha posibilitado que estas violencias salgan del ámbito privado al nombrarlas como un asunto político que vulnera los derechos de las mujeres. De este modo, se puede evidenciar estadísticamente esta problemática en la ciudad.

ILUSTRACIÓN 3. MARCHA 8 DE MARZO. MEDELLÍN, 2015. POR: MARIAN N. TORRES.

ILUSTRACIÓN 3. CAMPAÑA CORPORACIÓN VAMOS MUJER POR UNA VIDA DIGNA.

No obstante, en el proceso de búsqueda de respaldo legal e institucional inmediato a la violencia (como posterior a ella) afloran juicios de valor que, de manera tanto evidente como sutil, contienen y refuerzan estereotipos de género que re-victimizan y obstaculizan el proceso de reparación, y promueven, en consecuencia, este delito.³⁷ Al respecto, una de las profesionales institucionales entrevistadas plantea que “por un lado van las conquistas en los derechos, digamos en el reconocimiento jurídico de los derechos de la mujeres y por otro van las prácticas y ejercicios de esos derechos” (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015). En esta vía, la ley y las políticas públicas abarcan la socialización, prevención y atención de violencias sexuales. Pero en la práctica, la jerarquía de género se manifiesta y refuerza a través de códigos culturales, que de acuerdo Ana de Miguel (2008) configuran procesos de deslegitimación de la violencia contra las mujeres. En palabras de Femenías (2008) “Estos procesos son fundamentales para desmontar argumentos de distinto nivel que tienden directa o indirectamente a invisibilizar, restar importancia o justificar los niveles de violencia sobre las mujeres que, histórica y sistemáticamente, se detectan” (p. 14).

Martín (2008) plantea que los estereotipos de género se mantienen en el tiempo a través de la “retroalimentación existentes entre las imágenes mentales y las condiciones reales de hombres y mujeres” (p. 53), planteamiento que se observa en los testimonios recolectados en el acto de violencia sexual; en el ejercicio de las instituciones judiciales; en los entornos familiares, de amistad y de pareja; y en los entornos donde tiene relación el agresor y la agredida –para los casos de agresores compañeros de trabajo y estudio–.

Se evidencia que en la decisión de denunciar inciden aspectos emocionales y sociales de las agredidas como el tipo de relación con el agresor –es mucho más difícil denunciar cuando el agresor pertenece a la familia o se trata de la pareja–, la credibilidad y el apoyo de sus entornos más próximos, y las emociones que genera el tránsito por la *ruta institucional* donde se levanta la denuncia. En los casos ocurridos en la infancia y en algunos en la adolescencia, no se denuncia por falta de reconocimiento de la situación como violencia, aspecto que desdibuja la situación y

³⁷ Decretada a través de la Ley 1236 de 2008 como delito contra la libertad, integridad y formación sexuales.

dificulta el acercamiento a un adulto para contar lo sucedido. También se deja de denunciar por falta de información respecto al tema, y por intimidación del agresor. En esta decisión incide también el nivel de sanación de la agredida, para algunas es mucho más fácil denunciar cuando han pasado por un proceso de recuperación física y emocional, pues como ganancia se alcanza la capacidad de discernimiento que les permite tomar decisiones en pro de su bienestar, y decidir hasta dónde se quiere llegar en el proceso de denuncia, teniendo en cuenta sus implicaciones emocionales, sociales y judiciales relacionadas con el tipo de agresor y contexto social de la agredida.

Respecto a todo esto, las profesionales institucionales entrevistadas manifiestan que el respaldo del entorno social en el que habitan es fundamental para el ejercicio de la denuncia, pues si la ruta judicial funcionara de acuerdo al protocolo de atención, las mujeres violentadas aun sin dicho respaldo podrían denunciar con tranquilidad, si se considera que el Estado como garante de sus derechos haya activado una atención de calidad en pro del autocuidado, el acompañamiento, la seguridad y la orientación respecto a su caso, que facilite realmente la “verdad justicia y reparación(...) [que] para muchas de ellas si es muy necesario” (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015).

Así, de los nueve testimonios recolectados, seis mujeres decidieron iniciar la ruta de denuncia institucional. Cinco de ellas denunciaron en instituciones como Fiscalía y Policía y una de ellas, luego de indagar por los pros y contras del proceso de denuncia y ante la falta de respaldo institucional, decidió no denunciar; se destaca que ninguno de estos casos se llevó a juicio. Uno de los casos precluyó. Una séptima mujer, acosada por un docente, realizó la denuncia a las autoridades competentes de la Institución de Educación Superior, allí tuvo respaldo y se sancionó al docente mediante un seguimiento disciplinario para evitar su repetición. Durante el registro de los testimonios se encontraban en proceso los casos de Diana y Melisa.

Las mujeres que denunciaron su caso son *Diana y Maritza*, agredidas sexualmente por sus parejas; con la particularidad del caso de Maritza quien su pareja la agrede junto a la pandilla a la que pertenece. En este tipo de violencia sexual ejercida en grupo también se encuentra el caso de *Doris* agredida por paramilitares en el marco del conflicto armado. *Silvia y Marcela* agredidas por sus compañeros de trabajo. *Melissa* acosada por un compañero de estudio; y *Renata* abusada por 4 agresores en

diferentes etapas de su vida, de las cuales solo denunció ante las autoridades académicas el acoso por parte del docente. Las instituciones a las que acudieron las mujeres testimoniadas son: comisaría (para el caso de la violencia ejercida por la pareja) policía y, como última opción, Fiscalía.

Los códigos culturales que se evidencian en los estereotipos presentes en las rutas de búsqueda de reparación invisibilizan a las mujeres como sujetos y manifiestan la sanción por la transgresión del rol asignado culturalmente de acuerdo al mandato patriarcal. Las instituciones refuerzan dichas sanciones por medio de la omisión y el maltrato verbal que nutre la culpabilización de las mujeres, entonces “desde el primer momento te tratan mal porque en la violación es culpable la mujer” (Integrante Red de Derechos Sexuales y Reproductivos, entrevista, marzo de 2015), que evidencia así el planteamiento de Martha Lamas (1996) “una sociedad desigual tiende a repetir la desigualdad en todas sus instituciones” (p. 216).

Estos obstáculos significan la dificultad para alcanzar una solución legal, revictimizan a estas mujeres generando dificultades emocionales, cuyo proceso de duelo se extiende a las consecuencias que dejan los señalamientos judiciales y sociales,

Funcionario Fiscalía: (...) ¿Y él por qué estaba en su casa? y ¿Ustedes por qué estaban bebiendo? ¿Y usted por qué vive sola? cierto, que son las preguntas más, (...) ¿Y usted por qué? ¿Por qué? otra vez el cuestionamiento hacia mí. (Silvia, testimonio, mayo de 2016)

Inspección de Policía: Yo le dije: “Yo vengo a denunciar algo” Entonces él me dijo: “¿A denunciar qué?” Yo: “Una violencia sexual” “¿Contra quién?” Le dije yo: “A mí me violentaron sexualmente” entonces... ahí sí se volteó y me miró ¿y sabe qué fue lo que me dijo? “Quién la mandó a quedarse hasta tarde en la calle. Yo llorando le dije: “Es que no fue en la calle, se me metieron a mi casa y me violentaron sexualmente” “¡Ah! pues esperemos a ver qué se puede hacer por usted”. (Doris, testimonio, junio de 2015)

Compañero de trabajo: (...) nos iban a cuestionar por qué nosotras habíamos salido a bailar, nosotras por qué habíamos estado tomando con él, por qué habíamos llegado tan tarde, y por qué le habíamos permitido dormir en el apartamento donde nos hospedábamos. Como que de cierta manera nosotras también habíamos propiciado la situación (...). (Marcela, testimonio, noviembre de 2015)

Las barreras institucionales muestran la distancia entre la realidad y la normatividad respecto a la protección de los derechos de las mujeres, y que expone la ineficiencia del

Estado Colombiano como garante de dichos derechos. Sin embargo, el avance de las normativas permite “conocer que existe la norma como posibilidad de acceder al derecho, también se convierte en un motor para ella seguir insistiendo en el restablecimiento o en la reparación, o en la justicia, creo que eso las ayuda a caminar y a sostenerse” (Entrevista, coordinadora programa Derechos Humanos de las Mujeres y Ciudadanía, Corporación Mujeres que Crean). La existencia de la normatividad permite visibilizar y amparar estas violencias como vulneración a los derechos, por cuanto la tendencia es a autoseñalarse y culpabilizarse tras la agresión por la introyección de los patrones culturales de orden patriarcal, que posibilitan la justificación y dificulta así los procesos de judicialización y reparación,

(...) en testimonios de mujeres es muy difícil en los procesos formativos lidiar con los imaginarios, yo creo que lo más difícil es transformar por eso creo que hay pocos avances o menos avances en el acceso a derechos pese a la normatividad porque creo que los avances jurídicos, las conquistas jurídicas que hemos alcanzado las mujeres no han sido suficientes para acceder a derechos y porque hay toda esa cantidad de prejuicios, imaginarios, arraigados en las subjetividades que ameritan un trabajo distinto y que no se transforma con la norma. (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015)

Los testimonios demuestran que la comprensión jurídica y médica de la violencia sexual está dada solamente desde la violación, reconocida por las marcas corporales que materializa y que garantiza la veracidad de la situación. Aspecto que se convierte en exigencia en la solicitud de evidencias físicas y, por ende, el cuestionamiento cuando están ausentes. Esto invisibiliza la tipología de las violencias, como se puede observar en estos relatos,

Pero como eso yo ya lo había lavado, entonces ya no podían hacer nada y por eso a mí no me creyeron. (Maritza, testimonio, noviembre de 2015)

(...) yo hubiese preferido que el hombre me hubiera pegado un puño, me hubiera dejado una marca en la piel, algo para mostrar que sí pasó, como que era lo único (...) como evidencia. (Marcela, testimonio, noviembre de 2015)

A mí ni siquiera me mandaron a medicina legal, ni siquiera me mandaron examen de medicina legal: “¡Ah! ¿La penetró?” “No me penetró”. (Silvia, testimonio, mayo de 2016)

Estos imaginarios y prejuicios invisibilizan la afectación emocional y simbólica que deja una violencia sexual. Deshumanizan el protocolo de atención y sesgan los derechos de quienes acuden al servicio médico o judicial,

(...) no logran entender que para una mujer después de haber vivido una situación de violencia sexual significa sentir simbólicamente ese sentido de suciedad, de sentir todavía la piel del otro en su cuerpo, (...) eso les desagrada. Y cómo es de deseada una ducha (...) después de eso, aunque en todas las capacitaciones le digan a uno "no se bañe", no logran entender eso y son fuertes; si bien eso serían pruebas para el proceso judicial, los funcionarios que las atienden son fuertes en ese sentido. (Psicóloga Cerfamí, entrevista, mayo de 2015)

Entonces, las narraciones de las mujeres testimoniadas evidencian que el *acoso sexual* es la violencia con menos credibilidad por falta de pruebas que evidencien la vulneración física de la mujer. Por consiguiente, no se considera como indicio para el paso al acto, lo que afecta la posibilidad de intervención judicial en el ejercicio de la prevención de estas violencias. En las dos narraciones siguientes se puede observar cómo Melisa recibe respuestas similares en dos instituciones judiciales vinculadas con el desconocimiento del acoso,

Funcionario, Inspección de policía: Pero entonces lo primero que me preguntaban siempre que yo iba (con voz de dolor) (...) a esa inspección: "¿Usted fue novia con él? (...) ¿Usted tuvo algo con él? ¿Y usted qué le hizo tan bueno? y ¿Por qué? ¿Y es que besa muy bueno?" (...) eso ahí no hay nada porque pues acoso sexual si él hubiera abusado, si él la hubiera accedido carnalmente a usted". (Melisa, testimonio, agosto de 2015)

Fiscalía: Ah no, pero eso no es un delito, no, ahí no hay nada. Pero ¿ya la agredió? o sea ¿le ha pegado? ¿Le, le ha tirado algo? ¿La ha halado? pues ¿le ha pasado algo?" Yo: "No, físicamente no me ha hecho nada, pues físicamente pues él nunca me ha puesto un dedo sobre mí" (...) Yo decía, pero, ¿pero ¿qué es esto? ¡Por dios! o sea que si yo no, o sea es acoso solamente si él puede acceder a mi voluntariamente, yo decía, es que no, yo decía no. (Melisa, testimonio, agosto, 2015)

Estos fragmentos dan cuenta de la omisión de la violencia en diferentes niveles: (1) el acoso cobra validez solo si ocurre al interior de una relación amorosa. (2) Se necesita el paso al acto como materialización del acoso. (3) Estos niveles evidencian la subvaloración de la violencia sexual como violación a los derechos humanos y puntualmente a los derechos de las mujeres.

Dentro de las dificultades para levantar la denuncia, se encuentra: la repetición de la narración del episodio de violencia en diferentes espacios judiciales o con diferentes funcionarios-as públicos y secretarías, las posturas que invisibilizan la violencia, las presiones sociales, y la indiferencia de los/las funcionarios-as públicos de las instituciones encargadas de proteger los derechos.

Los juicios de valor en estos entornos judiciales emergen de acuerdo al tipo de relación que tiene la mujer con el agresor y del tipo de espacio donde sucedió la violencia. El testimonio de Diana manifiesta la falta de discrecionalidad e incidencia de las secretarías de la Comisaría de Familia, quienes escuchan el caso como primer filtro para determinar si éste puede ser de conocimiento del Comisario-a. Esta figura, se reconoce como más cuidadosa con la situación, sin embargo, dicho contacto depende del grado de exigencia y muestra de carácter por parte de la agredida.

El relato de Diana cuya violencia sexual fue antecedida por violencia física y psicológica, permite observar el abordaje de este tipo de violencias dentro de la pareja por parte de las entidades judiciales desde el círculo de la violencia: *violencia-denuncia-arrepentimiento-reconciliación-violencia* como manifestación constante en la recepción de este tipo de casos. Así, pierde importancia el acercamiento de la mujer para denunciar la violencia. Si bien, esta posición es rechazada por los/las funcionarios-as, en el abordaje de un nuevo caso de violencia señalan y sutilmente motivan a la mujer agredida a entrar en este orden, en el que se espera la reconciliación con el agresor, bajo el patrón de conquista romántica que ejerce el hombre “[funcionarios públicos, comisaría de familia] ¿Y no la ha buscado? ¿Y no le ha mandado serenata? ¿Y no le ha mandado flores? (...) ¿y no la ha llamado? -Porque como que esa es la estrategia de todos, abusan, violentan y después miman- Y yo: “No nada” (Diana, testimonio, octubre de 2015).

Si bien, el círculo de la violencia es un mecanismo cultural de invisibilización de la misma, al generalizarlo se refuerza la pérdida del reconocimiento como sujeto de quien acude a estas instituciones para protegerse y para posiblemente darle un fin a su situación de agresión,

Finalmente, uno sabe por experiencia de superación de las mujeres y de resistencia (...) que se termina convirtiéndose en un obstáculo engañoso, realmente si uno indaga a profundidad esas no serían las razones que hacen que las mujeres

permanecen en esa violencia, yo creo que hay un vínculo que se establece la relación amorosa que va más allá de la dependencia económica y eso creo que hace más difícil que una mujer decida tomar distancias a la situación de violencia. (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015)

Así, uno de los aspectos que incide en la dificultad para levantar una denuncia judicial son las implicaciones que conlleva la judicialización del agresor al tratarse de un proceso penal. Esto afecta más en los casos donde el agresor es miembro de la familia o la pareja. En el caso de la pareja inciden los sentimientos compartidos, el tiempo de convivencia y la historia de la pareja; las implicaciones económicas y familiares para la ruptura de la relación. De acuerdo a la experiencia de la coordinadora del programa Derechos Humanos de las Mujeres y Ciudadanía (Corporación Mujeres que Crean), en algunos casos se denuncia como una forma de *escarmiento* hacia el agresor, pero al conocer las implicaciones que tiene la acción desisten y en algunos de los casos se desestima la situación dado que, al poner en una balanza, la situación de violencia y las implicaciones para el agresor pesan más las últimas,

(...) empieza a sentirse mal porque se le fue la mano, porque a lo mejor no era tan grave, no era para tanto, todas las explicaciones objetivas que tiene que enfrentarse a una situación de violencia y si además tiene que cargar con el resto de la familia porque además las violencias están tan naturalizadas “*ay no es tan grave lo que le pasó, no es tan grave lo que le pasó ahora a ese muchacho lo van a condenar a tantos años*”, claro si es que la justicia opera como debe operar. (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015)

En otro de los casos se presenta la necesidad de garantizar la distancia del agresor, mas no de entrar en un proceso judicial. Por ejemplo, en el caso de Diana su interés era garantizar el alejamiento del agresor y la protección a su persona, por ello acude a la Comisaría de Familia en busca de una medida de protección. Levantar la denuncia en Fiscalía significaba para ella “dañarle” la vida a quien fue su pareja, por la afectación personal, laboral y política que recaería en él; asunto que quería evitar para no influir en su inestabilidad anímica por la soledad en la que habitaba y sus problemas de salud. Sin embargo, sostiene que este sentir no significó estar interesada en volver a reconstruir la relación o generar medidas para evitar la repetición. No obstante, esta manifestación de su búsqueda ante las secretarías de las Comisarías refuerza la falta de credibilidad y la

idea del círculo de la violencia, con lo que invalida la denuncia, “_Ah, pero es que por eso no lo van a meter a la cárcel... “Es que yo no estoy buscando que lo metan a la cárcel” _ “Ah es que qué bobada, es que siempre se reconcilian, yo no sé pa' qué vienen” (Diana, testimonio, octubre de 2015). Este es un asunto que genera otras preguntas sobre las medidas judiciales hacia el agresor respecto al encarcelamiento como solución.

En estas reacciones se puede observar la configuración del sistema patriarcal en la formación del carácter de las mujeres, cuya violencia sexual perpetúa este sistema. Por ejemplo, en el relato de algunas mujeres es más evidente la percepción de lo femenino como debilidad y permisividad. Otro aspecto que influye es la vivencia del amor romántico en la idealización de las relaciones; esto lleva a subvalorar el maltrato, la culpa, y la presencia de micro-machismos que nublan el reconocimiento de situaciones que se tornan agresivas. Empero, las generalizaciones desde las entidades judiciales posiblemente refuerzan la falta de carácter y el rol tradicional de las mujeres, pues el malestar que descargan los funcionarios-as públicos no contribuye para que la mujer se piense desde otro lugar y reafirme su criterio, más bien promueve la violencia y no se logra el cumplimiento de la protección amparada en la ley.

El caso de Doris (ocurrido en el marco del conflicto armado) muestra que, si bien la violencia sexual fue el detonante para salir de su barrio, al denunciar las múltiples vulneraciones a sus derechos que anteceden la agresión sexual, ésta no la expresa como primer motivo de denuncia, sino que empieza por el desplazamiento que rememora cómo la violencia de este conflicto se ensañó en sus hijos, y luego en su propio cuerpo como venganza por arrebatárselos al grupo armado. Tras el acompañamiento de organizaciones de mujeres y luego de su participación en un Tribunal Simbólico fuera de la ciudad donde expone la violencia sexual, se carga de fuerza y vuelve a Medellín con la idea de denunciar esta violencia, así manifiesta que *“Yo vine con una fuerza de allá, yo: yo quiero denunciar la violencia sexual (con firmeza), yo la quiero denunciar y la voy a denunciar”* (Doris, testimonio, junio de 2015).

Se destaca que para las mujeres violentadas por un actor armado o delincuenciales interviene el miedo a ser asesinadas como represalia; y en el intento de denuncia, la falta de credibilidad por parte del personal policial. En el relato de Doris se presentan

dos momentos en los cuales las lágrimas acompañan sus palabras: *cuando el grupo armado arremete contra sus hijos, y la violación*. Los demás episodios de violencia ejercidos por el grupo armado le producen malestar. Doris los cuenta desde esa molestia y rechazo que por esos días de violencia se arriesgaba a expresar, pero que la violencia sexual silenció y aún la silencio. Cuando llega a ese punto de su historia no encuentra palabras para expresarse en lo que le produjo ese momento, solo expresa vulneración.

El caso narrado por Maritza (violentada en grupo por una pandilla barrial y su novio) tuvo una sola búsqueda judicial, la policía. Allí el caso no fue tratado con importancia, en cambio, fue recriminada por estar en la calle e infantilizada al considerar que no podía responder por sus actos, además del señalamiento por no guardar las pruebas de la agresión “(...) *que por qué estuvo ahí, que, porque yo me fui, que por qué me volé de la casa, que por qué fui tan desobediente. Lo mismo*” (Maritza, testimonio, noviembre de 2015).

Uno de los imaginarios latentes en algunos testimonios, especialmente en la narración de Diana, descansa en la consideración que si la denuncia es atendida por una mujer se encontrará más respaldo. No obstante, los obstáculos en el trayecto desdibujan este imaginario, y muestran que la influencia para obstaculizar o no el proceso de reparación de los derechos de las mujeres agredidas, la tiene el grado de introspección de los roles de género y el sentido que tiene la violencia de género y sexual en una sociedad patriarcal.

Incidencia de organizaciones de mujeres

En el recorrido por la ruta institucional se encuentra la incidencia de Organizaciones Sociales de Mujeres con tres fines: (1) Orientar el proceso de denuncia, y socializar las dificultades que se pueden encontrar en el trayecto de la ruta institucional como preparación para transitar por este trayecto. (2) Brindar acompañamiento y respaldo en los procesos de denuncia, debido a que estas organizaciones son autoridad en los espacios judiciales. Esto posibilita prevenir la omisión de los casos y el maltrato jurídico. (3) Para contener a la mujer, y posibilitar acciones de denuncia social cuando estas instituciones no cumplen con la protección de los derechos.

El acompañamiento de estas organizaciones permite reconocer la situación de agresividad como violencia de género, fortalecer la autoconfianza necesaria para continuar recorriendo la ruta institucional, posibilitan apoyo emocional desde la comprensión de las consecuencias que producen estas violencias, ésto como acto de sororidad. En este proceso está intrínseco el reconocimiento de los derechos de las mujeres, aspectos generalmente desconocidos por ellas,

Jum! porque yo primero, yo no sabía, yo no sabía exigir un derecho, yo no sabía exigir como, o muchas veces me daba miedo, era que si yo voy a tal parte a denunciar tal cosa, de pronto allá se dan cuenta esa gente y me buscan por toda parte y me matan, o me matan mis hijos. Pero a medida de que fui, de que, de que, en la corporación mujeres que crean, la corporación Región, por medio de ellas, fue que yo comencé a caminar otra vez, porque yo donde estaba, estaba estancada. Yo no sabía nada. Pero a medida que yo iba aprendiendo lo que ellas decían, yo aprendía. Hubo un tiempo, hay un tiempo de que yo estoy en un taller y yo soy levante la mano, [y me dicen] “Pero por qué tiene que ser usted siempre”. Pero es que las otras no lo hacen, yo lo hago por ellas. Primero no lo hacía. (Doris, testimonio, de 2015).

Estas organizaciones se acercan a las mujeres con riesgo de violencia a través de convocatorias en diferentes zonas de la ciudad para que se sumen a los procesos formativos que allí se desarrollan. En dichos procesos las mujeres detectan violencias en sus vidas y situaciones de agresión que han silenciado ya sea por miedo, vergüenza, o desconocimiento, entre otros factores. El hacer parte de la organización social les permite fortalecer su carácter y hablar de estas situaciones que resultan ser innombrables por sus historias de vida, tal como se puede apreciar en el testimonio relatado por Doris.

El abordaje de las violencias sexuales se realiza desde la prevención a partir del trabajo formativo sobre las violencias generalizadas, estereotipos de género y aspectos culturales; esto para evitar intimidar a las participantes que han pasado por este tipo de situaciones. Las convocatorias son ampliadas en espacios como universidades, otras organizaciones sociales y por las redes sociales (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015).

En el corpus testimonial se encuentran tres casos de mujeres que tuvieron el apoyo de organizaciones sociales de mujeres. A Maritza, la acompañó una líder barrial, quien la vinculó con una organización de mujeres, buscando motivarla para iniciar un

proceso de reparación. Silvia denunció la situación de violencia e indiferencia de la organización social donde trabajaba (junto con el agresor), a través de un comunicado enviado a las organizaciones juveniles y de mujeres de la ciudad, éstas últimas le manifestaron su apoyo y acompañamiento en el proceso de abordaje de la situación. Doris encontró apoyo psicológico y jurídico en una de las organizaciones de mujeres. Este acompañamiento le permitió reconocer la violencia sexual como un asunto político, es decir como vulneración a los derechos humanos en esta situación junto con el desplazamiento y las amenazas de los paramilitares. A través de este acompañamiento logró avanzar jurídicamente, verbalizar lo sucedido y tramitar las consecuencias. De esta forma, Doris se convirtió en la voz de las mujeres que han sido agredidas y que han podido resurgir,

(...) y yo me quedé con [la psicóloga] primera vez en mi vida que yo hablaba de la violencia sexual. Pero comencé a hablar con ella y comenzó como a despojarse la carga que yo traía. “Tonces” ella me dijo: “si usted está de acuerdo yo la voy a ver dos veces por semana. Yo soy psicóloga, usted lo sabe, pero eso va a quedar entre usted y yo”. Yo le dije que sí. “Tonces” me contacté con Rosalba de [otra corporación] ella era la que necesitaba el testimonio -nosotras ya habíamos tenido unos talleres con ellas, con ella allá en la Corporación- (...). Cuando ella, ella esperaba la mujer que le iba a dar el testimonio, y me vio llegar, pero no me dijo nada, sino que me saludó normal, y me dijo, no, vamos para una casa, si tú quieres sale tu rostro, si no, no. Y yo: “Ah no, yo no quiero que salga mi rostro para nada”. Ese día que yo estaba dando ese testimonio casi me muero porque eso cada ratico tenía que parar, “darmen” agua, sentarme, pero la conté. (Doris, testimonio, junio de 2015)

Las profesionales institucionales (entrevistas, 2015) manifiestan que las mujeres denuncian para hacer justicia, entendida como la acción que busca “*que pase algo con el agresor*” como su judicialización, sobre todo cuando éste es un conocido sin relación o hace parte de un grupo delincuencial o armado. La falta de justicia afecta el proceso de recuperación de estas mujeres, por eso solicitudes como “*(...) el pedido de cadena perpetua para ciertas cosas habla de esa necesidad de que la justicia opere y si esa justicia no opera yo no confío como víctima de la justicia y el agresor se la pasa por la galleta*”³⁸ (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015).

Entonces, la decisión de denunciar es un paso significativo, si se tienen en cuenta las dificultades personales, emocionales y sociales que acarrea esta decisión; así como

³⁸ Expresión que significa por encima de la norma, no respeta la norma.

las implicaciones personales que tiene enfrentarse a la impunidad³⁹. La impunidad transmite socialmente el mensaje de naturalización de la violencia contra las mujeres, y genera culpabilización en quien la vive, pues “*si esto no lo castiga nadie es porque nosotros tenemos la culpa, es porque nosotros no nos cuidamos ¿Sí? y fuera de eso, imagínate el problema **social** de la impunidad frente a la violencia sexual y al feminicidio, y a la violencia intrafamiliar, y a todas...*” (Integrante Red de Derechos Sexuales y Reproductivos, entrevista, marzo de 2015). Este problema social se relaciona con la dificultad para avanzar como sociedad en dimensionar que la jerarquía de género produce violencia y niega el goce de los derechos humanos.

Entonces, el apoyo de las organizaciones sociales al posibilitar reconocer las situaciones de violencia sexual, permite enunciarlas como un asunto político, puesto que “cuando significativos colectivos humanos adquieren conciencia política crítica sobre las dominaciones de que son objeto se están dando así mismos la posibilidad de destruirlos” (Cobo, 2005, p. 256). Esto lleva a sacar las violencias contra las mujeres del ámbito privado, cuestionar estas acciones como vulneración de la libertad de las mujeres, y realizar un proceso de reparación que desculpabilice a la víctima.

Obstáculos en la Ruta Institucional

La omisión: Respecto a los entornos laborales o académicos donde se desenvuelven mujer y agresor, se manifiesta la omisión de la situación por parte de las directivas y, por ende, de compañeros-as de trabajo. Esta omisión es un mecanismo que fortalece los roles de género imposibilitando que la mujer agredida refuerce el reconocimiento de la violencia. Esta indiferencia se expresa en la subvaloración de la agresión, lo que genera confusión entre la vivencia que plantea la mujer y la postura del funcionario-a, directiva, jefe, etc. Igualmente, esta omisión consigue impregnar de duda a la agredida

³⁹ La coordinadora del Programa de Derechos Humanos de las Mujeres, Corporación Mujeres que crean, nombra los avances en los protocolos de atención de violencias sexuales y en la contratación de personal formado en perspectiva de género. “En el CAIVAS, por ejemplo, se cuenta con médicos legistas (hombre y mujer) para que la víctima elija con quién se siente mejor para ser atendida, la atención se realiza basada en la ley. En los hospitales está el código fucsia, para la identificación de urgencias por violencia sexual. Se avanza en las capacitaciones a personal de salud para activar el protocolo de atención. En la personería se cuenta con una abogada con formación feminista, al igual que una profesional con esta formación en el enlace con las unidades territoriales” (Corporación Mujeres que Crean, Entrevista, mayo de 2015).

y, en algunos casos, la lleva a pensar que está forjando un drama; por consiguiente, se deja la violencia en el ámbito privado.

En el caso de Melisa, estos cuestionamientos y la omisión de la violencia los encontró también en el entorno académico al que pertenece junto con el agresor, quien, además, se desempeña como docente,

Autoridades Universitarias: “Mira yo tengo conocimiento, total apoyo, cuando necesite algo nos dice, que es muy grave, que vamos a estar como muy pendientes, que si necesita algo me diga”. Y bueno, yo le decía: “bueno listo, muchas gracias, entonces dígame ¿yo cómo hago?” porque yo sí le pregunté que, eh, que cómo hacía yo para obtener seguridad. Y me dice “cuando necesite ayuda, cualquier cosa con el jefe de departamento (...)”. Entonces [el jefe de departamento] me decía: “bueno, a la orden” Pero entonces yo le decía “(...) me sigue llamando, me sigue con esto”, pero no hacía nada, o sea la universidad en realidad nunca lo citó a decirle: “venga, ¿qué es lo que pasa?”. (...) Ya luego empezó el proceso con la Fiscalía y con eso, entonces me llamaron y me dijeron: “venga, hablemos, sentémonos a hablar, qué es lo que pasa”. (Melisa, testimonio, agosto de 2015)

Melisa acude a las autoridades académicas buscando resolver la situación y con la intención de encontrar apoyo, sin embargo, encuentra negligencia como expresión de negación de la violencia sexual y, por tanto, de sus derechos. En la misma vía se encuentra el caso de Marcela, en su situación la intención de racionalización por parte de quien la escucha anula las consecuencias que ésta produce, su compañero de trabajo plantea que “(...) como [científica social] tenía que entender que [el agresor] era un costeño, y que los costeños eran como muy así "arrechos"⁴⁰ entonces que le extrañaba que una situación de esas me desestabilizara tanto” (Marcela, testimonio, noviembre de 2015). Entonces, la justificación de la violencia sexual como producto de la tradición y en la indiferencia de las autoridades académicas -en el caso de Marcela- lleva a encubrirla, y deslegitimar la denuncia de la agredida, abonando, con ello, a la reproducción de la misma.

De las mujeres testimoniantes que recorrieron la ruta institucional solo dos casos fueron abordados desde la reivindicación de sus derechos. En el entorno laboral de Diana se solidarizaron sus compañeros-as, el personal de vigilancia y el jefe directo para protegerla cuando el agresor acudía al Centro Médico por problemas de salud, y la

⁴⁰ Activo sexualmente.

acompañaban también en el recorrido de la ruta institucional. Renata denuncia el acoso ejercido por un docente ante las autoridades académicas, quienes citan a ambos y toman medidas sancionatorias.

La burocracia como barrera institucional. Las barreras están dadas también por la *burocracia*, entendida como la falta de orientación eficaz para una mujer que busca resolver la situación de violencia. Ésta se expresa por la falta de claridad de las rutas de atención o por negligencia de quienes atienden. La falta de claridad en la orientación a las mujeres en la trayectoria de los procesos de denuncia evidencia la incoherencia con la realidad de quien vive la vulneración de sus derechos. Se encuentra, además, que la garantía de los derechos se vuelve un asunto de privilegio de clase y de educación, pues tiene más posibilidades de reivindicación de los derechos quien tiene las herramientas conceptuales para ello, o quien puede acceder al acompañamiento de conocedores del tema. Incide también, la voluntad del funcionario-a de turno para el reconocimiento de la violencia sexual como delito. Cuestionamiento que se plantea Diana, quien considera que es privilegiada por su estatus económico y educativo,

Uno que puede, que tiene quien lo acompañe, y que coge el carro y vaya, en fin (sonrisa) o si no tiene carro pues que tenga plata y que pueda transportarse, pero esto que se ve en barrios en señoras de estratos más bajitos hasta de veredas que van a hacer eso. (...) ¡Jum!, no, y mirando que ahí había señoras esperando, siendo, y yo: no... Sí unas con niños de pronto para demanda de alimentos, quien sabe. Y yo dios, si le van a decir lo mismo estas secretarias: “que vaya le entregue la orden al otro” ¡no! hasta ahí llegan, pues. Uno por lo menos se puede mover un poquito más. (Diana, testimonio, octubre de 2016)

Este cuestionamiento no solo está presente en estas instituciones judiciales, sino también en la relación que se estableció con el agresor y el rol como profesional,

Eso de, del por qué a uno, de que yo qué había hecho para que me pasara eso a mí, de qué cosas había hecho ese “man” en el campo o en donde trabajaba, pues si es un “man” que supuestamente defiende derechos humanos haciendo esas vainas, son unas cosas nefastas; y que uno también a veces tiene una pre-concepción de la gente en donde la encasilla y a veces uno se lleva muchas sorpresas con esas personas que están en esos procesos sociales, probablemente el mismo hecho que estén en procesos sociales no sea una garantía de que sean respetuosos, de que cumplan vainas, además por varias historias que he conocido. (Liliana, testimonio, diciembre de 2015)

En los casos de Liliana y Marcela se plantea la preocupación al considerar que, si la situación de violencia sucedió con ellas, que por su formación tienen unas herramientas para defenderse y hacer algo con la agresión y contactos en quienes respaldarse, qué puede pasar con otras mujeres que se encuentran en lugares más recónditos del país y que confían en los profesionales defensores de los derechos humanos como posibilidad para resolver otros conflictos.

Las profesionales institucionales del área de la psicología manifiestan poca oferta en la atención psicológica con enfoque de género para la atención de mujeres agredidas sexualmente. Algunas corporaciones de la ciudad y la Secretaría de Equidad y Género prestan este servicio, pero no alcanzan a cubrir la demanda. Se destaca que para una corporación aborde esta problemática desde la atención psicológica requiere la autorización del Ministerio de Salud, así como recursos para sostener a los/las profesionales encargados-as. El Estado financia un proceso terapéutico psicológico de 10 sesiones con unas metas específicas. Se presentan mujeres a quienes la violencia les ha generado un trauma tal que necesitan un acompañamiento terapéutico más amplio para profundizar en asuntos que le permitan resurgir. Generalmente muchas de ellas no tienen la capacidad económica para acceder a una atención particular (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015).

En dichas barreras institucionales inciden también las dinámicas contractuales que impiden que funcionarios-as públicos tengan continuidad en sus cargos. Esto perjudica los procesos de denuncia o la atención psicológica, de igual manera repercute negativamente en los procesos formativos para la atención de estas problemáticas. Por lo tanto, no es posible contar con la totalidad de un personal capacitado para prestar una atención adecuada y de calidad, en la que los prejuicios propios de la socialización de género del profesional encargado, no interfieran en los procesos, y evitar, así, la revictimización, la justificación del caso y por ende la impunidad,

(...) esas situaciones de violencia movilizan la propia subjetividad, despertando todos los prejuicios y las cosas no resueltas que tenga quién escucha, eso requiere una formación específica que no siempre las instituciones tienen y por eso es más susceptible que se victimice a una persona. No importa si es mujer u hombre porque si es mujer siempre se está adjudicando la responsabilidad a ella y si es hombre porque se le está cuestionando su virilidad. (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015)

Los casos atendidos por las profesionales institucionales entrevistadas, evidencian que por falta de conocimiento y/o importancia del personal encargado, el protocolo de atención judicial o en salud no se activa adecuadamente. Ante una lesión sexual, la ruta de atención adecuada inicia con el abordaje de la salud, que prioriza así el bienestar de la mujer. Uno de los mecanismos para activar este protocolo de una manera ágil es a través del Código Fucsia⁴¹. Sin embargo, como en toda norma hay que diferenciar entre lo consignado en el papel y su ejecución, allí influyen *“los imaginarios y creencias que cada persona tiene. Aunque el protocolo está bien diseñado quien implementa es una persona entonces está atravesado por sus imaginarios, entonces dependiendo de sus imaginarios la atención que le brinden a la mujer va a ser de calidad o no”* (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015).

La escucha es uno de los ejercicios fundamentales con la cual se evidencia la deconstrucción de los patrones culturales patriarcales. Por ende, en la formación de funcionarios encargados de atender estas violencias, se busca que en la escucha del caso se posibilite el autocuestionamiento de la propia posición respecto a este tipo de agresiones, *“(...) yo como me despojo de eso que me está cruzando y habitando para poner la mirada en el por qué el otro te agrede, no porque vos te lo buscaste... (...) es una reacción completamente generalizada y que está orientada a de-responsabilizar a quien agrede”* (Coordinadora Programa Derechos Humanos de las Mujeres, corporación Mujeres que Crean, entrevista, mayo de 2015).

A partir de estas consideraciones, emerge de manera significativa la relevancia de un abordaje de los casos desde un *marco interpretativo de la violencia patriarcal* (De Miguel, 2008) que tenga en cuenta la socialización de género del agresor en la que se configura el ejercicio de la violencia hacia las mujeres. De esta manera, reducir la justificación de los casos desde miradas como: la violencia resultado de la falta de autocuidado de la mujer.

La confrontación con el agresor. En la denuncia de los casos se insiste en la *confrontación con el agresor* como medida para el abordaje directo de la violencia. Algunas mujeres inicialmente se niegan a hacerlo porque le temen al agresor, porque no

⁴¹ Se trata de un código de emergencia adscrito a Metrosalud (entidad del estado encargada del control de la red de servicios de salud en Medellín) para la atención de emergencias por violencia sexual, cuya especialidad está en guardar la confidencialidad del caso y orientar a quien ha sido agredido-a de manera más directa y puntal.

quieren volverlo a ver o por miedo a la manipulación emocional. Otro grupo de mujeres acceden por el interés de solucionar rápidamente la situación. En este primer momento de denuncia se plantea la confrontación como un paso obligatorio para poder registrar el caso. Por ejemplo, Diana se asesoró de una amiga suya conocedora del tema, quien le compartió herramientas para su defensa. Una de ellas fue el acercamiento a la ley 1258 que ampara el derecho a evitar la confrontación con el agresor, herramienta que le permitió legitimar su relato ante la postura de una de las secretarías de Comisaría de Familia que sutilmente la obligaba a la confrontación con el agresor a través del envío de la citación con ella.

Este rasgo de confrontación también está presente en los entornos laborales o de estudio a los que pertenece el agresor. Propuesta que se convierte en exigencia sutil. En el caso de Melisa, luego que llegara a la decanatura de la universidad la citación de derechos humanos, las autoridades académicas la invitan a una reunión donde citan también al agresor. Ella, en principio se rehúsa, pero ante la impotencia acepta la propuesta pensando que sería respaldada y que estos funcionarios serían autoridad para que el agresor interrumpiera el acoso. La confrontación derivó en el refuerzo del maltrato a Melisa por parte del agresor; las autoridades académicas no reconocieron el caso como violencia sexual, por lo tanto, no se tomaron medidas para su abordaje. La obsesión de su compañero de estudio no se moderó ante las autoridades académicas, más bien fue el espacio para justificar el acoso como acto de amor. Ante ellas maltrató a Melisa por medio de recriminaciones, culpabilización, amenazas; en todas ellas implícitos los estereotipos de género y su negación a dejarla tranquila,

Entonces lo escuchamos, dijo que, que él era, que una persona intelectual tenía un promedio de vida de 80 años, que él ya tenía cuarenta y tantos que yo decidiera cómo quería pasar los otros años junto a él, que si bien o si mal. (...) él decía que sí había cometido muchos errores pero que yo lo tenía que escuchar, que yo lo trataba, que yo lo humillaba, que, si yo me creía más que él, y que yo era la culpable de que él fuera así, (...) que mi arrogancia y mi petulancia no permitían escucharlo y que por eso él tenía que recurrir a sus medios para que yo lo escuchara. (Melisa, testimonio, entrevista, agosto de 2015)

Quien agrede a Melisa se caracteriza por ser un hombre con un sentido de dominación y superioridad significativo ante las mujeres “(...) *es que yo soy iyo soy un hombre! ella me tiene que prestar atención*” (Melisa, testimonio, agosto de 2015). Las emociones que

le genera la negación de Melisa se expresan subvalorándola desde el hecho de ser mujer, pues este es un factor de menosprecio que le facilita denigrarla como persona por no respetar su masculinidad, aspecto que justifica su agresividad. Sin embargo, este rasgo dominante se ancla en la posición de las autoridades académicas debido a la ausencia de la defensa, lo que permite que el agresor siguiera en su posición.

Las autoridades académicas determinaron que debía controlarse y dejar de buscarla, pero no se presentó una medida sancionatoria que posibilitara el fin del acoso, por lo tanto, este continúa, y produce una acción violenta hacia la pareja de Melisa, complejizando la situación de acoso. El conocimiento del caso sale del entorno universitario a partir de acciones de organizaciones sociales que lo divulgan a través de los medios de comunicación, en los que se evidencia la negligencia de las autoridades académicas.

En el caso de Silvia, se manifiesta la obligación de confrontación con el agresor en la Fiscalía y en el entorno laboral. En este último las recriminaciones fueron más fuertes, el personal de la organización juvenil reaccionó con burlas y chistes justificando el accionar del agresor, lo ubicó en un lugar de vulneración por las medidas tomadas por Silvia ante la indiferencia que encontró en la ruta institucional y laboral. Las huellas físicas que dejó el episodio de agresión sexual no tuvieron importancia, al contrario, fueron minimizadas al señalarlas como una exageración,

Quando... luego, luego ya, en el proceso que yo estaba eh... empezaron a decir que "como el gato había cogido a la gata" entonces lo único que se necesitaba era hacer como una reunión, cierto, re-victimización: yo me siento con el victimario y el victimario me dice que él está muy arrepentido porque él después fue allá y dijo que estaba muy arrepentido, y creo que lloró, hizo un show, entonces la victimaria era yo, cierto. (...) Y, quienes estaban al frente en ese momento del proceso decidieron que, pues decidieron que se iba a hacer eso de la mesa redonda esa, y a mí me dio mucha rabia (...) Pues no, como que nos reunimos con el victimario pa' que él se arrodille y después de yo tener la cara golpeada y tal. O yo no sé ellos qué querían hacer, pero a mí no me pueden obligar, y yo me fui (con voz cortante). (Silvia, Testimonio, mayo de 2015)

Tras la indiferencia del entorno laboral, Silvia decidió, como acción política, divulgar virtualmente un comunicado entre las organizaciones de mujeres y juveniles de la ciudad donde expresaba no sólo la violencia vivida sino también los asuntos que le generó la reacción del entorno en el que hacía parte con el agresor.

Ruta afectiva: Entornos familiar, de amistad y pareja

De acuerdo a los testimonios recolectados, esta ruta se refiere a la búsqueda en los entornos más próximos a la mujer agredida: familiar, de amistad y de pareja. Contempla cuatro fines: 1) reconocer y reafirmar la situación antes de acudir a la ruta institucional; 2) tener apoyo afectivo; 3) lograr contención ante la falta de credibilidad en las instituciones judiciales; 4) búsqueda de una reparación o sanación personal en los casos donde se tuvo la intención de denunciar, pero no fue posible hacerlo.

Inmediatamente después de la violencia sexual se busca el respaldo de los entornos más cercanos como apoyo y reconfiguración de la realidad, dado que, en algunos casos, inicialmente se presenta distorsión de la realidad y confusión desatada por la confrontación de las emociones y la situación de agresión en la que incide, por ejemplo, el miedo por las posibles represalias por parte del agresor,

Entonces en esas yo llamé al que era en el momento mi novio, y yo le insistía mucho que me dijera si yo estaba despierta, si estaba viviendo una realidad, que qué era lo que estaba pasando (...). Entonces me decía que sí, que realmente estábamos hablando, pues como tratándome de ubicar porque yo como que no sabía si era una pesadilla, no sé.” (Marcela, testimonio, noviembre de 2015)

(...) yo cómo me voy a quedar con esto, pa' dónde voy a pegar, yo no me voy a volver para allá, yo me voy para la casa y ¿digo que esto qué fue? ¿Cómo me trago todo esto? él va a seguir buscándome, entonces si me busca yo cómo disimulo, yo cómo voy a hacer, entonces va a empezar a presionarme, o yo no sé qué. Entonces le conté a ella [a su amiga]. (Diana, testimonio, octubre de 2015)

El entorno de amistad es al que más acude una mujer agredida en la búsqueda de desahogo y apoyo. También es el que presenta mayor presión para realizar la denuncia por la indignación que genera la situación; indignación que, a su vez, promueve el compañerismo y la solidaridad,

El hombre se indignó, se puso muy triste porque siempre habíamos hecho trabajo de campo juntos entonces me decía que el que me hubiera pasado a mí era como si le pasara a él. El hombre que me hizo esto iba a escribir un libro y él iba a hacer el prólogo, y él se abstuvo totalmente a hacerle el prólogo, porque dijo que él no iba a avalar esas prácticas. (Liliana, testimonio, diciembre de 2015)

Este entorno también facilita que los aspectos que genera la situación, como angustia, malestar, incomodidad, sean reconocidos como parte de una agresión que

posteriormente se define como violencia sexual, sobre todo para los casos donde no hay una agresión física: “Entonces, empezamos con el problema, el problema, el problema, entonces yo hablé con una amiga de acá de la [Universidad] (...), le dije: “Tati mirá me está pasando esto y esto, y esto”. Me dijo: “Amiga, eso se llama acoso”” (Melisa, testimonio, agosto de 2015). En el caso de Diana se presenta el apoyo de dos amigas principales quienes la ayudan a orientarse frente a la agresión. Una de ellas reconoce la agresión como violencia de género y violencia sexual, motivándola a denunciar. Una segunda amiga le comparte herramientas para defender sus derechos en el trayecto de denuncia, la instruye en la ley 1258 para defender el derecho a no confrontar al agresor; herramienta que le permitió tener mayor confianza y credibilidad en el recorrido de la ruta institucional.

La pareja es una de las figuras en las que más se apoyan las mujeres que vivieron violencia sexual por parte de sus compañeros de trabajo o estudio y, en uno de los casos, de violencia sexual en grupo. En ellos se encuentran tres tipos de reacciones:

➤ *Recriminación* por transitar en el ámbito público. Este se manifiesta en los estereotipos de género que afloran en el lenguaje de la pareja, y su búsqueda por detener las acciones políticas que quiere emprender la mujer agredida para reivindicar sus derechos,

(...) ¿Y él por qué estaba en su casa? y usted por qué (...) Pero por qué no me dijiste, por qué no hablaste conmigo, por qué no me contaste, por qué sí, por qué no. Y yo: “Porque era yo (con contundencia) porque yo soy la que tengo la cara morada, y yo soy la que está violentada. (...) yo me sentí muy sola, y me sentí re-victimizada, me sentí agredida, me sentí en medio de un montón de machos. (Testimonio, Silvia, 2015)

“Pa' qué se pone a tomar (...)”. Eso generó conflicto en otras salidas de campo con mi pareja del entonces, porque siempre era la advertencia: “Ojo no se ponga a beber, ojo tal cosa”. Como si volviera a pasar, si pudiera volver a suceder por culpa mía. (Testimonio, Liliana, 2015)

➤ *Indignación* por lo sucedido y *acompañamiento* en el proceso de búsqueda en la ruta judicial. La pareja de Marcela -un hombre pacífico, como lo describe ella- reaccionó inicialmente mostrando las ganas de asesinar al agresor, luego la acompañó constantemente en la búsqueda institucional. Sin embargo, las consecuencias emocionales en Marcela afectaron la relación. Las muestras de cariño

se transformaron, el ámbito sexual quedó relegado, hasta que finalmente se presentó la ruptura. En el caso de Melisa su compañero estuvo con ella, intentó defenderla en alguna ocasión tratando de hablar con el agresor, pero éste no le invocó respeto. Sin embargo, en la relación con Melisa no dimensionó la situación, aspecto que le generaba incompreensión de la afectación emocional que le producía la violencia a Melisa. Transcurrido un tiempo, su novio fue agredido físicamente por el acosador.

En el caso de Doris, la pareja con quien convivió (posterior a la violencia) la acompañó en el proceso de reparación, la motivó a buscar ayuda en organizaciones de mujeres. Pero un día tras unos tragos intentó abusar sexualmente de ella. Ella no permitió que una situación así tuviese el riesgo de repetirse, por ello, decidió separarse,

Quando él intentó hacer eso, los recuerdos se apoderaron de mí, yo cerré los ojos, todo, vi los hombres, vi qué era lo que me estaban haciendo, vi todo eso. No sé cómo saqué fuerzas y yo lo estrujé de mi cama, y yo le dije en ese momento, me paré llorando: “hasta aquí, hasta hoy vivimos juntos, ya no quiero vivir más con usted. Yo ya me quiero mucho, yo ya me valoro mucho, yo no me voy a dejar volver a pisotear ni de usted, ni de nadie”. Entonces me dijo que yo era muy guapa: “¿Usted es muy guapa?” Yo: “Sí. Para yo seguir sola adelante, yo me creo muy guapa”, y hasta ese día viví con él. (Doris, testimonio, junio de 2015)

Aunque la pareja de Doris la acompañó en el proceso de sanación de las múltiples violencias vividas, el estado de alcoholización de su pareja significa para ella el deseo de dominación que relaciona con quienes la agredieron sexualmente. La autovaloración que logra cultivar le permite no depender de él ni emocional ni económicamente y, por tanto, tener la seguridad de salir de la relación. Este aspecto se resalta, pues se observa que en ella se manifiesta responsabilidad respecto a las violencias sexuales vividas por los actores armados al decir que *ahora se valora y no permitirá que la agredan*. Esto se traduce en que la falta de amor propio permitió que se presentara la violencia sexual, desvinculándose de una realidad en la que los actores armados se apropian de su cuerpo como estrategia de guerra. Este reconocimiento desde la autovaloración también está presente en la historia de Maritza, quien manifiesta que por falta de autoestima le permitió a su novio que la abusara sexualmente, aspecto que en el presente no lo permitiría por el proceso personal que ha realizado.

El estereotipo de la puta

En la ideología dominante de contenido católico, el cuerpo de la mujer es un espacio sagrado y, por ende, objeto del tabú: en él se verifica la creación de cada ser humano, una y otra vez, como un ritual. Es también, por la extensión de sus cualidades a todos los espacios de vida de las mujeres, de la sociedad y del universo, una matriz cultural cosmogónica. (Lagarde, 2005, p. 203)

El concepto de *la puta* se refiere a una “categoría de la cultura política patriarcal que sataniza el erotismo de las mujeres, y al hacerlo, consagra en la opresión a las mujeres eróticas” (Lagarde, 2005, p. 560). En los testimonios recolectados encuentro que en el contexto de la violencia sexual este concepto es comúnmente utilizado a modo de insulto, humillación e intimidación. Durante el ejercicio de la violencia el término está presente como expresión que desahoga la impotencia del agresor. Posterior a ella, se manifiesta como señalamiento en la voz de los entornos en los que la agredida busca resolver la situación: generalmente en funcionarios-as públicos de instituciones judiciales.

Marcela Lagarde (2005) habla de la condición de la mujer como constitución de las características socioculturales e históricas que la conforman genéricamente como ser social y cultural. Características en las que se encuentra como factor común que su existencia está dada en el carácter de propiedad o de servicio a los otros, entonces “la condición de las mujeres es opresiva por la dependencia vital, la sujeción, la subalternidad y la servidumbre voluntaria de las mujeres en relación con el mundo (*los otros*, las instituciones, los imponderables, la sociedad, el Estado, las fuerzas ocultas, esotéricas y tangibles)” (Lagarde, 2005, p. 159). En esta construcción sociocultural de la mujer no se incluye la autonomía, la independencia y la libertad, es decir, se anula la construcción como sujetos en lo que la autora llama el cautiverio,

Desde una perspectiva antropológica, he construido la Categoría cautiverio como síntesis del hecho cultural que define el estado de las mujeres en el mundo patriarcal. El cautiverio define políticamente a las mujeres, se concreta en la relación específica de las mujeres con el poder, y se caracteriza por la privación de la libertad, por la opresión. Las mujeres están cautivas porque han sido privadas de autonomía vital, de independencia para vivir, del gobierno sobre sí mismas, de la posibilidad de escoger y de la capacidad de decidir sobre los hechos fundamentales de sus vidas y del mundo. (Lagarde, 2005, p. 37)

Dentro de este cautiverio se encuentra la *madresposa* y la *puta* como condiciones que se constituyen en definiciones estereotipadas de la mujer, ambas en contraposición respecto a la vivencia y a la aceptación sociocultural del erotismo. El cautiverio de la *madresposa* se configura en las definiciones que la autora denomina como *positivas de las mujeres*: la sexualidad volcada hacia la procreación, el ser para los otros a través de la maternidad que inculca cuidado y sacrificio, y a la pertenencia conyugal. De esta condición se deriva la *materno-conyugalidad*, en la que “debido a la escisión de la sexualidad femenina, el erotismo subyace a la procreación y, negado, queda a su servicio hasta desvanecerse” (Lagarde, 2005, p. 39). Contrario a ello está la *puta*, grupo de mujeres en el que se acepta la vivencia del erotismo, pero para el placer de otros, en cuya relación no se establece un compromiso con los hombres a quienes se complace.

Esta contraposición entre *madresposa*, como mujer aceptada dentro de la normativa social y la *puta* como mujer estigmatizada por la vivencia del erotismo sin mediar la procreación, lleva a la cosificación de las víctimas y las ubica, así, en el lugar del merecimiento de la violencia. En los testimonios se observaba, que a través de la denominación como *puta*, el agresor somete y aterroriza a la mujer y posibilita la materialización del acoso, el abuso y la violación como tipos de dominación y acceso al cuerpo de la víctima. Allí, “El erotismo dominante recrea en su asimetría, la discriminación, la subalternidad, la dependencia y la sujeción de las mujeres. Es un erotismo de la opresión” (Lagarde, 2005, p. 210).

En ese erotismo de la opresión manifiesto en la palabra *puta* se nombra la frustración del agresor como forma simbólica de poder sobre la víctima. Al respecto se encuentra el caso de Melisa. Al no corresponder al ofrecimiento del “amor” que dispone su compañero de estudio, éste le expresa sentimientos de afecto conjugados con resentimiento y dolor, desde los cuales se configura el acoso. En diferentes espacios le recalca la exigencia de estar con él: ante su novio, su entorno estudiantil, las autoridades universitarias y judiciales,

Me decía que... eh, que me amaba, que me quería, pero que lo perdonara, que amar no era pecado. Y me decía que, que él siempre me iba a querer, que yo era la mujer de su vida. Que... (Silencio) que, había sido lo peor que había conocido, que nunca había conocido a **una mujer tan petulante y tan egoísta como yo**. Que, que era una egoísta, (...) Y luego terminaba los correos, o sea, así con unos versos, con unos poemas, luego con canciones. Me decía que él me amaba, que él nunca iba a negar nada

de lo que sentía por mí, que si lo tenía que decir ante un juez o ante mi familia que lo iba a decir (...).

(...) [él le decía] lo único que ha hecho es andar por ahí regándose, lo que ha hecho es andarse regalando, lo que ha hecho es, es, lo que usted quiere es ser **una mujer como cualquier otra mujer**. Usted no está acá para formarse y para ser una **buena mujer** sino para ser igual que todas las mujeres que están en las universidades, eh, las pobres primíparas⁴² que llega cualquier estudiante y las deslumbra, y de una se entregan y se vuelven nada. (Melisa, testimonio, agosto de 2015)

En este relato (como lo denotan las frases en negrilla) el agresor manifiesta dos estereotipos sobre la mujer (como categoría genérica): petulante y egoísta, por no corresponder a su deseo; y la definición de “mujer” como sujeto negativo en sí mismo: “lo que usted quiere es ser una mujer como cualquier otra mujer”. Este tipo de mujer se transforma en “buena mujer” de acuerdo a los espacios que habita, en este caso es la universidad la que, para el agresor, transformaría a las mujeres “encaminándolas” hacia esta cualidad.

A su vez, en este fragmento de su relato se observa la justificación de la desesperación del agresor en lo que él llama “amor”, y en el que sostiene el ideal de establecer una relación a futuro con ella; por lo tanto, no acepta un *no* como respuesta. Ante ello la recrimina y la estereotipa como *mala mujer*, merecedora del maltrato. *Mala mujer* que corresponde al significado de *puta*, que como palabra autentica va más allá de la actividad, es decir, del ejercicio de prostitución (Lagarde, 2005). Esta palabra se “transforma en signo y símbolo (...) se trata de una esencia vital: Puta, puede no ser en realidad una prostituta, sino una mujer decente madresposa, respetable. Sin embargo, algo hace evidente en ella, para quien la enjuicia, la lascivia, verdadero contenido del ser puta” (Lagarde, 2005, p. 563). Asignación que refuerza el orden del sistema patriarcal a través del estigma de la sexualidad que cuestiona el “honor” de la mujer, y con ello la validez como sujeto.

Siguiendo el caso de Melisa, el agresor busca atravesar esta falta de correspondencia a través de detalles como canciones cargadas de mensajes melancólicos, de un adiós que no se supera, “*canciones que concretamente hablaban de una época donde el amor se tramitaba de una manera romántica suicida, o feminicida*

⁴² Denominación para los-as ingresantes a la universidad.

(sonrisa) (...). *Todas las canciones que manda, tu encuentras el patrón es en “Yo te amaba de una manera limpia y tú me dejaste” (...)*” (Entrevista, abogada de Melisa, agosto de 2015). El acoso en este caso se sostiene en la manipulación emocional en la que le atribuye a Melisa la responsabilidad de su melancolía. Con ello justifica el acto violento y a través del miedo trata de asegurar la presencia de Melisa en su vida,

Entonces, hasta que un día, pues un día yo le dije: “Sentémonos a ver qué es lo que quiere, dígame qué es lo que quiere y yo le voy a escuchar y usted escúcheme también”. (...) Eh, nos sentamos y empezó a decirme: “Es que (...) ¡usted es una puta! -no sé qué- usted es una perra -no sé qué-”. (Testimonio, Melisa, agosto de 2015)

Esta forma de acercamiento del agresor hacia Melisa no fue analizada con perspectiva de género por el entorno educativo -al que hacen parte ambos sujetos- lo que posibilita la confusión del acoso con la búsqueda de un amor no correspondido.

Al mismo tiempo, el caso de Silvia (agredida por un compañero de trabajo) manifiesta este mismo estereotipo por parte de su entorno laboral. Allí, la denominación de Silvia como *puta* se observa en las expresiones de burla y sanción por parte de dicho entorno, por negarse al acercamiento sexual del compañero de trabajo. Acercamiento dado por hecho y justificado debido al lazo de amistad existente y, por ende, el señalamiento de la situación en términos de, “*el gato había cogido la gata*” (silencio) *cierto, ese fue el comentario “el gato cogió la gata”. Claro cómo nos veían juntos y tan... entonces, lo justificaron completamente “ah no eso es normal, una pelea de gatos”, cierto*” (Testimonio, Silvia, 2015). En este entorno laboral este tipo de acercamiento sexual es normalizado y se observa que el estereotipo de *puta* se construye desde la costumbre de los hombres de seducir y lograr un encuentro sexual con las mujeres que ingresan nuevas a dicho espacio, quienes luego son denominadas como tal ante los otros. De esta manera, este escenario permitido fortalece la violencia simbólica y no permite cuestionamientos ni acciones de rechazo de quienes hacen parte del entorno,

(...) es como [el] ritual de entrada, ese ritual que hay con las chicas nuevas, (...) sí, en esa época era así; (...) y después entonces ya **vos eras la perra, la fufa, la grilla**, y entonces ya suerte, sacudida por todos porque nadie quiere contigo. Sí, (...) como un ritual de bautismo, alguna de esas, de paso, cierto, que ni siquiera necesariamente puede haber un escenario violento porque es un escenario permitido”. (Testimonio, Silvia, 2015)

Asimismo, en el caso de Diana, su pareja la acusa por infidelidad, asunto que permite - para él- cualquier tipo de agresión y el posible asesinato. Acciones que son sugeridas, validadas y respaldadas por los hombres que rodean al agresor en su entorno cotidiano. La asignación del lugar como *puta* en este contexto despoja a la mujer de su categoría como sujeto, la cosifica y, por este motivo, la violenta como sanción,

Es que yo le decía: “Ay no, pues no me trate así”. “¿No? (...) Es que, antes te estoy tratando muy bien, como **una perra** es que te tengo que tratar, como dicen los camioneros de allá de la empresa: “que es que te tenía haber que matado arrastrada del pelo””. Que no sé qué, pues así cosas (...) Porque yo era como ¿qué es esto? Pues, como ¿qué es este trato? (Testimonio, Diana, octubre de 2015)

Este fragmento hace referencia al agresor y su grupo de pares⁴³: hombres trabajadores de la empresa que administra; con quienes desahoga su ira y dolor por la posible infidelidad de quien es considerada como “su mujer”. Con ellos reafirma la sanción hacia Diana como forma de recuperar su honra como hombre y el lugar de control dentro de la relación de pareja, pues esta “falta” implica perder el dominio sobre ella, y también disipar su lugar como sujeto masculino ante sus pares. Entonces, el estereotipo de *la puta* justifica la violencia como disciplinamiento y silencia a la mujer al denotar desprecio y subvaloración.

Las entrevistas a las profesionales expertas manifiestan el *insulto* como mecanismo que inferioriza, culpabiliza, sanciona e inmoviliza a la mujer por salirse de la configuración como madrespasa, correcta, femenina; y refuerza a su vez, la pertenencia de la mujer al hombre a través de posturas como “*eres mía, solo mía, te prefiero muerta a que no estés conmigo, tienes que hacer lo que yo digo. Estas posturas presionan e impactan la vida social y emocional de las mujeres*” (Entrevista, psicóloga Secretaría de Equidad y Género, 2015). Posibilidad que explica la confrontación entre el rechazo del maltrato y la dificultad de la mujer para salir de la situación violenta.

Recapitulación

En las rutas institucionales/judiciales y afectivas, que recorren las mujeres testimoniantes en el proceso de denuncia y de búsqueda de reparación emocional y

⁴³ Estructura de la violencia propuesta por Segato (2003). Desarrollada en el capítulo IV.

social, se presentan obstáculos que se materializan en términos de estereotipos de género que intimidan, acusan, estigmatizan y silencian a las mujeres. El estereotipo de *puta* manifiesta la percepción del merecimiento de la violencia hacia la mujer. Éste encierra el imaginario de la mujer que se sale del patrón cultural de la mujer correcta, que está al servicio de los otros, que restringe la vivencia del erotismo; la mala mujer por no cumplir con sus deberes afectivos y conyugales. Este tipo de estereotipos enjuician, intimidan, culpabilizan y aterrorizan a la mujer con el fin de lograr mantener su rol dentro del sistema patriarcal. En este orden, las instituciones judiciales hacen el llamado a mantener el sistema a través de la omisión, la burocracia y la búsqueda por confrontar al agresor, aspectos que logran, a su vez, que las mujeres difícilmente continúen con el proceso de denuncia judicial.

En los entornos afectivos se manifiesta la expresión de estereotipos de género en la reacción de las parejas de las agredidas, que refuerzan su ubicación en el ámbito privado y acrecientan de este modo los celos hacia ellas. El entorno familiar es el más ausente en cuanto al apoyo, ya que las mujeres no acuden por temor a perder la posibilidad de continuar habitando el ámbito público. El entorno de amistad es el de mayor contención para ellas por la credibilidad que tiene la situación, y la manifestación de la indignación ante la misma.

Como respuesta a este reforzamiento del sistema patriarcal se encuentran las organizaciones sociales de mujeres, lugares donde se politiza la situación, se promueve la desculpabilización y se evidencian las falencias del Estado en la atención de estas violencias.

Conclusiones

Uno de los cuestionamientos que subyace en los testimonios respecto al sentido y el origen de la violencia sexual se presenta en la pregunta (en ocasiones con angustia y otras con sorpresa) sobre ¿qué placer encuentra quien obliga a una mujer a tener relaciones sexuales sin su consentimiento? Situación que resulta ser incomprensible, más aún cuando quien ejerce la violencia es un miembro de la familia, como el padre o esposo. Entonces, se piensa que la violencia es producto de causas patológicas o de adicción a las drogas o alcohol; percepción que puede llevar a reforzar el estereotipo del "loco violento" o la concepción de la violencia como un "acto desenfrenado", que victimiza al agresor y justifica así su acción. Por lo tanto, al comprender que las relaciones entre hombres y mujeres (como categorías genéricas) están atravesadas por relaciones de poder, es decir, relaciones de género, se logra vislumbrar que la violencia dentro de un marco interpretativo patriarcal impone la relación dominada -dominador mediante la violencia simbólica y física-. Allí, se podría afirmar que la finalidad de la violencia sexual está en el orden del poder y no necesariamente en el orden sexual, como lo propone Segato (2013).

Como ejes teóricos para entender la pregunta de investigación, propuse: (1) El abordaje de la violencia sexual desde los estudios de género y la teoría feminista para comprenderla en términos de relación de poder basado en el género. Como una problemática social y política (2) Los procesos de búsqueda de reparación, es decir, aquello que hacen las mujeres posterior a la violencia sexual, yendo más allá de la reparación institucional y económica, con el fin de conocer el significado de esta categoría en el corpus testimonial y los obstáculos que presentan las mujeres en esa búsqueda. (3) El análisis de los obstáculos indicados cuya expresión se manifiesta a través de estereotipos de género como mecanismos culturales de constitución y reforzamiento del dominio en las relaciones de género.

Mi reto profesional y personal en la propuesta y desarrollo de esta tesis fue lograr el acercamiento hacia mujeres de diferentes estratos socioeconómicos y educativos con el fin de evidenciar que este tipo de violencia trasciende dichos estatus (sin desconocer el grado y las formas de vulneración en unos sectores más que otros), dado que su origen y sentido se fundamenta en las lógicas de una sociedad patriarcal. En

consecuencia, el corpus testimonial evidencia el registro de testimonios de mujeres que habitan sectores de la ciudad que están en el rango de clasificación socioeconómica del 2 al 4, con mayor predominio del estrato 3⁴⁴. Respecto al nivel educativo en el momento de la violencia, se encuentran mujeres bachilleres, estudiantes y profesionales universitarias.

Esta cuestión se confirma en la experiencia de las profesionales institucionales que se desempeñan en programas de carácter público y en consultas particulares. Allí se evidencia que la violencia sexual en los estratos del 1 al 4 ocurre en la infancia y adultez, generalmente; y que los estratos que menos acuden a consulta por este tipo de situación son del estrato 4 en adelante (se destaca que en corpus testimonial solo se registró un caso ubicado en este estrato). Por lo tanto, uno de los cuestionamientos que se manifiesta es si el nivel socioeconómico alto es una limitante para que las mujeres en esta situación no busquen ayuda o denuncien el caso. Ante ello una de las entrevistadas profesionales expresa, *“a veces nos preguntamos mucho si esa condición social y económica cuando hay estratos más altos limita que la mujer busque el apoyo y la ayuda, porque hay una sanción social o un qué dirán más presente”* (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015). Respecto al estrato 1, la información recolectada en la etapa de campo mostró que la dificultad en el acceso a la narración de las mujeres que allí habitan se relaciona con el temor que produce contar su historia debido a que los agresores hacen parte de sus entornos familiares o barriales, y particularmente cuando es miembro de un grupo armado o delincuencial que domina los territorios de los barrios periféricos de la ciudad. Ante mi indagación por mujeres que han sido violentadas sexualmente en las zonas de este estrato, las interlocutoras presentan una respuesta recelosa y distante.

Asimismo, las profesionales institucionales subrayan como aspecto relevante, la percepción sobre el acceso a la educación como factor protector que lleva a identificar con mayor facilidad este tipo de violencias. Sin embargo, en la experiencia en la atención de mujeres violentadas sexualmente se encuentra que no es así, y que una de las violencias más recurrentes en cualquier estrato socioeducativo la ejerce la pareja donde es más difícil la identificación del micromachismo y de la violencia sexual. Al

⁴⁴ Ver capítulo II.

respecto el corpus testimonial muestra que en los casos de la violencia ocurrida en el entorno de la pareja y de la familia, se manifiesta la posesión de las mujeres como forma de poder dentro del hogar. En uno de los casos se observa su normalización a través de la justificación de la dependencia económica y la consideración de la sexualidad como sentido del matrimonio. Allí la duda sobre denunciar o no a quien sería su pareja se complejiza al considerar como sanción el encarcelamiento, asunto que difícilmente se puede asumir por los afectos y la historia construida en este entorno. De igual manera, se confirma allí la falta de reconocimiento de la violencia sexual a través de dos percepciones: la relación sexual como responsabilidad de la mujer dentro del matrimonio; y como asunto secundario en el relato de la violencia dentro de la pareja.

El corpus testimonial evidencia la manifestación de tres tipos de violencia sexual: acoso, abuso y violación. El abuso sexual está más asociado a la violencia por parte de agresores familiares, ocurrida en la infancia y adolescencia; y la violación, ejercida por la pareja, y también por actores armados y delincuenciales cuya particularidad es el ejercicio de la violencia en grupo, presentándose allí un caso en el marco del conflicto armado.

La información sobre el tipo de agresor dio cuenta de la presencia de la violencia sexual en los ámbitos íntimo y no íntimo. Las violencias manifestadas según el ámbito social han incidido en la construcción de los significados de reparación, la búsqueda y su materialización. En estos ámbitos la violencia evoca dos sentidos respecto al dominio propuestos por Segato (2006) y relacionados con la cosificación de la mujer violentada: en el ámbito íntimo el varón acentúa su dominio. Al respecto, se encuentran las figuras que ejercen el mando como el padre y la pareja (basada en el amor romántico). Y en el ámbito público, se asocia con la exhibición del dominio, allí, se encuentra el ejercicio de la violencia en grupo por actores armados y delincuenciales, y por conocidos/sin relación. Respecto a los actores armados la violencia sexual resulta como ejercicio de disciplinamiento (Segato, 2016) de la mujer al transgredir el orden social impuesto por el grupo armado. De acuerdo a las narraciones, en este ámbito integro otro sentido, la violencia como producto de la impotencia ante la negación amorosa o sexual de la mujer objetivo, que irrumpe el vínculo de confianza a través del sentido de dominación intrínseca en la imposibilidad de autocontrol que llevan a subvalorar y anular la

decisión y la voz del sujeto de deseo. Este sentido se manifiesta en los casos ocurridos por conocidos/cercanos como compañeros de trabajo y estudio. Allí, la reacción de autocontrol evidencia en principio las características de la violencia simbólica.

Los obstáculos presentes en la búsqueda de reparación expresan los estereotipos de género como mecanismos culturales que posibilitan realizar una lectura de las relaciones y jerarquías de género como sustento de la reproducción y afianzamiento del sistema patriarcal. Por ello, la estigmatización de género basada en los estereotipos es uno de los factores socioculturales que más incide en la manera como una mujer aborda una situación de violencia sexual, cuyo imaginario cultural lleva a subestimarla, victimizarla y, por ende, discriminarla, al ubicarla en un estatus inferior respecto a las demás mujeres de un entorno social particular. Consecuentemente, se obstaculiza su proyecto de vida y su desempeño en la sociedad, la ancla en el ámbito privado como mandato patriarcal para las mujeres a través de la anulación de la autonomía, criterio y autovaloración, y se obstaculiza así la reparación. De esta manera, quiero resaltar que el dominio basado en el género se lo representa en la categoría de “macho” asignada al hombre (como genérico) y la estigmatización de la mujer a través del estereotipo de sumisión y cosificación para mantener dicho dominio.

Asimismo, los estereotipos de género como mecanismos de producción y reproducción del orden social patriarcal se sustentan en la violencia simbólica que intimida, silencia e invisibiliza la voz de las mujeres. Estos estereotipos abarcan y reproducen prejuicios, imaginarios y creencias culturales respecto a la sexualidad y a los roles sociales basados en el género, que reafirman la sumisión de la mujer en todos los espacios donde se desenvuelve. Así, el corpus testimonial y los datos sociodemográficos muestran que aún falta avanzar en el reconocimiento de los efectos psicológicos y emocionales que genera no solo la violencia sexual *per se*, sino también el abordaje social. En este orden de ideas, destaco el mayor reconocimiento que tiene la violencia física al ser materializable a través de las huellas en el cuerpo; asunto que se evidencia claramente en la anulación del acoso y abuso sexual como tipos de violencia sexual que en principio se expresan como violencia simbólica, pero que las entidades judiciales esperan que transgreda hacia la física para ser atendidas.

No obstante, los estereotipos de género no solamente se manifiestan en la voz de instituciones y entornos de la mujer agredida, sino también en la voz del agresor y de la agredida respecto al agresor:

Voz del agresor: se expresa la configuración de la mujer cosificada al ser maleable y sin autonomía; se denomina a la mujer como “puta” en los casos donde el agresor responsabiliza a la mujer por su acción; o cuando se resalta la sanción por la cual está sucediendo la agresión. Observable en la violencia ejercida en grupo por actores armados y delincuenciales, para quienes el estereotipo de puta toma fuerza durante la violencia.

Voz de la agredida respecto al agresor: En la contextualización de los casos ocurridos por agresores mayores de 40 años se destacan aspectos como: edad, soledad y estado de salud, como características que subestiman al agresor; importantes en la generación de confianza, que posibilitan la amistad o la relación de compañerismo. Por otro lado, se manifiesta la comparación entre el estereotipo tradicional del agresor sin recursos económicos y fuera del prototipo de belleza establecido culturalmente, y los agresores padres, pareja, amigo, y compañero cuyas características no coinciden con el agresor del que la sociedad invita a cuidarse.

En la reparación como categoría para indagar sobre la situación de las mujeres posterior a la violencia sexual en el ámbito psicológico, jurídico, familiar, de pareja, entre otros, se encuentran dos significados dentro del corpus testimonial (profundizando más allá de la asociación con la reparación institucional o económica), la reparación como *recuperación/sanación*, y como *levantarse de la situación*. El primer significado alude a un proceso de búsqueda por tramitar las consecuencias que deja no solo la violencia, sino los obstáculos en el trayecto de búsqueda de reparación. Y la segunda, se refiere a ser capaz de continuar con la vida, pero sin tramitar los efectos que produjo toda la situación. Estos dos significados dan cuenta del tipo de afectación de la violencia. En general, las mujeres que plantean el segundo significado son quienes consideran que la agresión sexual deja una marca o herida imborrable en sus vidas; y las mujeres que consideran la reparación como recuperación/sanación se relacionan con la situación de violencia desde otro lugar, percibiéndola como un episodio de sus vidas que generó mucho dolor, pero que lograron resolver.

Relacionado con estos dos significados, las mujeres testimoniante recorren dos rutas en busca de la reparación: ruta institucional y ruta afectiva (familia, pareja, amistad), que pueden o no estar articuladas. En estas dos rutas se encuentra como factor en común la atribución de la responsabilidad de la situación a la agredida. En la ruta institucional, esta responsabilidad se expresa en el estereotipo de “puta”, por estar fuera de su entorno doméstico (de ahí su consecuencia), tornándose más delicado al relacionarse el espacio con la diversión.

La ruta afectiva puede no relacionarse con la institucional/judicial, pues no todas las mujeres intentan denunciar al agresor. Estas rutas influyen de dos maneras en el proceso de reparación: reproduciendo y manteniendo el orden simbólico que fundamenta al sistema patriarcal, o cuestionándolo y transgrediéndolo al reconocer la violencia sexual como vulneración a los derechos humanos. En la ruta afectiva las mujeres buscan apoyo, bien sea para levantar la denuncia o para recuperarse emocionalmente, y restablecer su proyecto de vida. Aquí influye la posición de quien/es apoyan, ya que pueden impulsar para que la mujer logre restablecer sus derechos o anclarla en la idea de que la violencia sexual deja una marca emocional y social indeleble, negándole la posibilidad de comprender la situación como una vulneración de los derechos como ser humano y, puntualmente, como mujeres (asunto que se encuentra también en la ruta institucional); allí incide también el nivel de acompañamiento/sosporte o soledad de las mujeres.

En el acompañamiento no solo inciden los prejuicios, sino también el nivel de conocimiento del protocolo de atención y, por ende, del abordaje de este tipo de violencias por parte de quien escucha. Una de las profesionales institucionales considera que ante el alto índice de violencia de género y específicamente de violencia sexual en Medellín, como responsabilidad cívica, es importante escuchar sin juzgar pues todo sujeto *“puede ser un hombre para llorar y que, aunque no tenga claro el protocolo de atención pueda movilizarse para indagar sobre cómo proceder en estos casos”* (Psicóloga Cerfami, entrevista, mayo de 2015).

En la ruta institucional/judicial se observa de manera más evidente la hegemonía del sistema patriarcal a través de la reproducción de los estereotipos de género como mecanismos de omisión, estigma e intimidación hacia la mujer. Estos estereotipos

expresan la sanción hacia las mujeres por transitar en el espacio público y, consiguientemente, cuestionan la autonomía y libertad sexual en las mujeres. Entonces, en funcionarios-as públicos, abogados-as, directivas de instituciones a las que pertenecen agredida y agresor, se encuentran ideas alrededor de: una mujer no debe estar en la calle en la noche; por qué estaba de fiesta y bebiendo; una mujer no debe vivir sola, ni mucho menos invitar hombres a su casa. Cuando la violencia ocurre en la pareja, se manifiesta, en este personal de atención, la generalización del círculo de la violencia: *agresión-denuncia-perdón-agresión*, que se manifiesta a través de expresiones que obedecen al amor romántico, como ¿ya le llevó flores? ¿no le ha pedido perdón? Con esto, se naturaliza, minimiza la violencia sexual y se anula el reconocimiento de la violación o el abuso sexual como posibilidad dentro de este tipo de relación social. De ahí que difícilmente se le dé importancia a un episodio de violencia sexual, dado que prima la violencia física o psicológica como pruebas de maltrato.

La intimidación, la burocracia y la búsqueda de la confrontación entre agredida y agresor en esta ruta son la manifestación de la violencia simbólica que se expresa en términos de estereotipación de la mujer y de su rol social, cuya función es silenciar para mantener el *statu quo* del patriarcado. Por consiguiente, en este proceso se evidencia la ineficiencia e ineficacia del Estado Colombiano como garante de los derechos de las mujeres, su incapacidad para generar estrategias de deconstrucción de mecanismos culturales de orden patriarcal para la atención de este tipo de casos. Siguiendo a Segato (2013) estas instituciones son productoras y reproductoras de la impunidad. Si bien Colombia es uno de los países latinoamericanos que se caracteriza por la estructuración de tratados y normatividad respecto a la violencia de género, la distancia entre la realidad y normatividad respecto a estos derechos es bastante amplia. La falta de aplicación de leyes, declaraciones y políticas públicas relega la importancia, gravedad y consecuencias, tanto psicológicas como socioculturales, que ocasionan este tipo de violencias; y “ponen en evidencia la necesidad de que no se distorsionen ni omitan a la conciencia social todas las violencias basadas en el género. El efecto inmediato debe centrarse en no encubrir ni postergar la necesidad y la urgencia de legislaciones que abarquen todas sus manifestaciones” (Velázquez, 2007, p. 345).

No obstante, la justificación de la violencia de género no solamente se observa en las instituciones estatales, sino también en organizaciones sociales defensoras de los derechos humanos. El corpus testimonial da cuenta de dos casos cuyo agresor y agredida hacían parte de estas instituciones. La falta de abordaje de los mismos evidenció la jerarquía de género, que revictimiza a las mujeres agredidas a través de estereotipos como la mujer dramática, quien confunde la seducción con el acoso, y la sospecha de un posible romance entre los protagonistas; una de las testimoniadas dice *"vos tenés más de 18 años y podés asumir eso sola. Que la fundación no se puede hacer cargo de nada, no te puede respaldar en nada porque sos mayor de edad. Y que... pues... uno no sabe si eso fue cierto o no"*. (Testimonio, Marcela, 2015). Allí, el agresor es visto como víctima por la denuncia de la mujer, quien no mide las consecuencias que para este tiene. Posturas y reacciones que dan cuenta de la falta de reconocimiento de la violencia contra las mujeres como una vulneración y/o violación de un derecho humano.

Ante los obstáculos en la ruta institucional y afectiva, uno de los apoyos que buscan las mujeres o que se recomiendan entre sí es el acompañamiento de organizaciones de mujeres como mecanismo de presión a los procesos judiciales. Así, se evidencia la ineficiencia del Estado, ya que el camino de denuncia se ve truncado por la estigmatización social que se tiene como mujeres, generalmente estereotipadas desde su sexualidad. Allí, la cosificación niega a la mujer como sujeto, permite su vulneración, respalda y robustece la agresión por parte de los entornos e instituciones que refuerzan la violencia en el marco del sistema patriarcal. Empero, en estas organizaciones se encuentra apoyo emocional y posibilidad de abordar las consecuencias de la violencia a través de terapias grupales o atención psicológica, sin desconocer que no alcanzan a abarcar la cantidad de mujeres que buscan este tipo de intervención. Estos procesos expresan la sororidad en aspectos como: el reconocimiento de la violencia como vulneración de los derechos como mujeres, apoyo para la recuperación emocional y social, posibilidad de fortalecer una voz conjunta que identifique y denuncie cualquier tipo de manifestación de violencia contra las mujeres en diferentes espacios.

Para concluir, los datos sociodemográficos evidencian la presencia e incremento de la violencia sexual en la ciudad (incluyendo los diferentes tipos de violencia contra

las mujeres). Esta indagación de corte cualitativo posibilita conocer las dificultades que tienen las mujeres que marcan esas cifras para denunciar y reivindicar sus derechos, no solo como mujeres sino como seres humanos.

Entendiendo la cultura desde la antropología como “un conjunto de chips que nos programan, pero no de forma automática y necesaria, ya que, así como fueron instalados -por la costumbre, por la exposición a las primeras escenas de la vida familiar- también pueden, por lo menos teóricamente, ser desinstalados. (...) [dado] que el ser humano posee la característica de la reflexividad: puede identificar sus propios chips y puede evaluarlos, juzgarlos éticamente y desaprobarnos” (Segato, 2003, p. 143) es posible considerar procesos de resocialización de género como mecanismo cultural de configuración de valores que propendan en el debilitamiento de patrones culturales que refuerzan la jerarquía de género valiéndose de la violencia para mantenerse.

El corpus testimonial muestra la ineficacia del Estado y la necesidad de un trabajo pedagógico profundo y constante con funcionario-as de instituciones judiciales y personal de salud que posibilite repensar las relaciones de género, que se considere como variable fundamental en este proceso la atención a los casos de violencia sexual ocurridos en el marco del conflicto armado. Todo esto con el fin de identificar patrones culturales que reproducen la discriminación y la omisión de la violencia hacia las mujeres. Y dimensionar, así, que el efecto no solo es individual sino colectivo pues al justificar la violencia se obstaculiza su reconocimiento como vulneración a los derechos humanos de las mujeres con las especificidades propias de la violencia patriarcal.

Asimismo, se hace imprescindible el trabajo pedagógico encaminado en la deconstrucción de estos estereotipos, y el cuestionamiento de las relaciones de género a nivel individual y colectivo, que posibilite el tejido de relaciones reciprocas como factor fundamental para el debilitamiento de patrones culturales que han fortalecido la jerarquía de género. Así, como el reconocimiento de violencias de género, articuladas con el acercamiento de los protocolos de atención, que posibiliten apoyar emocionalmente y en la orientación en la ruta institucional y de salud a cualquier mujer que se encuentre en una situación de violencia sexual, enfatizando en la de-construcción de expresiones o ayudas que re-victimizan y promueven la discriminación como mujeres, siguiendo a Segato (2003),

No es por decreto, infelizmente, que se puede deponer el universo de las fantasías culturalmente promovidas que finalmente conducen al resultado perverso de la violencia, ni es por decreto que podemos transformar las formas de desear y de alcanzar satisfacción constitutivas de un determinado orden sociocultural, aunque al final se revelen engañosas para muchos. Aquí el trabajo de la conciencia es lento pero indispensable. Es necesario removerlo, instigarlo, trabajar por una reforma de los afectos y de las sensibilidades (...). Los medios masivos de comunicación, la propaganda -incluyo aquí la propaganda de la propia ley- deben ser en esto aliados indispensables. Y el trabajo de investigación y de formulación de modelos teóricos para la comprensión de las dimensiones violentas de las relaciones de género aun en las familias más normales y legales debe ser constante. (p, 133)

Si la transformación no se piensa desde los afectos que constituyen a la sociedad, difícilmente se va a poder comprender y reconocer las implicaciones psíquicas, sociales y jurídicas que contiene la justificación de este tipo de agresiones.

Uno de los asuntos que no pude realizar en esta tesis, y que considero importante en el abordaje de la violencia sexual, es el acercamiento a las mujeres testimoniantes para la lectura, identificación e interpretación de los elementos de análisis de sus testimonios, como posibilidad de reconocer -de manera conjunta- la violencia como un asunto político, y a partir de la conjunción de la voz individual con la voz colectiva de quienes hacen parte de esta tesis, evidenciar los mecanismos de reparación que configura cada mujer.

Aportes desde el proceso investigativo

A partir del desarrollo de esta tesis, surgen los siguientes aportes para el abordaje de la violencia sexual en el contexto de Medellín-Colombia:

- Reforzar en las mujeres la importancia de compartir las situaciones de violencia sexual como acto liberador individual y colectivo para evidenciar las falencias del Estado en el abordaje de las prácticas que legitiman la violencia de género y la falta de contundencia en la erradicación de las mismas. Además, es una temática que toma mayor relevancia en el actual proceso de paz en Colombia, ya que continuar con el reconocimiento de la violencia sexual en el conflicto armado sigue siendo fundamental para el proceso de reparación de las víctimas, y para repensarnos como país en la transformación de relaciones que eviten reproducir la jerarquía de género.
- Es necesario continuar y fortalecer procesos de desnormalización de la violencia sexual como parte intrínseca de la vida de las mujeres, que, consecuentemente, posibiliten su erradicación.
- Reconocer los diferentes tipos de violencias hacia las mujeres sin fragmentarlas, con el fin de entender el fenómeno de la violencia como un todo, aspecto significativo en la atención judicial de estas agresiones, para prevenir consecuencias lamentables como la violencia sexual y el feminicidio.
- Profundizar en la discusión sobre la educación como mecanismo para la erradicación de la violencia de género.
- Diseñar metodologías que permitan orientar a la sociedad en el acompañamiento a mujeres violentadas sexualmente, con el objetivo de generar herramientas respecto al conocimiento de la legislación que reivindica sus derechos; herramientas necesarias como respuesta a la omisión de la justicia. De igual manera, para prevenir los estereotipos de género que revictimizan a la mujer. Todo ello como contribución y apoyo al proceso de su reparación simbólica.
- Esta tesis evidencia que las organizaciones de mujeres son de gran apoyo en la recuperación de las mujeres violentadas, debido a la politización de la violencia y por

la sororidad en el abordaje de estas situaciones. No obstante, dada la magnitud del fenómeno, estas asociaciones no tienen los recursos suficientes para abarcar el personal necesario para la atención. Aspecto que evidencia la ineficiencia del Estado como garante en la atención de este sector de la sociedad, y de la necesidad de apoyo a este tipo de organizaciones.

Bibliografía

Alcaldía de Medellín. *Mapa de Medellín*: <http://www.zonu.com/detail/2011-08-16-14283/Comunas-de-Medelln.html>

Alcaldía de Medellín. (2010). *Municipio de Medellín: Viviendas estratificadas por comuna y barrio, según estrato*. Recuperado de <https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/wpccontent/Sites/Subportal%20del%20Ciudadano/Planeaci%C3%B3n%20Municipal/Secciones/Indicadores%20y%20Estad%C3%ADsticas/Documentos/Estratificaci%C3%B3n/Viviendas%20Estratificadas%20por%20Comuna%20y%20Barrio%202010.pdf>

Aponte, E., Femenías, M. L. (Comp.). (2008). *Articulaciones sobre la violencia contra las mujeres*. La Plata, Argentina: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP).

Archenti, N. (2007). Violencia de género. En Gamba, S. (Comp.). *Diccionario de estudios de género y feminismos*. 1º Edición. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Área Metropolitana:

<http://www.metropol.gov.co/institucional/Paginas/Presentacion.aspx>

Ariza, G. R. (2009). Las representaciones sociales de la violencia en las relaciones de pareja en la prensa de Medellín en el siglo XXI: El Colombiano 2001-2008. La Chiva 2002-2008. *Revista Venezolana de Estudios de la mujer*, 14(32), 71-97.

Bosch, E., Ferrer, V.A., y Alzamora, A. (2006). *El laberinto patriarcal: Reflexiones teórico-prácticas sobre la violencia contra las mujeres*. Barcelona, España: Anthropos.

Bosch, E., Ferrer, V. A., García, M.E., Ramis, M. C., Mas, M. C., Navarro, C., y Torrens, G. (2007). *Del mito del amor romántico a la violencia contra las mujeres en la pareja*. España: Universidad de las islas Baleares. Ministerio de Igualdad. Recuperado de <http://centreantigona.uab.cat/izquierda/amor%20romantico%20Esperanza%20Bosch.pdf>

Blair, E. (2008). Los testimonios o las narrativas de las(s) memoria(s). *Estudios Políticos*, 32, 85-115. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/espo/n32/n32a04.pdf>

Bourdieu, P. (1999). Violencia simbólica y luchas políticas. En: Pierre Bourdieu. *Meditaciones Pascalianas* (pp. 215-271). Barcelona, España: Editorial Anagrama.

Caballero, M. C. (2004). El acoso sexual en el medio laboral y académico. En: Viveros, M. *Saberes, culturas y derechos sexuales en Colombia* (pp.429-449). Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.

Carmona, V., Siavil, C. & Ribot, S. (2007). Implicaciones conceptuales metodológicas en la aplicación de la entrevista en profundidad. *Revista de Educación Laurus*. 13 (23), 249-262. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=76102313>

Cisneros, S. (2005). El feminicidio íntimo. En: Barcaglione, G., Chejter, S., Finténla, M., Kohan, J., France L, M y Pérez, D. *Feminicidios e impunidad* (pp. 24-33). Centro de encuentros, cultura y mujer.

Cobo, R. (2005). El género en las ciencias sociales. *Cuadernos de Trabajo Social* 18, 249-258.

_____. (1995). Género. En Amorós, C. (Dir.). *10 palabras clave sobre mujer*. España: Verbo divino.

Colanzi, I., Femenías, M.L., Seoane, V. (Comp.). (2016). *Violencia contra las mujeres: la subversión de los discursos*. Volumen V. Rosario, Argentina: Protohistoria ediciones.

Concejo de Medellín. *Acuerdo Municipal N° 09 de 2006: Política pública para la prevención y atención de las violencias sexuales que afectan a la ciudadanía, principalmente a mujeres, niñas y niños en la ciudad de Medellín*. Recuperado de <https://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/wpccontent/Sites/Subportal%20del%20Ciudadano/Equidad%20de%20G%C3%A9nero/Secciones/Normas/Documentos/2011/Acuerdo%209%20de%202006.pdf>

Congreso de Colombia. *Ley 1257 de 2008*, 4 de diciembre de 2008. Recuperada de <http://www.sdmujer.gov.co/images/pdf/ley1257.pdf>

_____. *Ley N° 1761*, 6 de julio de 2015. *Ley Rosa Elvira Cely, Por la cual se crea el tipo penal de feminicidio como delito autónomo y se dictan otras disposiciones*. Recuperada de <http://wp.presidencia.gov.co/sitios/normativa/leyes/Documents/LEY%201761%20DE%2006%20DE%20JULIO%20DE%202015.pdf>

Coria, C. (2007). Violencia de género. En Gamba, S. (Comp.). *Diccionario de estudios de género y feminismos*. 1º Edición. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Chejter, S. (2007). Violencia de género. En Gamba, S. (Comp.). *Diccionario de estudios de género y feminismos*. 1º Edición. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Corte Constitucional. *Auto 092 de 2008*. Recuperado de <http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/autos/2008/a092-08.htm>

De Miguel, A. (2005). La construcción de un marco feminista de interpretación: la violencia de género. *Cuadernos de trabajo social*, 18, 231-248.

_____. (2008). La violencia contra las mujeres. Tres momentos en la construcción del marco feminista de interpretación. *Isegoría: Revista de filosofía moral y política*, 38, 129-237

Departamento Administrativo Nacional de Estadística – DANE. *Censo General 2005: nivel nacional*. Recuperado de <http://www.dane.gov.co/files/censos/libroCenso2005nacional.pdf>

Despentes, V. (2007). *Teoría King Kong*. España: editorial Melusina.

Femenías M.L. (2008). Violencia contra las mujeres: urdimbres que marcan la trama. En Aponte E., y Femenías M.L., (comp.). *Articulaciones sobre la violencia contra las mujeres* (pp. 13-53). La Plata, Argentina: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP).

_____. (2016). En: Colanzi, I., Femenías, M.L., Seoane, V. (Comp.). (2016). *Violencia contra las mujeres: la subversión de los discursos (29-49)*. Volumen V. Rosario, Argentina: Protohistoria ediciones.

Ferrer V, Bosch F. (2013). Del amor romántico a la violencia de género. Para una educación emocional en la agenda educativa. *Revista de currículum y formación del profesorado*. 17 (1), 106-122.

Galvis, M. (2009). *Situación en Colombia de la violencia sexual contra las mujeres*. Bogotá, Colombia: Corporación Humanas – Centro Regional de Derechos Humanos y Justicia de Género. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/45588/1/9789589782163.pdf>

Gamba, S. (Comp.). (2007). *Diccionario de estudios de género y feminismos*. 1ª Edición. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Gargallo, F. (s.f). Antología del pensamiento feminista Nuestroamericano. Tomo I: Del anhelo a la emancipación.

Guilis, G. (s.f). El Concepto de Reparación Simbólica. Equipo de Salud Mental del CELS. Recuperada de www.cels.org.ar/common/.../concepto_reparacion_simbolica.doc

Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano: Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Grupo de Memoria Histórica. (2011). *Mujeres y guerra: víctimas y resistentes en el Caribe Colombiano*. Bogotá, Colombia: Ediciones Semana.

_____. (2013). *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional. Recuperado de <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/>

Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia (GCRNV). (2013). *Forensis: Datos para la vida: Herramientas para la interpretación, intervención y prevención de lesiones de causa externa en Colombia*. Colombia: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Recuperado de <http://www.medicinalegal.gov.co/documents/10180/188820/FORENSIS+2013+8-delito+sexual.pdf/b733218a-c476-4215-989d-e490635af6c6>

_____. (2014). *Forensis: Datos para la vida: Herramientas para la interpretación, intervención y prevención de lesiones de causa externa en Colombia*. Colombia: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Recuperado de <http://www.medicinalegal.gov.co/documents/88730/1656998/Forensis+Interactivo+2014.24-JULpdf.pdf/9085ad79-d2a9-4cod-a17b-f845ab96534b>

_____. (2015). *Forensis: Datos para la vida: Herramientas para la interpretación, intervención y prevención de lesiones de causa externa en Colombia*. Colombia: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Recuperado de <http://www.medicinalegal.gov.co/documents/88730/3418907/6.+VIOLENCIA+SEXUAL.pdf/6c8bffa3-1ec8-4c24-955a-393e28255398>

Hall, S. (2003). Introducción ¿Quién necesita “identidad”? En Hall, S., y Gay, P, (Comp.). *Cuestiones de identidad cultural* (pp. 13-37). Buenos Aires-Madrid: Amorrortu editores.

_____. (2010). El espectáculo del otro. En Restrepo, E., Walsh, C., & Vich, V. (Ed.). *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (pp. 419-443). Ecuador: Instituto de estudios sociales y culturales: Pensar, Universidad Javeriana Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar. Colombia: Envión Editores.

Henao, A.C. & Acevedo, C. I. (2009). *Mujer y derechos. Problemática de género en la ciudad de Medellín 2008: las violencias sexuales como una vulneración de los derechos de las humanas* (Práctica profesional de Sociología). Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Herrera, M. (2008). La categoría género y la violencia contra las mujeres. En Aponte, E., Femenías, M. L. (Comp.). *Articulaciones sobre la violencia contra las mujeres* (55-73). La Plata, Argentina: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP).

Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo: desarrollo humano y democracia*. Madrid, España: Ed. Horas y HORAS.

_____. (octubre de 2006). *Sororidad: Pacto entre mujeres*. Ponencia. Coordinadora Española para el lobby europeo de mujeres (CELEM). Departamento de comunicaciones. Recuperado de http://pmayobre.webs.uvigo.es/textos/marcela_lagarde_y_de_los_rios/sororidad.pdf

_____. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas, locas*. México D.F.: Universidad Nacional de México.

Lamas, M. (1996). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría “género”. En Lamas, M., (comp.). *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 327-264). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Recuperado de http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/practicas_profesionales/825_rol_psicologo/material/descargas/unidad_2/optativa/usuarios_dificultades_posibilidades_genero.pdf

_____. (1986). La antropología feminista y la categoría “género”. *Nueva Antropología*. 3 (30), 173-198.

Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona: Editorial Crítica.

Martín, F.J. (2007). *El fin del mito masculino: La entrada en el siglo de la mujer*. Barcelona, España: Erasmus ediciones.

Martínez, M. & Gallo, N. (2012). *Evidencias y asombros: En-red-andando sueños, acciones y saberes por la defensa de los derechos sexuales y los derechos reproductivos*. Medellín, Colombia: Red colombiana de mujeres por los derechos sexuales y reproductivos, Regional Medellín.

Martínez, C. (2011). *La violencia de género tras las cortinas de humo y el mito de la igualdad: violencia sexual contra las mujeres dentro del paramilitarismo* (Tesis de grado en Antropología). Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Martín, A. (2008). *Antropología de género: cultura, mitos y estereotipos sexuales*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.

Medellín te espera. Mapa de Medellín: barrios y comunas [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://medellintespera.blogspot.com.co/p/mapa-de-medellin-con-barrios-y-comunas.html>

Millett, K. (1995). *Política Sexual*. Madrid, España: Ediciones Cátedra S.A.

Mizrahi, L. (2003). *Las Mujeres y la Culpa*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano.

Mujeres que crean, Vamos mujer para una vida digna, Ruta pacífica de las mujeres. (2009). *Informe sobre la situación de violación de derechos humanos de las mujeres de Medellín, con énfasis en violencias sexuales: Entre resistencias y re-insistencias: Las violencias sexuales, un entramado de silencios e impunidades*. Medellín, Colombia.

Nicholson, L. (2000). Interpretando o Gênero. *Revista Estudos Feministas*, 8 (2), 9-41.

Organización Panamericana de la Salud. (2003). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Recuperado de http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/112670/1/9275315884_spa.pdf

Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. México: Anthropos editorial del hombre.

Páramo, P. (comp.). (2013). *La investigación en ciencias sociales: estrategias de investigación, Tomo II*. Bogotá, Colombia: Universidad Piloto de Colombia.

Rauber, I. (2003) *Género y poder*. Edición especial parte I. Argentina. Recuperado de <http://www.rebellion.org/docs/4523.pdf>

Ramos, DM. (2011). *Cartilla 3: Identificando administrativa y territorialmente la ciudad*. Recuperado de <http://unisbc.edu.co/actualizaciones/2013/diciembre/ventana-teologica/cartilla03interior.pdf>

Ruta Pacífica de las Mujeres. (2013). *La Verdad de las Mujeres: Víctimas del conflicto armado en Colombia, Tomo I*. Bogotá, Colombia: Ruta Pacífica de las Mujeres.

Sciortino, S. (2013) Relatos sobre el origen de lo social (y de la desigualdad sexual): fundamentos simbólicos de la violencia contra las mujeres. *Polémicas Feministas*, (2) 13-21.

_____. (2016). La emergencia de la violencia de género como tema originario en los procesos de organización política de las mujeres indígenas (Encuentros Nacionales de Mujeres 1986-2011). En Colanzi, I., Femenías M.L., y Seoane, V. (comp.). *Violencia contra las mujeres: la subversión de los discursos* (pp.45-60). Rosario, Argentina: Prohistoria ediciones.

Secretaría de equidad y género de la Gobernación de Antioquia. Recuperada de <https://www.medellin.gov.co/irj/portal/medellin?NavigationTarget=navurl://142300987cdaodof34118c757dba2751>

Selltiz, C., Wrightsman, L. & Cook, S. (1980) *Métodos de investigación en las relaciones sociales*. Madrid, España: Rialp ediciones.

Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, psicoanálisis y los derechos humanos*. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

_____. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid, España: Traficantes de Sueños.

_____. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.

Uribe M., Pardo P. (2006). La ciudad vivida: movilidad espacial y representaciones sobre la estratificación social en Bogotá. *Universitas humanística* (62), 169-203. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/unih/n62/n62a08.pdf>.

Vamos Mujer por una vida digna y Mujeres que Crean. (2014). *XII Informe sobre la situación de violación de los derechos humanos de las mujeres en Medellín 2013: Agresores: De la impotencia al odio*. Medellín.

_____. (2015). *XIII Informe de la situación de violación de derechos humanos de las mujeres en Medellín 2014: Las mujeres en los medios: estereotipo y cosificación*. Medellín, Colombia.

_____. (2016). XIV Informe sobre la situación de violación de los Derechos Humanos de las mujeres 2015. Medellín, Colombia.

Recuperado de https://issuu.com/mujeresquecrean/docs/xiv_informe_2015

Velázquez, S. (2007). Violencia de género. En Gamba, S. (Comp.). *Diccionario de estudios de género y feminismos*. 1º Edición. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Weinstein, S. (1991). Apuntes sobre la violencia cotidiana. En Bunster, X., Enloe, C. & Rodríguez, R. (Ed.). *La mujer ausente: Derechos Humanos en el mundo* (pp. 109-116). Santiago de Chile: Isis Internacional.

Prensa:

En Colombia se producen 38 casos diarios de violencia sexual. (26 de mayo de 2015). *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/carrusel/violencia-sexual-en-colombia-numero-de-casos-diarios/15828716>

En casos de violencia sexual falta justicia en Medellín. (29 de mayo de 2016). *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/colombia/medellin/en-casos-de-violencia-sexual-falta-justicia-en-medellin/16605689>

Las mujeres cuentan con la línea 123 exclusiva para ellas. (22 de marzo de 2015). *Minuto30.com*. Recuperado de <http://www.minuto30.com/las-mujeres-cuentan-con-linea-123-exclusiva-para-ellas/320530/>